

DAD A
CIÓN C

FRONTISPIECI

FRONTISPIECI

FRONTISPIECI

FRONTISPIECI



FRONTISPIECI
FRONTISPIECI
FRONTISPIECI
FRONTISPIECI

FRONTISPIECI
FRONTISPIECI
FRONTISPIECI
FRONTISPIECI

823

18

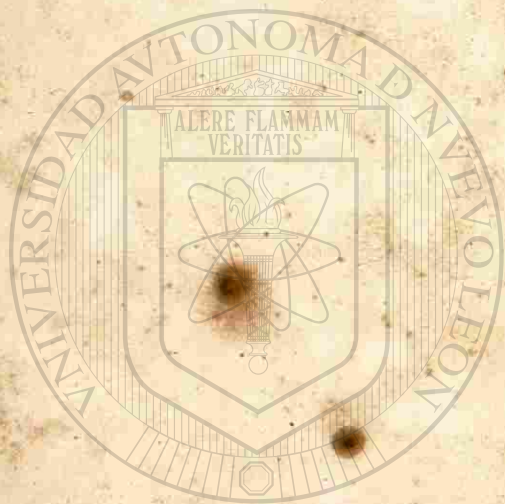


1080074773



4x2/fq78/3/2/4x28/1. 4/65/mx28/34.

82-3



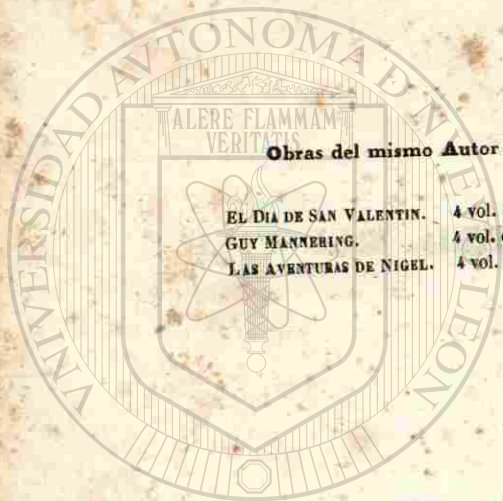
PEVERIL DEL PICO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29202



Obras del mismo Autor :

EL DÍA DE SAN VALENTIN. 4 vol. en-12.
GUY MANNERING. 4 vol. en-12.
LAS AVENTURAS DE NIGEL. 4 vol. en-12.

PEVERIL DEL PICO,

(Peveril of the PeaK.)

POR SIR WALTER SCOTT.

TRADUCIDO

POR EL D. W. MONTES.

Si mis lectores advirtieren, que á veces soy fastidioso, persuádanse tengo para ello algun secreto motivo.

Los Moralistas ingleses.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS.
LIBRERIA DE ROSA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS. — IMPRENTA DE ÉVERAT.

1836.





FONDO
A. S. PUBLICA DEL ESTADO

74773

PEVERIL DEL PIGO.

CAPITULO I.

A los marineros, Mona largo
tiempo inaccesible.
COLLINS.

Era la isla de Man, al medio del siglo diez
y siete, como lugar de residencia, en algun
modo absolutamente distinta de lo que hoy es.

No se habia descubierto todavía su mérito
como abrigo contra las tempestades de la vida,
y la sociedad no presentaba en ella variedad

alguna. No habia ninguno de aquellos disipadores que por parecer elegantes, fueron derribados por la fortuna de sus *barouches** ni chasqueados bribones, especuladores equivocados en sus cálculos, ni arruinados empresarios de minas; en una palabra, no habia nadie de quien con bastante mérito se pudiese hacer mencion. Limitábase la sociedad á sus naturales mismos, y á ciertos mercaderes contrabandistas. Las diversiones eran raras y monotonas, y el joven conde se fastidió bien pronto de sus dominios.

Julian estaba de brazos cruzados y echado de pechos en una ventana del viejo castillo como en contemplacion profunda, la vista fija en el vasto oceano que conducia sus olas una en pos de otra, hasta el pie de la roca, donde se levantaba este antiguo edificio. El conde, que sufría todos los males causados por el tedio, tan pronto silbaba como abria un volumen de Homero, algunas veces se mecía en la silla, y despues se paseaba por el cuarto. Fijó al fin la atencion en su compañero, cuya tranquilidad admiraba.

* Coche de moda Inglesa en 1820. — ED.

— ¡ Rey de los hombres! exclamó él repitiendo el epíteto favorito que da Homero á Agamenon. Creo, en honor del antiguo principe griego, que vivía en un sitio mas alegre que el rey de Man. ¡ Y bien! gran filósofo Julian, ¿ nada puede conmoverte, ni tampoco un chiste insulso contra mi dignidad real? *

— Quisiera que fuese vm. un poco mas rey de lo que es en la isla de Man, dijo Julian saliendo de su meditacion, y entonces hallaria vm. mas diversiones en su soberania.

— ¡ Cómo! ¿ destronar á la reina Semiramis mi madre! exclamó el joven lor, ¿ á mi madre que gusta tanto de hacer el papel de reina como si lo fuese de veras! extraño mucho me des tal consejo.

— Su madre de vm. mi querido Derby, se alegraria si le viese tomar algun interés en los negocios de la isla, y vm. lo sabe muy bien.

* En inglés. *King of men* significa, rey de los hombres, y *King of man*, rey del hombre, y *Man isle*, isla del hombre, por lo que las palabras rey de los hombres en Inglés con rey del hombre y rey de la isla de Man tiene un juego de palabras que no puede haber en castellano, y este es el chiste insulso de que se trata.

— Sí, no hay duda, ella me permitiría ser rey, mas querría ser vireina y reinar sobre mí, y en esto, no ganaría ella sino un súbdito mas, consagrando yo el ocio que tanto estimo, á los cuidados del reino. No, no, Julian, ella mira como un acto de autoridad la presidencia en todos los asuntos de los pobres insulares de Man, y por lo mismo encuentra tanto placer en ello. No intervendré, á menos que se le ponga en la cabeza tener aun otro supremo tribunal de justicia; porque no tengo medios para pagar otra multa á mi hermano el rey Carlos. Pero se me olvidaba que sientes mucho acordarte de esto.

— No lo siente menos la condesa, y me admiro de que vm. hable de ello.

— ¡Cómo! yo no tengo mas rencor que tú contra el pobre hombre, aunque no tenga las mismas razones para respetar su memoria, á la que no dejo de tener una especie de veneracion. Me acuerdo del instante en que le condujeron á morir. Fué el primer día de fiesta que tuve en mi vida, y quisiera de todas veras haberle tenido por cualquier otra causa.

— Y yo, milor, quisiera oírle á vm. hablar de otra cosa.

— Sin duda, y esto mismo sucede siempre que te hablo de algun asunto que te calienta esa sangre tan fria como la de una sirena, para servirme de una comparacion de esta isla afortunada. ¿Con que quieres mudar de conversacion? Y bien, ¿de qué hablaremos? ¡O Julian! si no hubieras ido á enterrarte en los castillos y cavernas del condado de Derby, no nos faltarian asuntos deliciosos de conversacion... los teatros, el palacio del rey, el del duque. — El palacio de Luis no es nada en comparacion de este. Y el paseo del parque, que deja muy atrás al del Corso de Nápoles, y las hermosuras de Londres, que se llevan la palma entre todas las del universo.

— Oíré muy gustoso, milor, cuanto quiera vm. decirme de tales asuntos. Sé muy poco de Londres, y por lo mismo me interesará mas el relato.

— Y bien, Julian... Pero, ¿por donde principiar? ¿por la agudeza de Buckingham, Sed-

ley, Etherege, * por los encantos de Henrieta, Jermyn; por la cortesía del duque de Monmouth; ó por la amabilidad de la bella Hamilton, de la duquesa de Richmond, de lady.....; por la hermosura de Roxelane, ó la viveza de mistress Nelly...**?

—¿Por qué no principiar por los hechizos de lady Cinthia?

— A fe mía, Julian, queria guardarlos para mí, con el fin de seguir el ejemplo de tu prudencia. Pero supuesto me hablas de ella, te concedo con franqueza no sabré que decirte, sino que pienso en ella veinte veces mas que en todas las bellezas de que acabo de hablar. Y sin embargo no es con mucho tan hermosa como la menos hermosa de ellas; tan viva como la menos agraciada; tan á la moda, y es un punto muy esencial, como la mas oscura; no puedo decirte la causa de estar loco por ella;

* Cortesanos, bellos ingenios.— ED.

** Se ve todavía en Windsor la galeria con los retratos de estas bellezas de la corte de Carlos II.— ED.

como no sea porque tiene mas caprichos que todas las de su sexo.

— Esto seria para mí una muy corta recomendacion.

— Muy corta, ¿dices? ¿Y te llamarás despues de esto un cofrade del anzuelo? Y bien, ¿Qué querrias mas? ¿emplear todas tus fuerzas en tirar una pesada red que no te diese mas que gobio muerto, asi como nuestros pescadores sudan sangre y agua para encallar su barco en la ribera; ó tomar un salmon vivo que hace doblar la caña, y crugir la cuerda; que te juega diez mil pasadas maliciosas, te fatiga con temores y esperanzas, y que no cae palpitando en la orilla sino despues de haber desplegado de mil modos su destreza, paciencia y astucia? pero ya veo que tienes gana de continuar pescando á tu modo. Quitate el vestido galoneado, y toma la casaca parda; los colores muy vivos espantan la pesca en las aguas tranquilas de la isla de Man. Como soy, pescarias poco en Londres, á menos que no brillase un poco el cebo. Y bien, ¿te vas? Vamos, me alegraré que pesques mucho, en cuanto á mí, voy á

tomar la falua; la mar y los vientos son menos inconstantes que el agua en que te has embarcado.

— En Londres, milor, aprendió vm. á decir tantas y tan bellas cosas*; pero hará vm. penitencia si lady Cinthia piensa como yo. Adios; diviértase vm. bien hasta que nos volvamos á ver.

Separáronse los dos jóvenes; el conde se embarcó para su partida de recreo, y Julian, como lo predijo su amigo, se puso los arreos de pescador. Cambió el sombrero de plumas por un gorro de paño pardo; el vestido galoneado por una chaqueta y pantalones del mismo color; y enfin, una caña en la mano, una cesta á la espalda, y montando un hermoso caballito de la isla de Man, llegó el joven Peveril al gran trote cerca de uno de aquellos hermosos rios, que bajan de las montañas de Kirk-Merlagh y desaguan en la mar.

* Esta modificación del *Euphuisme* es una imitación del estilo de las comedias del tiempo. Véanse las Obras dramáticas de Dryden y sus contemporáneos. — Ed.

Llegado al parage donde tenia intento de comenzar la diversion del dia, Julian dejó libre á su fiel caballo, quien, por estar acostumbrado á ello, le seguia como un perro, pacienddo por el vallecito que atravesaba el rio, despues se ponía otra vez junto á su amo, y como si hubiera sido muy aficionado á la pesca, miraba las truchas cogidas por Julian, que bregaban en la orilla. Pero el amo de Fairy no mostró, aquel dia, la paciencia de un verdadero pescador de caña, y no siguió el consejo dado por el viejo Isaac Walton*, quien recomienda pescar en los rios *por pulgadas*. Es verdad que escogia, como inteligente, los parages que le prometian mejor éxito, aquellos donde pasando el agua por encima de alguna piedra gruesa, se formaba espuma y ofrecia á la trucha el abrigo que le gusta, y aquellos donde, saliendo á borbollones de una corriente rápida para llegar á morir en la orilla, corria con lentitud por lo bajo de una ribera minada por el tiempo, ó

* Célebre autor de un tratado sobre la pesca. Horacio Smith hace figurar este personaje en su novela titulada: *Brambleye-House*. — Ed.

se lanzaba con estrépito por encima de una cascada no muy alta. Escogiendo así con juicio los lugares donde establecía el teatro de sus hazañas, probó bien pronto el peso de su cesta que no era para él la diversion de la pesca un vano pretexto; y en cuanto estuvo descuidado acerca de esto, subió otra vez el valle, contentándose con echar al agua la caña de cuando en cuando, para engañar la vista de los curiosos que pudieran observarle de las alturas vecinas.

El vallecito regado por este rio era guijoso, bien que cubierto de verdura, y muy solitario, aunque le atravesaba un sendero mal trazado, prueba de que no estaba del todo sin habitantes. A medida que se adelantaba Peveril, se ensanchaba el valle por la derecha, dejando entre la colina y el rio una pradera que llegaba hasta la orilla del agua, y ofrecia los mas ricos pastos, cuya fertilidad tal vez debia á las avenidas casuales. En la parte mas elevada del valle, se veia una antigua casa de construccion singular, tenia por delante un jardin en terrado, y por detras algunos campos cultivados. Los Da-

neses ó los Noruegos habian edificado en otro tiempo en este sitio una fortaleza que llamaron Blackfort *, por el color de una enorme roca que formaba por este lado los limites del valle. Habian derribado mucho tiempo antes este edificio, y los materiales sirvieron probablemente para la nueva casa, obra de algun eclesiástico del siglo diez y seis, como era evidente por el modo con que estaban engastados en piedra los vidrios de las ventanas, dejando apenas una entrada á los rayos del sol, y por dos ó tres botareles macizos apoyados en la fachada de la casa, donde se habian practicado pequeños nichos en que antes habia estatuas; pero las habian quitado, y reemplazado con tiestos de flores á cuyo alrededor crecian varias plantas enredaderas, cortadas y dirigidas por una mano habil. El jardin estaba bien cultivado, y aunque fuese este lugar muy aislado, se notaba en él todo lo que podia ser necesario ú agradable, y aun una especie de elegancia nada comun en aquella época en las habitaciones de esta isla.

* El fuerte negro. — En.

Acercóse Julian con mucha circunspeccion al pequeño soportal gótico que ponía la entrada de la casa al abrigo de los uracanes á que le exponía su situacion, y que estaba cubierto de yedra y otras plantas enredaderas, así como los botareles. Un grueso anillo de hierro, arreglado de modo que cuando se levantaba daba recayendo contra la barra que le tenía, servía de llamador. Julian recurrió á él, pero con la mas grande precaucion, por miedo de hacer demasiado ruido.

Pasóse algun tiempo sin que nadie respondiese, y se hubiera podido pensar estaba la casa inhabitada. Apurósele por fin la paciencia, trató de abrir la puerta, y como solo estaba cerrada con picaporte, lo consiguió fácilmente. Atravesó un portalillo bajo y cimbrado, con una escalera al fondo, y abrió á la mano izquierda la puerta del salon de verano, ensamblada con encina negra y cuyas mesas y sillas forradas en cuero, formaban todo el amueblado. Estaba muy sombría esta pieza, pues que penetraba muy poco la luz por una ventana, lo mismo que las otras de que hemos hablado.

Por encima de la campana de la chimenea, también de encina como la ensambladura, se dejaba ver el único adorno que había en toda la pieza y era el retrato de un oficial con el uniforme de guerra civil: la especie de gorguera que caía sobre la coraza, la banda color de naranja, y sobre todo el pelo cortado tan al rape al rededor de la cabeza, mostraban con claridad á cual de los dos partidos debía pertenecer. La mano derecha estaba sobre la empuñadura de la espada; en la izquierda tenía una biblia pequeña en que se leían estas palabras: *in hoc signo*. Tenía los ojos negros, la tez color de aceituna, y el rostro ovalado. Era una de aquellas fisonomías que inspiran una idea de melancolía é infortunio, sin ser desagradables. Conocióla muy bien Peveril, porque despues de haber mirado bastante tiempo, no pudo menos de exclamar: — ¡Cuánto daría yo porque jamás hubiera vivido este hombre, ó porque viese aun!

— ¡Cómo! ¿qué quiere decir esto? dijo una muger que se presentó al hacer él su exclamacion; ¿vm. aquí, señor Peveril, á pesar de to-

dos los avisos que ha recibido? ¡Vm. aquí! en posesion de la casa de los otros, cuando están ausentes, y hablando solo!

—Sí, mistress Debora, respondió Julian, aquí estoy otra vez, como vm. lo ve, á pesar de todas las prohibiciones que se me han hecho, y expuesto á todos los peligros. ¿Dónde está Adelaida?

—Donde jamas la verá vm., señor Peveril, y puede estar bien seguro, respondió Debora Debbitch, pues era aquella respetable aya, que dejándose caer al mismo tiempo en una silla, comenzó á echarse aire con el pañuelo y á quejarse del calor como una señora de copete.

En efecto mistress Debbitch, aunque anunciaba por su exterior haberse mejorado considerablemente su situacion, y que sus facciones probasen que los veinte años que acababan de pasar habian producido en ella un efecto menos favorable, era en sustancia casi la misma que cuando resistia á las órdenes de mistress Ellesmere en el castillo de Martindale, es decir tan voluntariosa, obstinada y presumida

como siempre; en lo demas bastante buena persona. Su vestido era de muger de mas alto rango; sin embargo por el corte modesto de su ropa y la uniformidad del color, se conocia pertenecer á cierta secta que condenaba lo superfluo del lujo en los vestidos; pero ni las reglas de un convento ni de una sociedad de Cuákaros pueden impedir muestre una muger algo de afectacion en el vestir, cuando aun trata de hacer creer tiene algun titulo para llevarse las atenciones. Todo el atavío de Debora estaba dispuesto de modo que realizase lo mejor posible á una muger de buen parecer, cuyo exterior manifestaba el bien estar, quien se daba treinta y cinco años, y que habria tenido derecho para darse si le acomodara doce ó quince mas.

Julian se vió precisado á sufrir el fastidio de tales tonos de importancia, y esperar con paciencia que se ajustara el collarin, se prendiera algunos alfileres, tirara para adelante y echara hácia atras el capuchon, oliese un pomito de esencia, cerrara los ojos como gallina moribunda, en fin que hubiese apurado todos sus

arrumacos, y que se dignase comenzar la conversacion.

—Estos paseos acabarán conmigo, señor Peveril, y todo esto á causa de vm.: porque si mistress Christian supiese que vm. visitara á su sobrina, aseguro que miss Adelaida y yo nos veriamos bien pronto precisadas á buscar otro alojamiento.

—Vamos, mistress Debora, vamos, buen humor, dijo Julian; reflexione vm. esto, ¿no es nuestra intimidad obra de vm. misma? ¿No es vm. quien se me ha dado á conocer, la primera vez que yo vine á este valle con la caña en la mano? ¿No me ha dicho vm., que me habia cuidado en los primeros años de mi infancia, y que Adelaida habia sido mi compañera en la niñez? ¿No es muy natural que yo venga lo mas frecuente posible á ver dos personas tan amables?

—Sin duda, pero no he dicho á vm. se llegase á enamorar de alguna de nosotras, y hacer proposiciones de matrimonio ni á Adelaida ni á mí.

—Es verdad, mistress Debora; debo hacer

á vm. justicia en esta parte, ¿pero qué resulta de esto? Suceden estas cosas sin pensarlas: estoy seguro que vm. ha recibido cincuenta proposiciones semejantes, cuando menos lo esperaba.

—¡Vaya! señor Peveril, ¡vaya! suplico á vm. crea que siempre me he conducido de modo, que los de mas copete se hubieran tentado la ropa, y reflexionado bien lo que me iban á decir, tanto como el modo con que me harian semejante proposicion.

—Sin duda, mistress Debora, sin duda; pero no tienen todos esa misma discrecion. Por otra parte Adelaida es una niña, una verdadera niña, ¿y no pide cualquiera á una niña tenga á bien ser su mugercita? Vamos yo sé que vm. me perdonará porque vm. es la mejor muger del mundo.

—¡Oh no! señor Julian, no, no, exclamó Debora; es posible, ciertamente, que yo haya dicho se acuerdan sus dominios y los de ella maravillosamente, y á la verdad no hay cosa mas natural en una muger que sale de un tronco antiguo de respetables vasallos de Peveril del

Pico, desear se vieran aquéllos bellos haberes, reunidos bajo un mismo amo, lo que sucedería sin duda, si vm. se casara con Adelaida Bridgenorth. Pero está de por medio el caballero su padre de vm., milady su madre, y despues el padre de Adelaida, que tiene medio vuelto el juicio con la religion, sin olvidar á su tia siempre vestida de gorgoran negro, por ese malhadado coronel Christian, y en fin la condesa de Derby. ¿Qué no tendríamos que temer, si pensáramos desagradar en algo á estos señores? Ademas de todo esto, vm. ha faltado á su palabra con miss Adelaida, y todo está concluido entre uno y otro; yo soy de opinion de que se acabe todo esto. Tal vez aun, señor Peveril, debia yo haberlo pensado mucho antes, y antes que una niña como Adelaida hubiera pensado en recordarme tal cosa; ¡pero tengo yo un corazon tan bueno!

No hay otro adulator mayor que un amante, que desea lograr su intento.

— Vm. es la mejor y la mas servicial del mundo, Debora, respondió Julian. Pero aun no ha visto vm. la sortija que le traigo de Paris

y que quiero regalarle. Yo mismo se la pondré. ¡Qué! ¿no soy yo ya el niño que vm. queria tanto, por quien se ha dado tan malos ratos?

El consiguió sin mucho trabajo pasar al grueso dedo de mistress Debora Debbitch un anillo hermoso de oro. Debora pertenecia esencialmente á esta clase de gentes que muchas veces en la del pueblo, y algunas veces en la mas elevada, sin tener el alma venal, y sin dejarse corromper abiertamente, se inclinan á sacar el provecho que pueden de su destino, y se dejan llevar, tal vez sin advertirlo, fuera de la senda del deber, por el gusto que hallan en atenciones de poca importancia, en cumplimientos y regalitos. Debora dió vueltas y revueltas á la sortija en el dedo, y dijo por último á media voz.

— A la verdad, señor Peveril, nada se puede negar á un mozo como vm., porque, ¡los jóvenes son siempre tan porfiados! así pues vale tanto decir á vm. que miss Adelaida ha vuelto conmigo de Kirk-Truagh, y acaba de subir á la casa conmigo.

— ¿Y por qué no me lo ha dicho vm. antes? exclamó Julian. ¿Dónde está?

—Vm. haría mejor en preguntarme por que se lo digo ahora, señor Peveril; porque he obrado contra sus órdenes, se lo aseguro, y no lo hubiera dicho si no me hubiera causado lástima su exterior. Pero en cuanto á ver á vm. no lo consentirá de modo alguno. Está encerrada en su dormitorio y la puerta de encima con un buen cerrojo es una buena garantía, con que así ya ve vm. que aunque yo quisiera incurrir en el crimen de traicion, tal sería el nombre que le daría mi remilgada, es cosa imposible.

—No me hable vm. así, ¡Debora! Vaya vm.... nada mas que á probar.... pídale vm. que me oiga: dígale vm. que tengo mil excusas para no prestar obediencia á sus órdenes, dígale que no dudo vencer todos los obstáculos en el castillo de Martindale.

— Ya he dicho que todo esto es inutil. Cuando yo he visto la gorra y la caña en el portal, no hice mas que decir: — ¡Aquí está otra vez!—ella subió la escalera con la ligereza

de un cervatillo, la he oido echar las dos vueltas á la llave y correr los cerrojos, antes de poder hablar una palabra para contenerla. Extraño mucho que vm. no haya oido nada.

— Eso consiste en que yo he sido siempre un pavo, un necio que se deja llevar de ilusiones y que no sabe sacar provecho de los lances favorables que mi mala estrella me presenta pocas veces. ¡Pues bien! vaya vm. y dígale que me voy, que me ausento para nunca volver... que me voy donde jamas tenga noticia de mi, donde nadie sabrá de mi.

— ¡Santo Dios! ¡Oiganle! ¿Qué será pues de sir Geoffrey, de su madre y la condesa si se va vm. tan lejos como dice? ¿Qué será de mí, y qué de la pobre Adelaida? Porque yo estoy cierta de que ella le tiene á vm. mas amor de lo que desea se sepa. ¿Pues qué, no la veo yo sentarse todos los dias junto á la ventana, con los ojos fijos en el camino por donde viene vm. al río para pescar, y no me pregunta de vez en cuando si la estacion es favorable á la pesca? Y en todo el tiempo que vm. estuvo en el continente, como llaman á ese pais, creo que no

se ha sonreído dos veces, sino cuando recibió aquellas dos hermosas y largas cartas que venían de tierras extrañas.

— Debora, eso es amistad, nada mas que amistad; es un recuerdo sin consecuencia, conservado en favor de un hombre, que por un efecto de su condescendencia tan digna de mi gratitud, ha venido algunas veces á turbar el sosiego de esta soledad y á dar noticias de lo que pasa por el mundo. Es cierto que yo llegué á creer una vez.... pero ya lo he dicho todo. A Dios. Al decir esto, se cubrió con una mano el rostro, y extendió la otra para despedirse de ella. Pero el buen corazon del aya no pudo resistir al ver su desconsuelo.

— ¿Por qué tanta prisa? dijo ella; voy al cuarto de Adelaida; le diré todo lo que vm. me ha dicho, y la resolveré á venir, si es que puede hacerlo una muger.

Y al decir esto, salió del cuarto para subir al de su ama.

Sin embargo, Julian se paseaba por el salon muy agitado, esperando la resulta de la embajada de Debora, cuya ausencia fué tan larga que

nos da tiempo para volver atrás y referir las circunstancias que le constituyeron en el estado que se hallaba.



CAPITULO II.

Cuanto leer he podido,
Y relatos que han hecho
Prueban que el gozo perfecto
Rara vez fué premio fijo
Del amoroso delirio.

SHAKESPEARE. *El sueño de la
noche del estío.*

El pasage célebre puesto á la cabeza de este capítulo se funda en la experiencia, como muchas otras observaciones del mismo autor. La época en que se siente con mas fuerza el amor rara vez es cuando hay mas esperanza de ver un desenlace feliz. El estado artificial

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la sociedad presenta una multitud de obstáculos para que uno se pueda casar al principio la juventud, y la mayor parte de ellos vienen muchas veces á ser insuperables. Pocos hay que puedan referir sus pensamientos á los primeros sucesos de su vida, sin hallar algunos instantes en que un amor verdadero haya sido rechazado, descubierto, ó inutilizado por circunstancias contrarias. Estos cortos pasajes de nuestra historia secreta dejan en nuestro corazon una traza romancesca, que apenas nos permite en una edad mas avanzada, y en medio del tumulto de los negocios, oír con entera indiferencia el relato de un amor verdadero.

Julian Peveril habia dado su corazon de un modo capaz de asegurarse parte en los obstáculos que con tanta frecuencia encuentra un afecto concebido muy temprano. Su conducta sin embargo habia sido enteramente natural. Al principio de su residencia en la isla de Man, mistress Debbitch encontró por acaso al hijo de su antigua ama, de cuya infancia habia cuidado. Julian pescaba

en el riachuelo de que hemos hablado, y que atravesaba el valle donde Debora vivia con Adelaida Bridgenorth. La curiosidad del ama descubrió bien pronto quien era este joven, y ademas del interés que toman las mugeres de esta clase por lo comun á los jóvenes que han educado ellas mismas, se alegraba en vista de la ocasión que le proporcionaba hablar del tiempo antiguo, del castillo de Martindale, de sir Geoffrey, de su esposa y de los conocidos que tenia en las inmediaciones, sin olvidarse del guarda bosque Lance-Outram.

El gusto de responder á sus preguntas apenas hubiera bastado para obligar á Julian que repitiera sus visitas al valle solitario; pero Debora tenia una compañera, una doncella joven muy linda, educada en la soledad, y que tenia los gustos y modales sencillos que inspira la misma. No carecia esta joven de talento ni viveza, tenia tambien preguntas que hacer, escuchaba con sonrisa y miraba con agrado todo lo que contaba Julian del castillo y la ciudad.

Mistress Debora habia mostrado bastante

buen juicio en impedir que Julian viniese con frecuencia á Blackfort, lo que tal vez debió inspirarle el temor de perder su colocacion caso de venir á descubrirse. Es verdad que ella confiaba mucho en la creencia muy arraigada y casi supersticiosa del mayor Bridgenorth, sobre que la salud de su hija exigia necesariamente encargarse al cuidado de una muger instruida por lady Peveril en el modo de tratar la enfermedad que tanto habia temido padeciese Adelaida. Debora tuvo bastante habilidad para sacar todo el partido posible de esta creencia, hablando siempre en tono de oráculo sobre la salud de la niña que se le habia confiado, y dando á entender con cierto misterio se debian seguir ciertas reglas indispensables para mantenerla en buen estado.

Por medio de este artificio, habia logrado un establecimiento particular para ella y Adelaida en Blackfort; porque la primera intencion del mayor Bridgenorth habia sido que su hija y el aya vivieran en compañía de su cuñada, la viuda del desgraciado coronel Christian. Pero una vejez anticipada por la pesadumbre gravita-

ba sobre esta dama, y con una corta visita que la hizo el mayor, se dejó persuadir con bastante facilidad de que Kirk-Truagh era una morada muy triste para su hija, porque mistress Debora, que rabiaba por vivir independiente, no habia dejado de infundir cuidado al mayor con respecto á la salud de Adelaida. — La casa de Kirk-Truagh, le dijo ella, está muy expuesta á los vientos de Escocia, que no podian menos de ser muy frios por venir de un pais donde habia nieve y hielo en lo lleno del verano. En una palabra, ella ganó, y se la puso en plena posesion de Blackfort, casa que, como la otra de Kirk-Truagh, era en otro tiempo de Christian, y ahora de su viuda.

Se encargó, no obstante, al aya, que llevara de tiempo en tiempo la señorita Adelaida á Kirk-Truagh, y se contase siempre á las ordenes y bajo la inspeccion de mistress Christian, resto de sujecion reputado por mistress Debora como un yugo bastante pesado, que se esforzó aligerar tomándose todas las libertades que osaba permitirse, conservando sin duda la misma inclinacion á la independencia.

que habia tenido en el castillo de Martindale, resistiendo á la autoridad de mistress Ellesmere.

Esta disposicion generosa de rebelarse contra todo lo que se le oponia, fué causa de que hiciese adquirir ocultamente á Adelaida algunas habilidades que el genio severo del puritanismo habria prohibido. Se aventuró á que aprendiera la música, y aun el baile; y el retrato del grave coronel Christian temblaba sobre la emsambladura de que estaba colgado, cuando Adelaida, tan lista como un duende, y la pesada Debora, ejecutaban varias danzas al son de un violincillo donde aserraba M. Pigal, medio contrabandista y medio maestro de danza. Llegó á los oidos de la viuda el ruido de esta abominacion, que ella hizo saber al momento á Bridgenorth; y la llegada repentina del mayor á la isla de Man probó la importancia que daba él á esta noticia. Si mistress Debora se hubiese abandonado á sí misma en este dia, habria sido el último de su autoridad; pero se encerró en su fortaleza acostumbrada.

—La danza, le dijo ella, es un ejercicio arreglado y medido por la música, y la misma razon dicta ser el mas util para la salud de una joven, pues que se puede tomar en casa, cuando no se puede salir por el mal tiempo.

El mayor frunció el entrecejo al oir esta apologia de la danza, y se dejaba ver en su frente una espesa nube; pero mistress Debora que tocaba tal cual la viola, queriendo dar un ejemplo en apoyo de su doctrina, se puso á tocar un rondo de Sellenger, y dijo á Adelaida que danzara y guardase bien el compas. La muchacha, que tenia catorce años escasos, medio medrosa y medio risueña, comenzó á moverse con gracia, en tanto que la vista de su padre segnia, contra su voluntad, cuantos movimientos hacia, mirando al mismo tiempo con gusto los colores que acudian á realzar el rostro de su hija. Cuando se acabó la danza, la estrechó con ternura entre los brazos, le separó con la mano los cabellos que caian por la frente, la besó con el cariño de padre, y se fué sin hablar una palabra que prohibiese un ejercicio tan saludable. No comunicó á mistress

Christian el resultado de su visita á Blackfort; pero ella no tardó en saberle. El triunfo era muy grande para que Debora le pudiera ocultar.

— Muy bien, le dijo la vieja señora en tono severo la primera vez que fué á Kirk-Truagh, mi hermano te ha permitido que formes de su hija una Herodías, haciendo que aprenda la danza. Ya no te queda mas que buscarla un marido; en cuanto á mi, no quiero meterme otra vez en lo que tienes á tu cargo.

En realidad, el triunfo de la señora Debora, ó, por mejor decir, la señora Naturaleza, tuvo en esta ocasion consecuencias mas importantes de lo que pudiera pensarse; porque mistress Christian, aunque recibía con todo el decoro posible las visitas que el aya y su discipula le hacian, conservaba al parecer tanto enojo al ver el poco efecto que habia producido su reprobacion por el enorme pecado que cometia su sobrina en bailar al son de un violincillo de faltriguera, que habia resuelto no volverse á mezclar, como lo habia practicado hasta entonces, en cuanto perteneciese á su educacion; y dejó á mistress Debbitch, única dueña

para dirigirla como quisiera, lo mismo que los negocios de la casa, lo que no fué para Debora poco motivo de contento.

Vivian ellas en este estado de independencia cuando Julian se presentó por la primera vez en Blackfort, y mistress Debbitch le infundió tanto mas ánimo para repetir sus visitas, cuanto que pensaba era el último hombre del mundo, con quien mistress Christian hubiera querido tuviese su sobrina algunas relaciones, porque el feliz espíritu de contradiccion de Debora la impedia en esta ocasion como en muchas otras examinar mas de cerca lo que era mas conveniente. Sin embargo no dejó de obrar con cautela; sabia le era necesario tener que guardarse no solo de una fantasia de mistress Christian en observar sus acciones con atencion, sino contra la llegada repentina del mayor Bridgenorth, que nunca dejaba de venir á Blackfort una vez al año, cuando menos se le esperaba, y pasar allí algunos dias.

Mistress Debbitch exigió pues de Julian que sus visitas no fuesen frecuentes ni próximas una de otra; que dijese era pariente suyo para

con dos criadas ignorantes y un lacayo joven que completaban el total de la casa, y que siempre viniera vestido de pescador, de simple *toughtan*, es decir, de una tela hecha con lana de la isla, color de búfalo. Con estas precauciones, creyó ella que sus visitas á Blackfort no llamarían la atención, ó que no se les daría importancia, al paso que por ellas serían de mucha diversion tanto á su discípula como á ella misma.

Esto fué lo que sucedió al principio, cuando Julian casi no era mas que un niño y Adelaida otra niña de dos ó tres años menos que él. Mas el niño vino á ser un joven, la niña una muger hecha, y Debora tuvo todo el juicio necesario para conocer que tal intimidad continuada sería peligrosa. Aprovechóse por tanto de una ocasion favorable para instruir con exactitud á Julian quien era miss Bridgenorth, y de las circunstancias que habian concurrido á sembrar la discordia entre sus padres respectivos. Julian oyó con interés y extrañeza la historia de sus disputas, porque habia morado por intervalos en Martindale, y

nunca se habian tratado estas materias en presencia suya. Acaloróse su imaginacion con el relato, y muy lejos de someterse á los prudentes avisos de mistress Debbitch, y de visitar con menos frecuencia á Blackfort, y á la que vivía en la tal casa, la declaró con franqueza que no debiendo sino al acaso el principio de su intimidad con Adelaida, miraba este accidente como un anuncio de la voluntad del Cielo; que la Providencia destinaba el uno para el otro, y que se verían unidos á pesar de los impedimentos que pudieran suscitar la animosidad y las prevenciones. Habian sido compañeros en la niñez, y no habia necesitado mas que un ligero esfuerzo de memoria para recordarle todas las pesadumbres que él habia padecido, cuando desapareció repentinamente su compañerita, que le estaba reservado verla otra vez algun dia brillante con todo el esplendor de la adolescencia.

Dehora quedó confusa oyendo esta declaracion, y se estremeció á vista de las consecuencias que de ella podían resultar. Lo que acababa ella de decir no habia hecho mas que

prestar nuevo alimento á una pasion que se lisongeaba poder prevenir ó apagar. No tenia bastante talento para resistir á las réplicas vigorosas y enérgicas de una inclinacion apasionada, ya porque se le dirigian á ella misma, ya que tuviese otra persona por objeto. Lamentóse, habló de su admiracion, y su debil oposicion acabó por el llanto, por compasion y consentimiento dado para que Julian continuara viniendo á Blackfort, con tanto que nunca tratara con Adelaida sino como amigo, porque por el mundo entero no permitiria ninguna otra cosa. No era sin embargo tan simple que no tuviese presentimientos sobre los designios de la Providencia en favor de este par de jóvenes; porque, á la verdad, parecian haberse formado para unirse tanto como los hermosos dominios de Martindale y Moultrassie.

Vino entonces una larga serie de reflexiones: solo faltaba reparar un poco el castillo de Martindale para dejarle en tan buen estado como el de Chalsworth. Se podria dejar arruinar á Moultrassie-Hall, ó, lo que seria mejor,

cuando muriese sir Geoffrey (porque el buen caballero habia trabajado y padecido mucho, y al presente debia estar muy cascado), esta habitacion podria servir para la condesa madre, lady Peveril, que se retiraria con mistress Ellesmere, en tanto que ella, mistress Debora Debbitch, emperatriz de la cueva y soberana de la despensa, reinaria en el castillo como ama de gobierno, y tal vez partiria el trono con Lance-Outram, como no estuviese ni viejo por demas, ni demasiado gordo, ni muy dado á la cerveza. Estos eran los sueños consoladores á los que mistress Debora debia el ver con una especie de conivencia, una inclinacion amorosa, que proporcionaba sueños no menos agradables á su discipula que á su joven amante, aunque de otra especie.

Fueron mas frecuentes de dia en dia las visitas del joven pescador; y Debora, muy apurada, porque preveia todos los peligros que seguirian á una descubierta, y el riesgo de una explicacion probable entre Adelaida y Julian, se reconocia enteramente subyugada por el entusiasmo del amante, y se miraba en la nece-

sidad de esperar con paciencia el curso de los acontecimientos.

La partida de Julian para el continente interrumpió sus visitas de Blackfort, y en tanto que su ausencia libraba á la mas anciana de las dos personas que allí moraban de una gran parte de sus temores ocultos, difundia un abatimiento y languidez por las facciones de la mas joven, con lo que se renovaron todos los temores de Bridgenorth en cuanto á la salud de su hija, la primera vez que vino despues á la isla de Man.

Debora le prometió que su hija tendria mejor cara al dia siguiente por la mañana, y cumplió su palabra. Tenia guardada desde cierto tiempo una carta que Julian habia enviado por conducto particular, con doble sobrescrito, para su amiga. La prudente aya temia las consecuencias de entregársela como un billete amoroso; pero visto lo sucedido con el baile, no halló ningun inconveniente en administrarla como remedio.

Produjo la carta el efecto deseado y á la mañana apareció en las mejillas de la donce-

lla un tinte color de rosa de tanto gusto para su padre que al montar á caballo puso en la mano á Debora un bolsillo bien provisto, encargándole no careciese de nada que pudiese contribuir á su bien y al de su hija; y asegurándola que gozaba ella de toda su confianza.

Esta señal de liberalidad, y esta confianza por parte de un hombre de un genio tan reservado como el mayor Bridgenorth, despertaron todas las esperanzas de mistress Debbitch, y la animaron no solo á entregar á Adelaida otra carta de Julian, sino á fomentar mas á las claras que nunca la intimidad de los dos amantes cuando Peveril dió la vuelta.

En fin, á pesar de todas las precauciones de Julian, el joven conde sospechó que las frecuentes excursiones que su amigo hacia solo, tenían otro objeto distinto de la pesca; y el mismo Julian conociendo mas el mundo que antes, comenzó á considerar que sus visitas continuadas á una persona tan joven y bella como Adelaida, y sus paseos con ella, podian no solamente descubrir el secreto de su afición, sino

ser tambien verdaderamente perjudiciales á la reputacion de la misma á quien se hacian.

Convencido de esta verdad, se abstuvo por mas tiempo de lo que acostumbraba en sus idas á Blackfort. Pero cuando se atrevió á ir y pasar una hora en el sitio que no hubiera querido dejar nunca, el cambio que se obró en los hábitos de Adelaida, el tono con que parecia reprenderle ella su negligencia, le traspasaron el corazon, y le privaron de aquel imperio sobre si mismo que habia conservado en esta entrevista. No hubo necesidad sino de algunas palabras enérgicas para que Adelaida conociera sus sentimientos, y la ilustraran al mismo tiempo sobre la verdadera especie de lo que experimentaba ella misma. Derramó lágrimas en abundancia, pero no todas eran amargas. Se quedó en una inmovilidad pasiva, en tanto que él la explicaba, con interjecciones repetidas las circunstancias que habian sembrado la discordia entre sus respectivas familias, porque, hasta entonces, todo cuanto ella supo era que el señor Peveril, como que formaba parte de la casa de la gran condesa, ó so-

berana de la isla de Man, debia emplear algunas precauciones en hacer visitas á una parienta del desgraciado coronel Christian.

— ¡Pobre padre mio! exclamó ella, cuando hubo Julian acabado su relato por las mas enérgicas protestas de un amor sin fin; ¿Y son estos los resultados de todos vuestros esmeros? ¿Y vuestra hija debe oír una explicacion tal de la boca del hijo del que os ha ultrajado, que os ha desterrado de vuestro país?

— Te engañas Adelaida, te engañas, respondió Julian con prontitud: si yo hago esta explicacion, si el hijo de Peveril habla de este modo á la hija de Bridgenorth, si se arrodilla así para pedirle perdon de las injurias que se hicieron cuando ambos eramos niños, todo prueba ser la voluntad del cielo que la enemistad de nuestros padres se apague con nuestro afecto. Sin esto, ¿por qué nos hubiera reunido en un valle de la isla de Man, despues de habernos separado cuando no eramos mas que unos niños?

Por mas nueva que fuera para Adelaida esta escena, y cualquiera que fuese su conmocion,

estaba dotada hasta el mas alto grado de aquella delicadeza exquisita grabada en el corazon de las mugeres, que les advierte las cosas mas pequeñas, que pueden ser poco decorosas en la situacion que se hallan.

— Levántese vm., señor Peveril, levántese vm., dijo ella. No sea vm. tan poco justo para consigo y conmigo. Ambos hemos hecho mal, muy mal; pero mi falta procede de mi ignorancia. ¡O Dios mio! Mi pobre padre que tanta necesidad tiene de consuelo, ¡Debo yo aumentar sus infortunios! levántese vm., repitió en tono mas firme; si vm. continua mas tiempo en esta actitud poco decente, me saldré del cuarto y nunca me volverá vm. á ver.

El tono de autoridad de Adelaida contuvo la impetuosidad de su amante, quien se levantó sin hablar palabra y se fué á sentar á cierta distancia de ella. Viendo que iba él á tomar otra vez la palabra. — Julian, dijo ella, en un tono mas suave, ha dicho vm. ya bastante y mas de lo necesario. Ojalá me hubiese dejado en los agradables sueños durante los cuales

hubiera yo podido escucharle. Pero llegó la hora de despertar.

Peveril esperaba el fin de su discurso como un criminal su sentencia, porque conocia que una respuesta dada con tanta resolucion aunque no sin conmocion, no debia interrumpirse.

—Sí, repitió ella, ambos hemos hecho mal y muy mal; y si nos separamos ahora para siempre, la pesadumbre que sufriremos no será mas que un justo castigo de nuestros yerros. No debiamos habernos visto jamas, y la continuacion de nuestra intimidad haria mucho mas dolorosa nuestra separacion. A Dios Julian, olvida que nos hayamos visto.

—¡Olvidarlo! exclamó Julian; nunca, nunca! le es á vm. muy facil sin duda pensar así, pero en cuanto á mi si tratara de probar uno ú otro, sería preparar mi muerte. ¿Por qué no quiere vm. creer que la enemistad de nuestros padres como la de tantos otros de que hemos oido hablar, podrá ceder á nuestra ternura? Yo no tengo mas amiga que vm. Yo soy el solo amigo que le ha dado el cielo. ¿Por qué nos han de obligar á separarnos las faltas que otros

han cometido cuando eramos nosotros chicos?

— Habla vm. en vano, Julian; tengo lástima de vm., puede ser que la tenga de mi, y ciertamente yo soy la que de nosotros dos merece mas, porque los nuevos conocimientos y distracciones le harán olvidarme bien pronto, entre tanto que yo en esta soledad, cómo podré yo olvidar... Pero no se trata de esto. Yo sabré soportar lo que la suerte me reserva, y ella manda que nos separemos.

— Oígame vm. un poco, Adelaida. Esta desgracia tiene remedio, y no puede menos de tenerle; yo iré á buscar á mi padre, yo interpondré para con él la intercesion de mi madre, á quien nada puede negar; yo alcanzaré su consentimiento. Ellos no tienen otro hijo, y es necesario que concedan su peticion, ó que le pierdan para siempre. ¡Adelaida! si yo vuelvo y traigo el consentimiento de mis padres, dirá vm. aun con ese tono tan penetrante y triste, y con todo tan decisivo: ¡es preciso que nos separemos!

Adelaida guardó silencio.—¡Adelaida, cruel! la dijo su amante, ¿no tendrá vm. á bien responder?

— No se responde á los que hablan soñando. Me pregunta vm. qué haria yo si sucediera una cosa imposible. ¿Con qué derecho hace vm. tal suposicion, y semejante pregunta.

—La esperanza, Adelaida, la esperanza, el último apoyo del desgraciado; y vm. misma no seria tan cruel que me privara de ella; en todas las dificultades, en todos los apuros, en todos los peligros, la esperanza combate aunque no pueda siempre vencer. Dígame vm. una sola cosa, si vengo á pedirla á nombre de mi padre ó de mi madre á quien debe en parte la vida, ¿qué responderá vm.?

— Diré que se dirija vm. á mi padre, respondió Adelaida toda encarnada y bajando los ojos; pero levantándolos al momento y mirándole:—Sí, Julian, repitió ella con mas firmeza y melancolía, diré que se lo diga á mi padre, y verá vm. que su piloto, la esperanza, le ha engañado, y no le ha librado del banco de arena, sino para estrellarle contra las rocas.

— Me alegrara poder hacer la prueba, Adelaida, me parece podria yo convencer á su

padre de vm., que tal alianza con una familia como la mía no es para despreciar á los ojos del mundo. Tenemos fortuna, un rango, una larga serie de abuelos, todo lo que un padre puede desear en aquel á quien piensa dar su hija.

— Y todo eso de nada le serviría á vm.; el espíritu de mi padre contempla las cosas de otro mundo, y si le escuchara á vm. hasta el fin, sería solo para decir que desechaba su ofrenda.

— No sabe vm. nada de eso, Adelaida, ¿cómo podría saberlo? El fuego puede fundir el hierro. El corazón de su padre no puede ser tan duro, ni sus preocupaciones pueden ser tan poderosas que no halle yo medio alguno para triunfar de ellas. No me prohíba, vm. ¡ Ah! no me prohíba el hacer la prueba.

— Yo no puedo mas que darle avisos, Julian; no tengo derecho para prohibirle nada, porque la prohibición supone el derecho de prescribir la obediencia; pero, si es vm. prudente, y si quiere oírme, en este lugar y en este momento nos separaremos para siempre.

— ¡ No, á nombre del cielo! exclamó Julian,

cuyo caracter impetuoso apenas veía dificultad alguna para llegar al cabo de sus designios. Nos separaremos aquí y en este momento, sea pues; pero para verme venir autorizado con el consentimiento de mis padres. Ellos quieren que yo me case, y me dan mas prisa todavía en su última carta; y bien, yo haré lo que desean, ninguna otra novia como la que yo les presentaré, habrá honrado mas nuestra casa desde que la fundó el conquistador. A Dios, Adelaida, adios, pero no por mucho tiempo.

— A Dios, Julian, adios para siempre.

Julian á los ocho días de esta entrevista estaba en el castillo de Martindale, con el designio de comunicar su proyecto á sus padres. Pero la tarea que de lejos se figura fácil, se halla tan difícil al tiempo de cumplirla, como el paso de un río que mirado á cierta distancia, no parece mas que un arroyo. Las ocasiones de entablar la conversacion que tanto le interesaba no le faltaban, porque en el primer paseo de á caballo que hizo con su padre, este habló de nuevo sobre el deseo que tenia de ver á su hijo casado, y le dejó con toda franqueza la li-

bertad de escoger esposa, con tal, añadió él, que sea de una familia leal y respetable. Si tiene bienes tanto mejor; si no los tiene, aun queda algo del antiguo dominio, y Margarita y yo sabremos contentarnos con menos de lo que les daremos. Yo ya me he vuelto económico, Julian; ya ves el rocínante del norte que monto; se distingue mucho, á femia, de mi viejo Black-Hastings, que no tenia mas que un solo defecto, querer entrar en el paseo que conduce á Moultrassie-Hall.

— ¿Era este, pues, un gran defecto? padre mio, preguntó Julian, afectando un aire de indiferencia, en tanto que le palpitaba el corazón hasta faltarle el aliento.

— Sin duda, respondió sir Geoffrey, pues que esto me hacia recordar de ese miserable presbiteriano Bridgenorth, cuyo solo nombre me incomoda. Dicen que se hizo independiente, para llegar al colmo de la brutalidad. He despedido al vaquero, porque habia cogido nueces de sus nogueras, mandaria ahorcar al perro que matara una liebre en sus bosques. ¿Pero qué tienes Julian? ¡Pierdes el color!

Julian respondió evadiendo la pregunta; pero él vió demasiado, segun el language y tono de su padre, que su prevencion contra el padre de Adelaida era profunda y venenosa, como vienen á serlo las de los caballeros de provincia, quienes teniendo poco que hacer, y nada en que pensar, gustan demasiado de pasar el tiempo en nutrir cosas de poca importancia resintiéndose contra sus vecinos.

En el curso del mismo dia, halló Julian ocasion de hablar á su madre con respecto á Bridgenorth, y como por acaso; pero lady Peveril le mandó al momento no pronunciara tal nombre, sobre todo en presencia de su padre.

— ¿Tan mal vecino era ese mayor Bridgenorth, de que ya he oido hablar? preguntó él á su madre.

— Yo no digo tal cosa, respondió lady Peveril; nosotros le hemos debido, mas de una vez, obligaciones. Pero tu padre ha tenido altercados con él, de suerte que la menor mencion que de él se hace, turba su tranquilidad de un modo extraordinario, lo que me inquieta algunas veces al presente porque no es su

salud tan buena. Con que así, mi querido Julian, por amor de Dios, evita el hacer la menor alusion á Moultrassie-Hall ni á sus habitantes.

Pronunció ella estas palabras con tanta seriedad, que vió el mismo Julian, seria el medio mas seguro de hacer abortar su designio, si le manifestara. Volvió pues desesperado á la isla de Man. Tuvo sin embargo la habilidad de sacar partido de su viage y pedir á Adelaida una entrevista, para darle parte de lo que habia pasado entre sus padres y él con respecto á ella. Obtúvola no sin trabajo, y Adelaida Bridgenorth le mostró no poco disgusto, cuando despues de muchos rodeos y esfuerzos, para dar un aire de importancia á lo que tenia que decirle, se vió precisado á informarla de que lady Peveril conservaba todavia una opinion favorable del mayor Bridgenorth, lo que procuró presentarle como presagio feliz de una futura reconciliacion.

—No hubiera yo creído, señor Peveril, respondió Adelaida en tono de dignidad, que hubiese procurado engañarme de ese modo; pe-

ro yo tendré cuidado de evitar en adelante visitas poco regulares. Suplico á vm. no vuelva mas á Blackfort, y suplico á vm.; mi aya mistress Debora, que no fomente ni permita las visitas de este caballero, porque el resultado de tal persecucion seria forzarme á pedir á mi tia y á mi padre me indicaran otra residencia, y tal vez escogerme una compañía mas prudente.

Esta última amenaza infundió tal terror en el espíritu de Debora, que se puso de parte de Adelaida para exigir de Julian que se retirase al instante, y él se vió forzado á cumplir esta orden cruel. Pero el valor de un amante joven no se deja fácilmente abatir; Julian, despues de haber probado, segun el uso, á olvidar su ingrata amiga y experimentado duplicada ternura, acabó por hacer la visita de Blackfort que habemos dicho en el capitulo precedente.

Dejámosle allí presa de la inquietud y del temor sobre la espera de una entrevista con Adelaida, y era tal su agitacion que paseándose como estaba en la sala, le pareció que los ojos negros y melancólicos de Christian seguian

todos sus pasos, y que su mirada fija, sombría y de mal agüero, anunciaban desgracias al enemigo de su familia. Abrióse por fin la puerta del cuarto y se desvanecieron todas sus visiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

- Como soy, los padres tienen
- De roca los corazones;
- Con ellos siempre se pierden
- Gemidos, llantos, razones.

OTWAY.

Cuando al fin Adelaida Bridgenorth entró en la sala, donde tanto tiempo había estado esperándola su amante, y con tanta impaciencia, fué con paso lento y un exterior afectado. El cuidado con que venía vestida realzaba su sencillez puritana, y penetró á Julian como si

todos sus pasos, y que su mirada fija, sombría y de mal agüero, anunciaban desgracias al enemigo de su familia. Abrióse por fin la puerta del cuarto y se desvanecieron todas sus visiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

- Como soy, los padres tienen
- De roca los corazones;
- Con ellos siempre se pierden
- Gemidos, llantos, razones.

OTWAY.

Cuando al fin Adelaida Bridgenorth entró en la sala, donde tanto tiempo había estado esperándola su amante, y con tanta impaciencia, fué con paso lento y un exterior afectado. El cuidado con que venía vestida realzaba su sencillez puritana, y penetró á Julian como si

fuese cosa de mal pronóstico; porque, aunque el tiempo que una doncella pasa en vestirse pueda muchas veces indicar el deseo que tiene de mostrarse adornada de todas sus gracias, en tales entrevistas, con todo eso, el vestido tan de ceremonia indica una resolución tomada de antemano sobre tratar á un amante con una insulsa cortesía. El vestido de color triste, el sombrero cerrado y plegado que ocultaba una gran mata de pelo castaño, la valoncita, y las mangas largas, hubieran producido un efecto poco ventajoso en un talle menos gracioso que el de Adelaida Bridgenorth; pero sus contornos ya diseñados, aunque todavía no estaban bastante desenvueltos para la perfección de su sexo, podían luchar contra la hechura de su ropa y aun también prestarle gracia. Su piel blanca y suave, los ojos negros, la frente de alabastro, ofrecían bellezas menos regulares que su talle, y hubieran podido justificar la crítica. Notábase sin embargo una viveza de espíritu en su jovialidad, y una profunda sensibilidad en su gravedad, todo lo cual era causa de que, cuando conversaba Adelaida

con aquellas pocas personas á quienes veía, fuesen sus modales tan seductores, y ella fuese tan amable por la sencillez y pureza de sus pensamientos, teniendo al mismo tiempo tan expresivas sus facciones, que se hubieran eclipsado junto á ella las bellezas mas grandes. No era por tanto de admirar que un genio tan fogoso como el de Julian tocado por la influencia de tales encantos, y con el nuevo atractivo que habia en el misterio de sus entrevistas con Adelaida, prefiriese la reclusa de Blackfort á cuantas bellas hallaba en la sociedad.

Latió su corazón con viveza al entrar ella en el aposento, y casi como sin cuidar de dirigir la palabra á la hija de Bridgenorth, dió pruebas saludándola de que habia echado de ver su llegada.

— Esto es hacer burla, señor Peveril, dijo Adelaida; haciendo esfuerzo para hablar con firmeza, esfuerzo que turbaron los acentos de una voz desigual; esto es hacer burla y una burla cruel. Vm. viene á este lugar solitario donde viven solo dos mugeres demasiado sencillas para mandarle salir de él, demasiado

débiles para forzarle á ello; vuelve vm. á pesar de mis mas eficaces súplicas, abandonando sus mismos negocios, con peligro de perjudicar mi reputacion, como puedo temerlo. Vm. abusa de la influencia que tiene sobre la muger á quien estoy encargada y, ¡ cree repararlo todo con una profunda salutacion, y por una forzada cortesía! ¿ Es honrada esta conducta? ¿ Es justa? Hable vm., añadió despues de haber vacilado por un momento, ¿ está inspirada por la ternura?

El temblor de la voz se hizo mas sensible al pronunciar la última palabra, y el tono de reprension era tan suave que fué derecho al corazon de Julian.

— Adelaida, respondió él, si hubiera medio de probarle á vm., con peligro de mi vida, mi estimacion, respeto, ternura y afecto, tendria para mí el peligro mas atractivos que jamas haya podido tener el placer.

— Me habló vm. así muchas veces, dijo Adelaida, y este modo de producirse es á mi parecer tan extraño, que no debo ni puedo con-

sentirle. No tengo carga ninguna que imponerle, ni enemigos que vencer, ni necesidad de proteccion, ni deseo, bien lo sabe Dios, de exponerle á ningun peligro, pero no puede menos de resultar alguno de sus visitas á esta casa. No tiene vm. mas que domar su genio fogoso, dirigir á otra parte sus pensamientos y cuidados, y nada tengo que pedir mas, nada que desear. Aprovechese de su razon, considere el mal que se hace á sí mismo, la injusticia de que se hace vm. culpable para con nosotras, y permítame vm. vuelva otra vez á suplicarle con la mayor franqueza, no vuelva vm. á parecer por aquí hasta que.... hasta que...

Ella dudaba, y Julian la interrumpió con viveza.

— ¿ Hasta cuando, Adelaida? hasta cuando? Condéneme vm. á una ausencia lo mas larga que decrete su rigor, con tal que no sea una separacion eterna.... Digame que me aleje por tantos años, pero que vuelva pasados ellos, y por muy lento, por muy penoso que me deba ser su curso, la perspectiva de que debe acabarse, me dará resistencia para sobrevivirle.

Permítame vm., pues, Adelaida, que le pida me fije vm. un término y me diga *hasta cuando*.

—Hasta que no pueda vm. mirarme sino como una amiga, como una hermana.

— Eso es una sentencia de perpetuo destierro. Parece fijársele un término poniendo una condicion imposible de cumplir.

— ¿Y por qué sería imposible? preguntó Adelaida en tono persuasivo; ¿no eramos mas felices antes de quitarse vm. la máscara con que se disfrazaba, y antes de desgarrar el velo que me cubria los ojos? ¿No pasábamos el tiempo con gusto? ¿No nos separábamos sin pena? ¿No nos volviamos á ver con alegría, porque no faltábamos á ninguno de nuestros deberes y nada nos reprendia nuestra conciencia? Haga vm. porque renazca este estado de ignorancia feliz, y no tendrá vm. motivo para acusarme de crueldad. Pero en tanto que forme proyectos que yo sé no son posibles de verificarse, y que sus discursos manifiesten lo violento de su pasion, debe vm. disimularme si le digo

hoy y de una vez para siempre, que si Debora corresponde tan poco á la confianza que se hace de ella, y me expone á persecuciones de esta especie, escribiré á mi padre me señale otra residencia y en el entre tanto me iré á Kirk-Truagh con mi tia.

— Escúcheme vm., cruel Adelaida, dijo Peveril, oigame, y verá cuan dispuesto estoy á obedecer en todo aquello que me es posible hacer. ¿Dice vm. que estaba contenta cuando no hablábamos de estas materias? Pues bien, á costa de toda mi sensibilidad que me será forzoso reprimir, renacerá este tiempo feliz. Viendo á vm., paseándonos juntos, y leyendo algun libro, me conduciré como un hermano, como un amigo. No fomentaré con la lengua mis pensamientos, sea que me los inspiren la esperanza ó desesperacion. Entonces ya no podré ofenderla. Estará Debora siempre á su lado, y su presencia impedirá hasta la menor alusion á lo que pueda causarle disgusto. Lo único que os pido es que no tenga vm. por criminales mis pensamientos, pues que forman la parte mas estimada de mi existencia. Créame vm., seria mejor,

seria mas humano privarme de la vida que de ellos.

— Ese language es lo exaltado de la pasion, Julian, el egoismo y la obstinacion nos presentan como imposible todo lo que nos desagrada. No tengo confianza en el plan que vm. me propone, ni en su resolucion, y no cuento con la proteccion de Debora. Hasta que abandone vm. con franqueza los intentos de que poco hace me dió parte no debemos tratarnos, y aun cuando pudiera renunciarlos, desde este instante seria lo mejor separarnos por largo tiempo; y por el amor de Dios que sea cuanto antes. Tal vez es ya muy tarde prevenir alguna ocurrencia desagradable. ¿Qué ruido es ese? — Tranquilizaos Adelaida, que es Debora. No hay cuidado que nos sorprendan.

— No sé que quiere decir eso. Yo no tengo nada porque ocultarme. Yo no he pretendido esta entrevista, pues que tengo hecho todo lo posible por evitarla, y en este momento estoy deseando concluirla.

— ¿Y por qué si dice vm. que debe ser la última?

¿para qué mover el relox cuando con presteza corre la arena? El mismo ejecutor de la justicia concede tiempo para que acaben sus oraciones los que ya están en el patíbulo. Y ¿no ve vm. que discurro con tanta serenidad como se pudiera desear? No es vm. misma quien falta á su palabra, y destruye las esperanzas que me habia dado?

— ¿Qué palabra he dado yo á vm., Julian? Qué esperanzas pude yo hacerle formar? Esas que vm. concibe no tienen fundamento alguno: con que no me acuse vm. diciendo que destruyo lo que jamas existió. Por compasion á vm. mismo y á mí, por compasion de ambos, retirese vm. y no vuelva hasta que pueda presentarse con mas juicio.

— ¡Con mas juicio! exclamó Julian. Vm. será quien me le haga perder. ¿No ha dicho vm. que si puedo lograr consientan nuestros padres nuestra union, no se opondria á mis deseos?

— No, no, no, dijo Adelaida con prontitud toda sonrojada, yo no he dicho tal cosa, Julian. Su imaginacion es quien ha interpreta-

do así mi silencio, y el estado de confusión en que me hallaba.

—¿No me dice vm. esas palabras de consuelo? y si se removieran los demas obstáculos, hallaría yo aun alguno en ese corazón helado, en el corazón de roca de quien no corresponde sino con indiferencia ó desprecio al afecto mas vivo y sincero. ¿Es todo eso lo que dice Adelaida Bridgenorth á Julian Peveril, añadió este todo conmovido?

— A la verdad, Julian, replicó la doncella, casi llorando, no le dije á vm. eso, no digo nada, no debo decir nada acerca de lo que haré en circunstancias que nunca ocurrirán. Verdaderamente, Julian, no debía vm. apurarme de ese modo. Viéndome sin protección, deseándole todo el bien posible, ¿por qué quiere diga yo, que haré lo que me degradaría á mis propios ojos? ¿Por qué confesaré yo tener afecto al que la suerte separó de mí para siempre? Esto es muy poco generoso de su parte, es una crueldad, es procurarse un goce momentáneo y exclusivo á costa de mi sensibilidad.

—Basta ya, Adelaida, dijo Julian centelleando los ojos; bastante me ha dicho vm. para que acaben mis instancias, no la estrecharé ya mas. Pero exagera los obstáculos que nos separan; desaparecerán; forzoso será que desaparezcan.

— Eso me ha dicho vm. ya y sabe con que probabilidad. No se ha podido vm. resolver en hablar á su padre; ¿cómo pues se aventuraria al mio?

— Bien pronto se hallará vm. en estado de pronunciar. El mayor Bridgenorth es un excelente sugeto, segun me ha dicho lady Peveril, un hombre de estimacion. Yo le recordaré que á mi madre debe su tesoro mas precioso, el consuelo de su vida, y yo le preguntaré, ¿si podrá probar su reconocimiento privándola de su hijo? Sepa yo donde hallarle, Adelaida, y bien pronto sabrá vm. si tengo miedo de sostener mi causa delante de él.

— ¡Ah! vm. mismo sabe que yo ignoro el sitio que habita mi padre! Cuantas veces le he suplicado con instancia me permita participar de su retiro solitario, acompañarle en sus

huidas! Pero no puedo gozar de su presencia sino por las visitas cortas y raras que me hace en esta casa. Ciertamente que yo podria calmar en parte los cuidados que le inquietan.

— Ambos á dos podriamos contribuir, dijo Peveril. ¿Qué placer tendria yo en ayudarle á cumplir una tarea tan honrosa! Se olvidarian las antiguas disputas, y renaceria la antigua amistad. Las preocupaciones de mi padre son como las de un verdadero inglés, violentas pero capaces de ceder á la razon. Dígame vm. pues donde está el mayor Bridgenorth, y déjeme á mi el cuidado de lo demas, ó dígame vm. por que conducto le envia vm. las cartas y yo haré por saber su casa al momento.

— No haga vm. nada, le suplico, respondió Adelaida, él está ya abatido con los disgustos, y ¿qué pensaria si yo fuera capaz de entregarme á una pasion que no puede hacer mas que aumentarlos? Por otra parte yo no sabria decir, aun queriendo, donde podria vm. hallarle. El recibe mis cartas alguna vez por mi tia Christian, pero no sé la direccion de su morada.

— ¡Muy bien! Por Dios, exclamó Julian, yo

estará con cuidado cuando viniere á esta isla, cuando entre en esta casa; y no estrechará á vm. en sus brazos antes de haber respondido á mi propuesta.

— Hagámela inmediatamente, dijo una voz que se oyó tras de la puerta cuando se abria poco á poco, pígame vm. la respuesta porque aquí está Rodolfo Bridgenorth.

Al decir esto entró el mayor en el cuarto con su paso mesurado, quitóse el sombrero alicaido y alto que le cubria la frente, y avanzando al medio de la sala echó una mirada penetrante á su hija y á Peveril uno despues de otro.

— ¡Padre mio! exclamó Adelaida admirada y espantada de su repentina presencia y á tal tiempo, padre mio, yo no tengo culpa ninguna.

— De eso hablaremos despues, Adelaida, respondió Bridgenorth, entre tanto retírate á tu cuarto, porque tú no debes presenciar mi conversacion con este joven.

— Ciertamente, padre mio, ciertamente, dijo Adelaida recelosa por el sentido que dió á estas palabras, Julian tampoco tiene culpa de nada. Por acaso y nada mas que por acaso nos

hemos visto. Avanzándose hácia su padre le abrazó añadiendo.

— ¡No os enfade vm. con él porque no me agravia en cosa alguna! ¡O padre mio! vm. ha sido siempre un hombre razonable, pacífico y religioso.

— ¿Y por qué no lo seré también ahora, dijo Bridgenorth, levantando á su hija que casi se habia prosternado á sus pies en el fervor de la súplica.—¿Sabes tú de algo que pueda incomodarme contra este joven de suerte que ni la razon ni la religion puedan contenerme? Vete á tu cuarto, sosiégate; aprende á reprimir tus pasiones, y déjame hablar con este joven obstinado.

Levantóse Adelaida y salió despacio y los ojos bajos; Julian la siguió con la vista hasta que se ocultó el último pliegue de su ropa detras de la puerta que se cerró. Miró despues á Bridgenorth y bajó los ojos al suelo; — el mayor continuaba mirándole sin hablar palabra. Su exterior era severo y melancólico, pero nada indicaba en él agitacion ó resentimiento. Hizo á Julian una seña para que se

sentara, y tomó una silla; luego principió la conversacion del modo siguiente:

—Un instante hace, joven, parecia que deseaba vm. hablarme; á lo menos lo he presumido segun las pocas palabras que oí por acaso, porque me puse á escuchar por algunos instantes, aunque se oponga ello al código de la cortesia moderna, con el fin de saber cual podia ser la materia de la conversacion sin testigos que un joven como vm. tenia con una muchacha tan joven como Adelaida.

— Yo me alegro, caballero, dijo Julian, reuniendo todas sus fuerzas para un caso que miraba como extremo; me alegro de que vm. haya escuchado, pues no habrá oido salir de mi boca expresion alguna capaz de ofender á un hombre desconocido para mí hasta el presente, pero que debo respetar tanto.

— Por el contrario yo me alegro de ver que al parecer mas tiene vm. que hacer conmigo que no con mi hija, respondió el mayor con mucha gravedad. Mas creo debia vm. haberse dirigido á mí desde luego, pues que yo soy en este asunto la sola persona interesada.

Aunque Julian escuchaba con la mayor atencion, le fué imposible distinguir si Bridgenorth le hablaba irónicamente ó con formalidad. Pero él tenia mas presencia de espíritu de la que se podia suponer en una edad como la suya, falta de experiencia, y se habia propuesto descubrir algo del genio y humor de quien le hablaba. Arreglando con este intento su respuesta en cuanto á la observacion que le hacia el mayor, Julian le dijo que por no tener noticia de su residencia habia venido á saberla de su hija.

— ¿Con que vm. la conoce solo desde hoy, y yo debo entenderlo así? dijo el mayor.

— De modo ninguno, respondió Julian bajando los ojos; yo conozco á su hija muchos años ha, y lo que tengo que decir á vm. tiene conexion con su felicidad y la mia.

— Debo pues comprender á vm. como los hombres carnales se entienden entre ellos sobre los negocios del mundo, vm. tiene aficion á mi hija, y quiere unirse á ella por los lazos del amor, ya lo sé yo mucho tiempo ha.

— ¡Lo sabe vm., señor mayor! exclamó Peveril, ¿lo sabe vm. mucho tiempo ha?

— Si, joven, ¿piensa vm. hubiera permitido el padre de Adelaida Bridgenorth que su hija única, la sola prenda de la ternura con que le amó quien ahora es un angel del Cielo, hubiese quedado en este retiro si no hubiera tenido del modo mas positivo noticia de todas sus acciones? He visto yo por mí propio mas de lo que vm. puede suponer, y cuando estaba yo ausente, me quedaban sin embargo medios de vigilar. Joven, se dice que un amor como el que tiene vm. á mi hija presta sutileza; pero creame, no puede luchar contra el afecto que tiene un padre, un padre privado de su esposa, á una hija única.

Latia de gozo el corazon de Julian.

— Si ha sabido vm. mucho tiempo ha mi correspondencia con Adelaida, dijo él, ¿podré yo esperar que no la tiene desaprobada?

El mayor reflexionó por un instante, y respondió en seguida:

— Bajo ciertas consideraciones, no ciertamente; si yo la hubiera desaprobado, si hubiese

notado en sus visitas algo contrario á mi modo de pensar, ó peligroso para ella, no habitara mucho tiempo ha esta soledad ó isla. Pero no concluya vm. por eso á toda prisa que todo lo que puede adivinar sobre el asunto sea posible realizarse con prontitud y facilidad.

—Es verdad que yo preveo dificultades; pero cuento que es posible superarlas, si tiene vm. á bien auxiliarme. Mi padre es generoso, mi madre es franca y buena; han estimado á vm. en otro tiempo; espero que le amen aun. Yo serviré de mediador; la paz y buena armonía volverán á fijarse en nuestra vecindad, y... Bridgenorth le interrumpió con una risa irónica, porque tal parecia su risa siempre que se dejaba ver en su rostro melancólico.

—Razon tenia mi hija en decir poco tiempo ha, que vm. era un visionario ó un fabricante de cosas impracticables; un hombre que se deja llevar de tan extravagantes esperanzas como las visiones del sueño. ¿Sabe vm. bien lo que me pide en la mano de mi hija única? Todo lo que poseo en la tierra, aunque no me cuento como un grano en la balanza; la llave del

único manantial de donde puedo esperar un fresco agradable, la guardia exclusiva y absoluta de toda mi felicidad en este mundo. ¿Y qué me ofrece vm., qué tiene vm. que ofrecerme por lo que me pide vm.?

—Conozco demasiado, dijo Peveril advirtiendo que con ligereza se habia entregado á la esperanza, que este sacrificio debia serle muy trabajoso.

—Muy bien; pero no me interrumpa vm. hasta que le haya hecho conocer el valor de lo que me ofrece en cambio de un don que tiene vm. en gran precio, cualquiera que sea su valor intrínseco, y que consiste en lo mas precioso que yo tengo que dar en la tierra. Habrá vm. oido decir que, en estos últimos tiempos, fui el antagonista de los principios de su padre de vm. de los de su faccion profana, pero no su enemigo personal.

—Nunca me han dicho que lo haya vm. sido, y hace un instante le recordé que habia vm. sido su amigo.

—Sí, fui amigo suyo; y cuando él se veia en el descousuelo y yo en la prosperidad, ni me

faltó voluntad ni poder para darle pruebas de ello. ¡Y bien! la rueda dió la vuelta; los tiempos han mudado. Un hombre pacífico y que no trataba de ofender á nadie, hubiera podido esperar de un vecino, poderoso á su vez, la proteccion que se tiene derecho á esperar, aun de los desconocidos, siendo todos vasallos de un mismo reino, cuando no se apartan de la senda trazada por la ley. ¿Qué sucede? persigo yo, munido de la autoridad que dan el rey y las leyes á una muger, cuya mano estaba teñida con la sangre de un pariente mio. Yo tenia, en tal caso, derecho á invocar el auxilio de todo vasallo fiel para ejecutar el mandato de arresto decretado contra ella. Mi vecino, mi amigo antiguo, estaba obligado, como hombre y como magistrado, á prestar fuerza armada á la ley; convenia, por el agradecimiento y favores que me debía, que respetara los derechos y persona de un amigo. ¿Qué hizo él? se pone entre mí, vengador de la sangre, y la que por la ley debía yo prender: se vuelve contra mí, me tira por tierra, pone mi vida en peligro, empaña mi honor, lo menos á los ojos de

los hombres, y, bajo su proteccion, llega la muger madianita como el águila del mar al nido que habia hecho en las rocas. Quédase allí, hasta que por el oro esparcido con destreza en la corte, se borra la memoria de su crimen, y queda sustraída de la venganza que debía tomarse por el mas valiente y el mejor de los hombres. Pero, añadió él dirigiéndose al retrato de Christian, no estás aun olvidado, y si persigue al asesino la venganza con paso lento, no deja por eso de ser mas segura.

Se hizo aquí pausa por algunos instantes, y Julian Peveril, que deseaba saber la consecuencia que intentaba sacar el mayor Bridgenorth, no trató de interrumpirle, y el mayor volvió á tomar la palabra.

— Si hablo con dolor de estos sucesos, no es porque me son personales. No es por un espíritu de venganza el recordarlos yo en este momento, aunque fuesen ellos la causa de verme desterrado del domicilio de mis padres, del sitio donde está sepultado lo que mas he tenido en estima sobre la tierra. Pero un asunto mas importante, en que tiene interés el público todo,

sembró un germen nuevo de enemistad entre nosotros dos. ¿Quién desplegó mas actividad que él en ejecutar el fatal edicto del infame día de San Bartolomé, cuando tantos predicadores del Evangelio fueron echados de sus casas, de sus altares, de sus parroquias, para que las ocupasen ladrones, hombres cuyo dios es su vientre? ¿Quién, cuando un puñado de hombres se reunieron para levantar el estandarte caido, y hacer triunfar la buena causa, quien, digo, se apresuró mas en buscarlos, perseguirlos y prenderlos, para que abortasen sus designios? ¿Quién me perseguia tan de cerca, que llegué á percibir el calor de su aliento? ¿Quién es aquel cuya espada desnuda brillaba un pie separada de mi cuerpo cuando, durante las tinieblas, estaba escondido en la casa de mis padres, como el ladron que teme ser descubierto? Geoffrey Peveril; su padre de vm. ¿Qué tiene vm. que responder á todos estos hechos, y cómo pueden conciliarse con sus deseos?

Julian no tuvo á mano otra respuesta sino que estos hechos pasaron largo tiempo habia;

que tenian la mayor culpa el furor de las facciones y las desgracias de los tiempos, y que la caridad cristiana no permitia al mayor Bridgenorth conservar un vivo resentimiento, cuando se presentaba un camino para la reconciliacion.

— Silencio, joven, dijo Bridgenorth; vm. habla de lo que no entiende. Perdonar una injuria personal, es un acto laudable y el deber de un cristiano; pero no se nos manda perdonar las hechas á causa de la religion y de la libertad, ni dar la mano á los que derramaron la sangre de nuestros hermanos.

Volvió á mirar el retrato de Christian, calló algunos minutos como si temiera dejarse llevar demasiado de su impetu, y continuó en tono tranquilo.

— Tracé á vm. este cuadro, Julian, para probar cuan imposible seria para un hombre puramente mundano la union por vm. deseada. Pero algunas veces se abrió una puerta donde pensaba menos el hombre que pudiese haber salida. Su madre de vm., Julian, aun siendo una muger que no conoce la verdad, y para explicar-

me al estilo del mundo, es una de las mas virtuosas y mejores que yo conozco; la Providencia, que le ha concedido tantos atractivos, y que quiso se animara su bello exterior por un alma tan pura como permite la fragilidad de la naturaleza humana, no consentirá, como lo espero, sea por mas tiempo un vaso de cólera y perdicion. Nada digo de su padre de vm. Es lo que los tiempos le han hecho, el ejemplo de otros, y los consejos de los clérigos que le dominan. Lo repito, nada digo, como no sea que tengo sobre él un ascendiente cuyo efecto hubiera ya sentido, si su techo no cubriera un ser que hubiera participado de sus pesares. No deseo la ruina de su antigua familia. Si no doy como ella tanto precio á sus honores y genealogia, no quisiera ser su destructor; no, así como no quisiera echar por tierra una torre cubierta de musgo por el tiempo, ni arrancar de raíz una encina vieja, como no fuese un estorbo en el camino público, y por el bien general. No tengo resentimiento alguno contra la casa humillada de Peveril, aun la respeto en su humillacion.

El hizo otra pausa como si hubiera esperado respuesta de Julian. Pero, á pesar del ardor del joven en sus deseos, se habia educado en la idea de la importancia de su familia, y habia contraido demasiado el hábito mas laudable al respeto filial, para oír sin disgusto una parte del discurso del mayor Bridgenorth.

— Nunca se vió humillada la casa de Peveril, replicó él.

— Si vm. dijera que los hijos de esta casa nunca fueron humildes, seria mas conforme á la verdad. ¿No está vm. humillado? ¿No es vm. aquí el lacayo de una muger altanera? ¿El compañero en las diversiones de un mozo tronera? Si vm. se va de la isla y se presenta en la corte de Inglaterra, verá vm. qué respeto tributan á esa genealogia que le hace descender de reyes y conquistadores. Creame vm., una bufonada baja ú obscena, un exterior impudente, un vestido bordado, algunas piezas de oro, y la resolucion necesaria para poner á una carta ó un dado, le darán á vm., en la corte de Carlos, mayor consideracion para todo que el antiguo nombre paterno, y que el

afecto servil con que su padre de vm. consagró su sangre y su fortuna en favor de la causa del padre de nuestro monarca.

— Es verdad que todo eso es demasiado probable, respondió Julian, pero no es la corte el elemento en que pienso yo vivir. Moraré como mi padre, con mis vasallos, socorriendo sus necesidades, juzgando sus diferencias....

— Plantando un mayo, y danzando al rededor, añadió Bridgenorth con una de aquellas risas irónicas, cuya expresion daba á sus facciones algo de siniestro. Este seria el efecto de una claridad que brillara por un momento en la oscuridad de una caverna fúnebre. No, Julian, en los tiempos que vivimos no puede un hombre servir á su desgraciado país encargándose del papel subalterno de magistrado cantonal, ó llenando los tan fáciles deberes de propietario de provincia. Se forman grandes proyectos y es preciso escoger entre Dios y Baal. La supersticion antigua y abominacion de nuestros padres vuelve á levantar la cabeza, y, protegida por los reyes de la tierra tiende ya sus redes. Pero no levanta la cabeza sin que

se la note, sin que se la vigile. Millares de corazones verdaderamente ingleses no esperan mas que la señal para probar á los reyes la vanidad de sus combinaciones. Romperemos sus trabas, no llevaremos á nuestros labios la copa de sus abominaciones.

— Vuestros discursos, señor mayor, son algo oscuros, puesto que me conoce tan bien, puede advertir que yo á lo menos he visto demasiado cerca los errores de Roma, y que por lo mismo no me es posible desear se propaguen por mi país.

— Y sin eso ¿ te hablaria yo con tanta libertad, tan cordialmente? No sé yo con que presencia de espíritu precoz burlaste las tentativas astuciosas del capellan de una muger que pensaba hacerte renunciar de la fe protestante? ¿ Ignoro yo del modo que te has visto sitiado en el extranjero, cómo te has mantenido firme en tu creencia, y cómo has sostenido la fe vacilante de tu amigo? ¿ No dije yo entonces que en este modo de obrar reconocia yo al hijo de Margarita Peveril? ¿ No dije yo : — El no conoce todavía mas que la letra

muerta, pero algun día germinarán y fructificarán las buenas semillas? Ya basta por hoy de esta materia, esta casa es tuya. Yo no miraré en tí ni al siervo de aquella hija de Eshbaal ni al hijo del agresor contra mi vida, que tambien profanó mi honor. Tú serás desde hoy el hijo de aquella sin la que mi casta hubiera fenecido.

Y diciendo esto le dió la mano seca y magra; pero al hacer este agasajo hospitalario á Peveril, se dejó ver en su rostro tan marcada la imagen de la tristeza, que, aun siendo tan grande el gusto que se prometió el joven en quedarse tan largo tiempo cerca de Adelaída Bridgenorth y tal vez en su compañía, y aunque conoció le dictaba la prudencia conciliarse el afecto de su padre, no podia menos de advertirse con el corazon helado junto á él.

CAPITULO IV.

Este día á la amistad
Consagrado al menos sea,
Y mañana á la pelea
Ha de serlo en realidad.

OTWAY.

Debora Debbitch se presentó, por haberla llamado su amo, con un pañuelo aplicado al rostro, y como confusa y turbada.

— No es culpa mia, mayor Bridgenorth, dijo ella, ¿cómo hubiera podido yo impedirlo? Cada oveja con su pareja. El joven queria ve-

muerta, pero algun día germinarán y fructificarán las buenas semillas? Ya basta por hoy de esta materia, esta casa es tuya. Yo no miraré en tí ni al siervo de aquella hija de Eshbaal ni al hijo del agresor contra mi vida, que tambien profanó mi honor. Tú serás desde hoy el hijo de aquella sin la que mi casta hubiera fenecido.

Y diciendo esto le dió la mano seca y magra; pero al hacer este agasajo hospitalario á Peveril, se dejó ver en su rostro tan marcada la imagen de la tristeza, que, aun siendo tan grande el gusto que se prometió el joven en quedarse tan largo tiempo cerca de Adelaída Bridgenorth y tal vez en su compañía, y aunque conoció le dictaba la prudencia conciliarse el afecto de su padre, no podia menos de advertirse con el corazon helado junto á él.

CAPITULO IV.

Este día á la amistad
Consagrado al menos sea,
Y mañana á la pelea
Ha de serlo en realidad.

OTWAY.

Debora Debbitch se presentó, por haberla llamado su amo, con un pañuelo aplicado al rostro, y como confusa y turbada.

— No es culpa mia, mayor Bridgenorth, dijo ella, ¿cómo hubiera podido yo impedirlo? Cada oveja con su pareja. El joven queria ve-

nir, la muchacha no se incomodaba de verle, y....

— Calla, ¡insensata! dijo Bridgenorth, y escucha lo que voy á decirte.

— Yo sé perfectamente lo que vuestra señoría tiene que decirme, respondió Debora, yo sé que el servir no es hoy herencia, pero hay gentes de mas alcances que otras. Si yo no me hubiera dejado sonsacar hasta el extremo de salirme de Martindale, tendria yo el dia de hoy una casa por mia.

— Calla, ¡necia! repitió Bridgenorth. Pero Debora estaba tan embebida en disculparse, que no le dió sino el tiempo preciso para proferir esta interjeccion, entre las exclamaciones que hacia continuamente y con la ligereza propia de los que habiendo merecido una fuerte reprimenda, procuran evitarla por el estrépito de sus disculpas, aun antes de hacerles reconvenccion alguna.

— No es extraño se me haya hecho perder de vista mis propios intereses, tratándose, añadió ella, de colocarme al lado de su hija Adelaida. No me hubiera movido todo el oro

de vuestra señoría, si no me hubiera convenido de que se habria visto como perdida la pobre inocente, una vez privada del cuidado de milady Peveril y del mio. Y ahora salimos con esto. Mala noche y parir hija. Este es el pago que yo llevo. Pero hará bien vuestra señoría en no partir de ligero. La señorita Adelaida tiene algunas veces una tosecilla seca, y deberia tomar un remedio por la primavera, y otro al caer de la hoja.

— Silencio, ¡parlanchina! le dijo su amo, tan luego como la necesidad de tomar aliento suspendió á Debora en su retahila, y le dió lugar para decir; ¿piensas tú no estaba yo informado de que venia este joven á Blackfort, y que si me hubieran disgustado tales visitas, no las habria yo cortado?

— ¿No sabia yo que vuestra señoría estaba informado de tales visitas? exclamó Debora en tono de triunfo; porque, como la mayor parte de las mugeres, nunca cuidaba de disculparse, sino por medio de una mentira clara, por mas inverosimil que fuese. ¿No sabia yo que vuestra señoría estaba informado de todo? ¿Sin eso

las hubiera yo consentido? No sé yo qué juicio forma vuestra señoría de mí. Si no hubiera yo estado muy segura de que esto, mas que cualquier otra cosa del mundo, era de su agrado, ¿habría yo resuelto echar mano para ayudarle? Creo que yo sé muy bien mi obligacion. Infórtese vuestra señoría si yo he permitido á hombre alguno, mas que á este, la entrada en la casa. Sabía yo de cierto que vuestra señoría era un hombre sabio y que los resentimientos no pueden ser eternos. Donde acaba el odio comienza la amistad y á buen seguro que parecen nacidos el uno para el otro, y despues se conforman los dominios de Moultrassie y de Martindale tan bien como el cuchillo y la vaina.

—Grandísima cotorra, exclamó Bridgenorth poco menos que impacientado, deten esa lengua, y si quieres charlar, ves á la cocina con tus iguales. Haz que nos preparen al instante la comida, porque Peveril vive lejos de aquí.

— Voy allá con el mayor gusto del mundo, respondió Debora, y si hay en la isla de Man un par de aves tan gordas como las dos que al

instante van á presentar las alas en la mesa, consiento que me llame vuestra señoría ansaron y cotorra todo á un tiempo.

Dicho esto se salió del aposento.

— Y pensabas que habia yo confiado mi única hija á una muger de tal calaña, dijo el mayor sin dejar de mirarla hasta que salió. Pero ya basta del caso; iremos, si gustas á dar un paseo, en tanto que se ocupa ella en cosas mas proporcionadas á su entendimiento.

Al decir esto salió de casa en compañía de Julian Peveril, y muy pronto se pasearon de brazo dado como si toda su vida hubieran sido intimos amigos.

— Es muy posible que algunos de nuestros lectores se hayan encontrado como nosotros en compañía de algun individuo cuyos deseos de pasar por serio eran mucho mayores que los nuestros, y con quien habiamos pensado probablemente pasar el tiempo con incomodidad y desagrado; al mismo paso que nuestro compañero por su parte podía recelar disgustarse de nuestra supuesta viveza, é inmoderada alegría de un genio contrario

al suyo. Con todo eso, mas de una vez hemos notado que, acomodándonos á las disposiciones de nuestro compañero con aquella urbanidad y buen humor de nuestro caracter, procurando conducirnos en modales y palabras con la seriedad que nuestros hábitos lo permiten, comovido nuestro interlocutor por este ejemplo, se desprendia en parte de su gravedad, y resultaba que nuestra conversacion tomaba aquel aspecto de satisfaccion y agrado, medio término entre lo agradable y util que se llama

De la noche y del dia
La frontera encantada.

lo que quiere decir el crepúsculo. Es probable que cada uno de estos individuos pudiera felicitarse en ocasion semejante de haberse encontrado, aun cuando no hubiera servido sino para establecer por poco tiempo una relacion de sentimientos entre hombres que tal vez diferenciándose mas bien por el genio que por los principios, están demasiado dispuestos á reprenderse reciprocamente de fanatismo por una parte y de ligereza profana por la otra.

Esto mismo sucedió en el paseo que dieron juntos Peveril y Bridgenorth y en su conversacion.

Evitando con todo cuidado el mayor el hablar del asunto que ya se habia tratado, hizo recaer la conversacion sobre sus viages al extranjero, las maravillas que habia visto en los paises lejanos, y las que al parecer habia examinado como un curioso y un observador. Abrevió este discurso la rapidez del tiempo, pues aunque las anécdotas contadas por Bridgenorth, y las reflexiones de que las acompañaba, tomasen la tintura de seriedad y algo de lo sombrío, inseparable de quien las contaba, tenian rasgos capaces de excitar el interés y admiracion tan del gusto de la juventud. Así sucedió con respecto á Julian, para quien lo romanesco y maravilloso tenian atractivos.

Bridgenorth al parecer conocia perfectamente la parte meridional de la Francia. Podia contar muchas historias de los hugonotes franceses, que ya comenzaban á padecer persecuciones, cuyo resultado fué pocos años despues, la revocacion del edicto de Nantes. Ha-

bia estado tambien en Hungría, porque hablaba de ella como quien conocía el caracter de varios gefes de la grande insurrección protestante que acababa de presentarse bajo el célebre Tekeli, y alegó razones sólidas en prueba de que tenían derecho para hacer causa comun con el Gran Turco, antes que sujetarse al papa de Roma. Habló tambien de la Saboya, donde los miembros de la religion reformada sufrían una cruel persecucion; en fin tomó un tono de entusiasmo cuando llegó á la proteccion que Olivier Cromwell habia concedido á las iglesias protestantes oprimidas, añadiendo era mas propio para ejercer el poder supremo que, quienes reclamándole por derecho de nacimiento, no se servían de él sino para entregarse á su gusto por los deleites y vanidades del mundo.

— No esperaba yo, dijo con modestia Peveril, escuchar el panegirico de Olivier pronunciado por el mayor Bridgenorth.

— No hago su panegirico, respondió el mayor; no digo mas que la verdad acerca

de este hombre extraordinario que no vive, y á quien no temí resistirle frente á frente cuando vivía. Tiene la culpa el infeliz rey que nos gobierna, si nos vemos forzados á volver los ojos con sentimiento hácia los tiempos en que la nacion era respetada por fuera, y habia contraído en el interior hábitos religiosos y costumbres sobrias. Pero me propongo hacer con vm. una guerra de controversia. Ha vivido vm. entre gentes que tienen por mas facil y gustoso recibir pensiones de la Francia, que darle leyes, gastar el dinero que les prodiga, que reprimir la tiranía con que oprime á nuestros pobres hermanos de religion. Verá vm. todo eso cuando se le caiga el velo de los ojos, y entonces aprenderá vm. á concebir el desprecio é indignacion.

Habian entonces concluido su paseo, y volvian á Blackfort por un camino distinto del que tomaron al salir. El ejercicio y el tono general de la conversacion habian disipado hasta un cierto punto la turbacion y timidez que la presencia de Bridgenorth habia causado en un principio á Peveril, y que habian aumentado

mas bien que disminuido las primeras advertencias del mayor.

Se dejó ver bien pronto en la mesa el banquete prometido por Debora. Respondian de las promesas que habia ella hecho la sencillez, la limpieza y el buen orden que reinaban en esta comida; pero bajo un solo aspecto, hacia mas de lo que habia prometido, y aun se podia sospechar algo de afectacion. En lugar de la bajilla de madera y estaño que Peveril habia visto usar en Blackfort con motivo igual, la mayor parte de las fuentes eran de plata, y los platos del mismo metal.

Julian Peveril se halló sentado entre Adelaida Bridgenorth y el padre de la que mas amaba en la tierra y el que siempre fué considerado por él como el mayor obstáculo de su unión, pareciéndole todo esto un sueño delicioso cuyo fin se teme despertando, y cuyo goce se turba por la incertitud, el temor y admiracion. Estaba tan confuso que apenas podia responder á los cumplimientos importunos de la señora Debora, quien ocupando su puesto en la mesa en calidad de aya, hacia los platos.

Adelaida se habia formado al parecer la resolucion de hacer el papel de un personaje mudo, porque no abria la boca sino para responder con brevedad á las preguntas de Debora. Habiendo probado su padre mismo en hacerla tomar una parte mas activa en la conversacion, se limitó ella á darle las únicas respuestas que su respeto exigia como indispensables. Entonces recayó en Bridgenorth el cuidado de mantener la conversacion de la sociedad, y, sin tenerlo de costumbre, no parecia de modo alguno aturdido. Expresábase no solamente con facilidad, sino casi en tono festivo, aunque su discurso se interrumpia de vez en cuando dejándose ver expresiones que manifestaban su estado habitual de melancolia, ó que parecian pronosticar contratiempos y hacer percibir desgracias en lo futuro. Se notaban ciertos fuegos de entusiasmo en su conversacion: como los que iluminan el cielo en una tarde de otoño, y que comunicando al crepúsculo un resplandor pasajero, dan á todo lo que descubren un caracter mas imponente y mas expresivo. Por lo general, las advertencias del

mayor eran sin embargo juiciosas, y como no cuidaba de vestir sus discursos con adornos ambiciosos, no tenían otra elevación que la del interés que ponía en ellos, y que hacía tomar á sus oyentes.

Por ejemplo, cuando Debora, con el orgullo de un corazón sórdido hubollamado la atención de Julian sobre la plata que brillaba en la mesa, Bridgenorth creyó convenia dar una como satisfacción con respecto á este gasto superfluo.

— Es un sintoma precursor del peligro, dijo él, cuando se ve que hombres ordinariamente incapaces de dejarse seducir por las vanidades de la vida, emplean considerables sumas en adornos de preciosos metales. Es una prueba de que no puede el comerciante poner con ventaja los capitales á que hace dar esta forma esteril; es una señal de que los nobles y ricos temen la rapacidad del poder, cuando dan á sus riquezas una forma que facilita mas el ocultarlas; es una demostracion de la poca certeza del crédito el que prefiera un hombre de buen juicio la posesion cierta de una masa de plata, al reconocimiento tan cómodo de un platero ú

de un banquero. Mientras que reste una sombra de libertad, los derechos domésticos son los últimos que se acometen, y por esto se ponen sobre la mesa y el aparador las riquezas que se supone deben estar mas tiempo al abrigo de la mano rapaz de un gobierno tiránico; pero si sobreviene un pedido de capitales para sostener un comercio provechoso, la masa brillante cae en el hornillo, y lo que formaba el pesado y vano adorno del banquete se convierte en un dinero activo y poderoso para que aumente la prosperidad del país.

— Y en tiempo de guerra, dijo Peveril, se ha encontrado tambien algunas veces en la plata labrada un recurso tan pronto como útil.

— Muchas veces, por desgracia, respondió Bridgenorth. En los últimos tiempos, la de los nobles, y de los colegios, y la venta de joyas de la corona han puesto al rey en estado de hacer esta desgraciada resistencia, que ha impedido la vuelta de la paz y el orden, y que ha dado á la espada una superioridad injusta sobre la autoridad real y sobre la del parlamento.

Encaróse con Julian al decir esto, casi como

quien, queriendo experimentar un caballo le pone de pronto algun objeto ante los ojos, y examina en seguida si su vista le espanta ó le estremece. Pero los pensamientos de Julian estaban demasiado ocupados en otra parte y no podia manifestar inquietud alguna. Su respuesta tuvo conexion con otra parte del discurso de Bridgenorth, y no la dió sino despues de haberse detenido un poco.

— La guerra, dijo él entonces, la guerra, que empobrece las naciones, es tambien creadora de las riquezas que consume.

— Sí, respondió Bridgenorth, como las compuertas dan movimiento á las aguas dormidas del lago, que acaban por secarlo. La necesidad inventa las artes y descubre los medios; y, ¿qué necesidad hay mas imperiosa que la de una guerra civil? La misma guerra no da por su esencia, un mal sin compensacion, pues queda un impulso y una energia que sin ella no tendria la sociedad.

— ¿Resulta, pues, dijo Peveril, que conviene se haga la guerra, para enviar las bajillas

á la fundicion, y servirse de fuentes de estaño y de platos de madera?

— No es eso, hijo mio, replicó Bridgenorth. Y parándose al ver que Julian se habia puesto encarnado, añadió: perdona mi familiaridad; pero no intentaba limitar lo que acabo de decir á resultados tan fútiles, aunque pueda ser saludable separar los hombres de sus vanidades y lujo, y enseñar el modo de hacerse Romanos á los que de otro modo serian Sibaritas. Quería decir que los tiempos de peligro público, llamando á circulacion los tesoros aglomerados por el avaro, y la plata labrada reunida por el rico orgulloso, y añadiendo así á la riqueza interior del pais, ponen tambien de manifiesto á los espiritus nobles y bravos, que desfallecerian en la inaccion, en lugar de dar un bello ejemplo á sus contemporáneos, y de legar sus nombres á los siglos futuros. La sociedad no conoce, ni puede conocer los tesoros intelectuales que dormitan en su seno, antes que la necesidad y la ocasion hayan hecho salir al hombre de Estado, y al guerrero de la sombra de una vida oscura, para representar el papel que la Pro-

videncia y la naturaleza les han repartido. Así se levantó Olivier, así se elevó Milton, así tantos otros, cuyos nombres no podrán olvidarse. Es como la tempestad que manifiesta de plano el talento del marino.

— Hablais, dijo Peveril, como si una calamidad nacional pudiera ser de algun modo una ventaja.

— Esto es lo que debe suceder en esta vida de pruebas, donde todo mal temporal se suaviza por alguna cosa buena en sus progresos y resultados, y donde todo lo que es bueno está intimamente ligado con lo que malo es en si mismo.

— Debe ser un noble espectáculo ver como se levanta de repente la energía aletargada de una grande alma, se arma con todas sus fuerzas, y toma sobre los espíritus inferiores la autoridad que por derecho le compete.

— Yo he gozado de él una vez, dijo Bridgenorth; y como la historia es corta, se la contaré á vm. si gusta.

— No me olvidé en mi vida errante de nuestros establecimientos de ultramar y menos aun

de la Nueva-Inglaterra, pais de la Gran-Bretaña parecido al embriagado que arroja su tesoro lejos de si, que ha enriquecido á costa suya enviando allí lo que tenia de mas precioso á los ojos de Dios y de sus hijos. Allí millares de nuestros conciudadanos los mas piadosos, de aquellos que pueden mediar entre el omnipotente y su consejo para impedir la ruina de las ciudades, consienten vivir en el desierto entre salvages ignorantes, antes que exponerse á ver en su patria la opresion que apaga la luz divina que ilumina sus almas. Estuve allí algun tiempo, durante la guerra que sostuvo la colonia contra Felipe, gran gefe indio ú Sachem como le llamaban, que parecia un mensagero de persecucion enviado por Satanás. Su crueldad no conocia limites, lo mismo que su disimulo; y la destreza junto con la prontitud para dirigir una guerra destructora de escaramuzas, hicieron sufrir á los colonos calamidades desastrosas.

— Estaba yo por acaso en un lugarcillo situado en medio de los bosques, á mas de treinta millas de Boston, puesto en un parage muy so-

litario, y rodeado de tallares muy espesos. Sin embargo parecia no haber peligro inminente que temer de parte de los Indios; atendido que se contaba con la proteccion de un cuerpo de tropas considerable, puesto en campaña para defender las fronteras, y acampado ó que debia estarlo, entre el lugarillo y el pais ocupado por los enemigos. Pero se trataba con un hombre á quien el demonio mismo habia inspirado su astucia y barbarie.

— Era un domingo por la mañana, y estábamos en la casa del Señor para orar todos juntos. Nuestro templo estaba groseramente construido de troncos de árboles; pero nunca las voces de los chantres asalariados, y la armonía que sale de los tubos de cobre y estaño, en la mas rica catedral, no se levantarán al cielo con tanta dulzura, como los salmos en que nuestros corazones se reunían á nuestras voces. Un hombre virtuoso, largo tiempo compañero mio de peregrinacion, que ahora descansa en el seno del Señor, Nehemia Solsgrace, acababa de comenzar la oracion, cuando una muger con los cabellos sueltos, los ojos espantados, y los

vestidos desaliñados, se precipitó en la capilla repitiendo á grandes gritos: — ¡ Los salvages! ¡ Los salvages!

— En este pais nadie se atrevia á dejar sus instrumentos de defensa. En la ciudad ó en el campo, en las tierras labradas ó en la selva, cada uno tiene sus armas junto á si, como los Judios cuando volvieron á edificar el templo. Salimos pues de la casa del Señor con nuestros fusiles y picas, y oimos los ahullidos de aquellos demonios encarnados, que dueños ya de una parte del pueblo, ejercian su crueldad en el corto número de los que por un motivo grande ó por enfermedad, no habian podido venir á tomar parte en el culto público. Advirtiósese tambien, como un juicio de Dios, que en este dia de sabado marcado con la sangre, Adriano Hanson, Holandés, quien, segun los hombres era irreprochable, pero cuyo espiritu estaba muy ocupado con los negocios de este mundo, fué muerto y le arrancaron la cabellera* en

* Quitar los tegumentos del cráneo, que los Indios se llevaban como trofeos. — Ed.

su tienda, en tanto que contaba la ganancia de la semana.

Cuando llegamos, los Indios habian hecho ya mucho mal. Nuestro ataque los hizo retirar al principio; pero habiamos sido sorprendidos, estábamos sin gefe, combatiamos sin orden, todo, por último, era confusion entre nosotros, y estos malditos que no cesaban de tirar tuvieron alguna ventaja. No se podian oír sin estremecerse los gritos de las mugeres y los niños en medio de los tiros de fusil, el silbido de las balas y los rugidos feroces llamados por aquellos salvages grito de guerra. Pegaron fuego á muchas casas de las orillas del pueblo, y el ruido de las llamas con el chasquido de las maderas abrasadas aumentaban el horror, en tanto que el humo, impelido por el viento hácia nosotros, concedia mas ventajas á nuestros enemigos, que combatian, por decirlo así, invisibles y á cubierto, al paso que sus tiros bien dirigidos aclaraban nuestras filas. En este momento cruel, cuando íbamos á tomar el partido desesperado de salir del pueblo, de poner al centro las mugeres y los

niños, y de retirarnos á las habitaciones mas próximas, quiso el Cielo enviarnos un socorro inesperado. Presentóse de pronto entre nosotros un hombre de gran talla, exterior respetable, á quien ninguno de nosotros habia visto nunca, y cuando discutiamos á toda prisa la proposicion de tocar la retirada. Estaba vestido de piel de alce, y sus armas eran un fusil y un sable. Jamas vi nada de mas augusto que sus facciones adornadas con los cabellos blancos que se juntaban con una barba larga del mismo color.

— Amigos y hermanos, exclamó él con aquel tono de voz que infunde confianza en los que huyen, ¿por qué abatis vuestros corazones y desesperais? ¿Recelais que el Dios á quien servimos sea capaz de abandonaros al furor de estos paganos? Seguidme, ¡y vereis que hoy se deja ver un capitán en Israel!

Dió en pocas palabras algunas órdenes precisas y claras al estilo del habituado á mandar; y fué tal la influencia de sus discursos, de exterior imponente y serenidad, que le obedecieron implícitamente gentes que hasta enton-

ces no le habian visto. Dividimonos, según su orden, á toda prisa en dos cuerpos; el uno continuó defendiendo la poblacion con mas valor que nunca, convencido de que Dios habia enviado á este forastero en nuestro socorro; y con arreglo á sus instrucciones, tomó él la mejor posicion y la mas al abrigo para hacer contra los Indios un fuego destructor; en tanto que, cubierto con el humo el extranero, salió despues del lugar á la cabeza de la segunda division, y habiendo hecho un círculo, atacó á los guerreros indios por la espalda.

Este ataque imprevisto produjo en los salvajes el efecto acostumbrado. Se llegaron á convencer de que se hallaban atacados por los habitantes del pueblo en su frente y á la espalda por un cuerpo de tropas venidas de la Nueva-Inglaterra. Huyeron sin orden aquellos paganos, abandonaron la parte del pueblo, de que casi eran ya dueños, y dejaron tantos muertos tendidos en el campo de batalla, que nunca volvió á levantar cabeza esta casta.

Nunca se me olvidará el exterior, las facciones y el semblante de nuestro venerable

gefe, cuando nuestros hombres, y no solo los hombres, sino sus mugeres é hijos, á quienes habia salvado del tomahawk * y del cuchillo de arancar cabelleras, se agolparon de pie alrededor de él, sin osar apenas acercársele, y mas inclinados tal vez á honrarle como un angel descendido del Cielo, que á darle gracias como á un mortal igual á ellos.

— Atribúyase la gloria no á mi, sino al que se le debe, dijo él; yo no soy mas que un instrumento tan fragil como vosotros mismos en la mano del que es el fuerte y el libertador. Dadme un vaso de agua para refrescar las fauces secas, antes de presentar la ofrenda de gratitud á quien se le debe.

— Yo era el mas próximo á él cuando hablabá, y yo fui quien le presenté el agua que pedía. Mirámonos entonces, y me pareció ver en él á un noble amigo creído por mí tiempo habia, en el seno de la gloria; mas él no me dió

* Hacha de los salvajes: esta es de dos clases, el tomahawk con pipa, y tomahawk sin pipa. Vease sobre esta palabra una nota de los Mohicanos.— Ed.

tiempo de hablarle, si hubiera sido prudente hacerlo. Arrodillándose él mismo, y haciéndonos señal para imitarle, pronunció una oracion fervorosa en accion de gracias por el éxito del combate, con una voz clara y sonora, como la de una trompeta de guerra, y que hizo estremecer hasta los huesos á cuantos le oian. He oido en mi vida muchas oraciones devotas, y, ¡ojalá que yo hubiera recibido del Cielo el favor de aprovecharme de ellas! pero otra igual á la suya pronunciada entre muertos y moribundos, con el acento animado por el triunfo y humillado por la adoracion, era superior á todas. Era el cántico de la profetisa inspirada bajo la palma que hay entre Ramah y Bethel. Acabó por fin de hablar, y nos quedamos por algunos minutos el rostro inclinado hácia la tierra sin atrevernos á mirarle. Levantamos luego la cabeza para ver á nuestro libertador; pero ya no estaba con nosotros, y jamas se le volvió á ver en el pueblo que habia salvado.

Habia Bridgenorth usado en el detalle de esta historia tal elocuencia y viveza que contrastaban con la sequedad habitual de su con-

versacion; guardó silencio un poco antes de tomar otra vez la palabra.

— Ya ves, joven, dijo él entonces, que los hombres dotados por el Cielo de valor y talento son llamados al mando, cuando el bien de un pais lo requiere, aun cuando nada se sepa de su existencia misma en el pueblo para cuya salvacion están destinados.

— ¿Pero, qué se pensó de ese misterioso extranjero? preguntó Julian quien habia escuchado con la mayor atencion posible una historia tan propia para excitar el interés de un joven fogoso y de valor.

— Muchas cosas, respondió Bridgenorth, y que con arreglo á los tiempos eran poco importantes. La opinion mas general fué que este extranjero era realmente sobrenatural, aunque él dijese lo contrario. Otros le miraron como un campeón inspirado, trasportado desde algun clima distante, para mostrarnos el camino de salud; otros, en fin, vieron en él un solitario á quien motivos piadosos ú otras razones poderosas le habian conducido á sepul-

tarse en el desierto, y huir de la vista de los hombres.

—Y, siéndome permitido preguntar, ¿cual de estas opiniones estaba vm. dispuesto á seguir?

—La última se acordaba mejor con lo que al primer golpe de vista advertí yo en sus facciones, pues, aunque no dudo pueda ser grato á Dios resucitar de las tumbas, en grandes ocasiones, un defensor de la patria, me convenci, como lo estoy ahora, de que yo veía un ser viviente, un sugeto que tenía motivos grandes para ocultarse en las entrañas de una roca.

—¿Son secretos esos motivos?

—No absolutamente, porque no temo abusos de la confianza que te dispense en esta conversacion; y ademas porque si tú fueras capaz de tal bajeza, está la presa demasiado lejos para que puedan los cazadores seguirla por la huella. Pero resonará mal el nombre del digno hombre, á causa de una accion de su vida, por la parte que tuvo en la medida que hizo temblar á los habitantes de las islas mas remotas de la tierra. ¿No has oido hablar nunca de Ricardo Whalley?

—¿De Ricardo Whalley, el regicida? exclamó Peveril horrorizado.

—Llámele vm. como guste, respondió Bridgenorth; no fué menos el salvador de este desgraciado lugar, aunque se haya sentado con los otros genios emprendedores del siglo en el banco de los jueces cuando fué acusado Carlos Estuardo en la barra, y aunque suscribió á la sentencia de condenacion que contra él se dió.

—He oido siempre decir, replicó Julian con voz alterada y todo encarnado, que vm., mayor Bridgenorth, y los otros presbiterianos estaban enteramente opuestos á este detestable crimen, y que se hallaban dispuestos á unirse con los Caballeros, para impedir tan espantoso parricidio.

—Si hubiese sido eso cierto, su sucesor nos hubiera recompensado ricamente.

—¡Recompensado! la distincion entre el bien y el mal, y la obligacion que se nos ha impuesto de hacer el uno y evitar el otro, ¿dependen pues de la recompensa que á nuestras acciones pueda concederse?

— ¡No lo permita Dios! y sin embargo, al ver todos los males que ha causado á la Iglesia y Estado esta casa de Estuardo, y la tiranía que ejerce sobre las personas y conciencias, es bien permitido dudar que sea un crimen tomar las armas para defenderla. Vm. no me oye, con todo, ni elojiar ni dar por justa la muerte del rey, aunque sin duda la hubiese merecido faltando al juramento que prestó como príncipe y magistrado. Digo únicamente lo que vm. deseaba saber, que Ricardo Whalley, uno de los jueces del difunto rey, era el hombre de quien acabo de hablar. Conoci su frente levantada, aunque la mano del tiempo la hubiese despojado de su adorno. Sus ojos conservaban todo el fuego que tenían sus miradas; y su gran barba blanca no me impidió reconocerle. Los podencos sedientos de su sangre le daban caza por la huella; pero gracias al auxilio de los amigos, encargados por el Cielo de velar en su conservacion, quedó cuidadosamente escondido, y no se mostró sino por obedecer á las órdenes de la Providencia el dia de aquel combate. Acaso resonaria otra vez su voz en el

campo de batalla, si tuviera la Inglaterra necesidad de uno de sus mas nobles corazones.

— A mí me toca decir ahora: ¡No lo permita Dios! exclamó Julian.

— ¡Amen! repuso Bridgenorth; ¡permita Dios, por su bondad, alejar de nosotros la guerra civil, y perdonar á los que, por su delirio, podrian excitarla!

Hubo entonces una larga pausa, mientras la cual Peveril, que apenas habia mirado á Adelaida durante esta conversacion, la echó una mirada, y le penetró el exterior de profunda melancolia que oscurecia las facciones cuya expresion natural era la jovialidad, sino la alegría. Cuando Adelaida lo advirtió, hizo notar á Julian de un modo expresivo, segun le pareció, que se aumentaban las sombras, y que se acercaba la noche.

Comprendióle el pensamiento, y aunque convencido de que ella intentaba hacerle conocer que ya era tiempo de pensar en retirarse, no pudo lograr por el pronto toda la resolucion que necesitaba para deshacer el encanto que le detenia. El language de Bridgenorth era no

solamente nuevo para él, sino que le pareció aun alarmante por tan contrario á los principios en que se le habia educado. En cualquier otra ocasion, como hijo de sir Geoffrey Peveril del Pico, se hubiera creido precisado á combatir las conclusiones aun con la punta de la espada. Pero Bridgenorth manifestaba sus opiniones con tanta calma, y tanto parecian ser el resultado de su conviccion, que excitaban en Julian mas bien admiracion que el deseo de controversia. Tenia todo lo que decia un aspecto de decision tranquila y apacible melancolia, que le hubiera sido difícil á Julian el ofenderse por ello, aun cuando no hubiera visto en él al padre de Adelaida; y acaso ignoraba cuanto influia en él esta circunstancia. Sus discursos y sentimientos indicaban aquella resolucion sosegada, que hace casi imposible el hacer de ellos un asunto de discusion ó disputa, aunque sea tambien difícil adoptar las consecuencias.

— En tanto que Peveril se quedaba sentado en la silla donde parecia fijado por el efecto de un talisman, tan sorprendido tambien al

verse en tal compañía, como por las opiniones emitidas poco antes, le recordó la circunstancia de haber trascurrido ya el tiempo que podia pasar regularmente en Blackfort. Fairy, yegüecita de la isla, que, acostumbrada á las cercanias de esta casa, pacia en una pradera vecina, cuando su amo estaba de visita, comenzaba ya á creer que se detenia demasiado. Era un presente que habia hecho á Julian la condesa, siendo todavia muy niño, y era de una casta de caballos de montaña, fogosa, infatigable, notable por su larga vida, y dotada de una sagacidad comparable á la del perro. Fairy dió una prueba de esta última calidad por el medio que adoptó para expresar su impaciencia; tal parecia ser al menos la significacion del relincho prolongado que dió, y que asustó á las dos damas que estaban en el cuarto, pero un momento despues no pudieron dejar de reirse, viendo á Fairy que asomaba la cabeza á la puerta.

— Fairy me recuerda, dijo Julian mirando á Adelaida y levantándose, que ha llegado el término de mi vista.

— Tengo aun algo que decir á vm., repuso Bridgenorth llevándole al quicio de una ventana gótica del cuarto, y bajando la voz para que no le oyese Adelaida ni su aya, quienes se ocupaban en dar pedazos de pan á la yegua y en acariciarla. — Todavía no me ha dicho vm., añadió él, á qué ha venido aquí. Calló por un instante gustando de verle turbado. — Es verdad, añadió él que no era necesario me lo dijera vm. No se me han olvidado todavía mucho los días de mi juventud ni de aquellos viculculos que unen demasiado la debil y pobre naturaleza humana á las cosas de este mundo. No hallará vm. expresiones con que pedirme le concediera el don que de mi parte desea, don tal vez cuya posesion no dudaria vm. asegurarse sin que yo lo supiera y contra mi voluntad? No trate vm. de justificarse y oígame. El patriarca compró á la que amaba por catorce años de servicios que hizo á Laban, padre de Raquel, y este tiempo no le pareció mas que algunos días. El que quiera lograr á mi hija no tiene mas que servirme comparativamente algunos días, pero en un negocio de tal impor-

tancia que le parecerán años. No me responda vm. por ahora, ¡y que Dios le acompañe!

Retiróse tan pronto luego que hubo dicho esto, que Peveril no tuvo tiempo de responderle; miró por el cuarto y ya no estaban allí Adelaida ni Debora. Fijó la vista en el retrato de Christian, y se le figuró ver sus facciones animadas con una sonrisa de triunfo y orgullo. Sobresaltóse, y le miró con mayor atencion. Era todo esto el efecto de un rayo de sol poniente que daba en el retrato. Cesó el efecto y no se percibió mas que el rostro fijo y grave del guerrero republicano.

Salió Julian del aposento como quien va durmiendo y andando. Montó en Fairy, y agitado con mil pensamientos contrarios, volvió al castillo de Rushin donde llegó antes de anoche- cer. Hallólo todo en movimiento. Segun algunas noticias que se habian recibido, ó alguna resolucion tomada en su ausencia, se habian retirado la condesa y su hijo con la mayor parte de su servidumbre al castillo de Holm-Peel mejor fortificado aun. Este castillo situado dis-

tante casi ocho millas en la misma isla, estaba en peor estado que el de Castletown, residencia menos agradable. Pero Holm-Peel era mas fuerte y no se podia tomar sin un sitio formal. Habia siempre en este castillo una guarnicion á sueldo de los soberanos de Man. Llegó á él Peveril á la caída del dia, y le dijeron en el lugar, habitado por pescadores, que habian tocado á recoger antes de lo acostumbrado, y que se montaba en él la guardia con precauciones extraordinarias que indicaban alguna inquietud.

Por no incomodar á la guarnicion entrando tan tarde, tomó en el pueblo el primer alojamiento que halló, para pasar la noche, y resolvió entrar en el castillo por la mañana temprano. No estaba disgustado por tener así algunas horas en que hallarse solo, para reflexionar sobre los acontecimientos que le habian agitado el dia precedente.

CAPITULO V.

Lo que parecia su cabeza
Por sombra de una corona*
Al parecer se tenia.

MILTON, *el Paraiso perdido*

Sodor ó Holm-Peel, porque tales son los

* Es la imagen sublime de Milton:

*What seem'd its head
The likeness of a kingly crown had on.*

Delille dijo:

Una sombra de corona adorna su altiva frente.

Este verso de Delille, no da mas que la mitad de la idea. Todo es fantástico en la imagen de Milton, tanto la cabeza co-

tante casi ocho millas en la misma isla, estaba en peor estado que el de Castletown, residencia menos agradable. Pero Holm-Peel era mas fuerte y no se podia tomar sin un sitio formal. Habia siempre en este castillo una guarnicion á sueldo de los soberanos de Man. Llegó á él Peveril á la caída del dia, y le dijeron en el lugar, habitado por pescadores, que habian tocado á recoger antes de lo acostumbrado, y que se montaba en él la guardia con precauciones extraordinarias que indicaban alguna inquietud.

Por no incomodar á la guarnicion entrando tan tarde, tomó en el pueblo el primer alojamiento que halló, para pasar la noche, y resolvió entrar en el castillo por la mañana temprano. No estaba disgustado por tener así algunas horas en que hallarse solo, para reflexionar sobre los acontecimientos que le habian agitado el dia precedente.

CAPITULO V.

Lo que parecia su cabeza
Por sombra de una corona*
Al parecer se tenia.

MILTON, *el Paraiso perdido*

Sodor ó Holm-Peel, porque tales son los

* Es la imagen sublime de Milton:

*What seem'd its head
The likeness of a kingly crown had on.*

Delille dijo:

Una sombra de corona adorna su altiva frente.

Este verso de Delille, no da mas que la mitad de la idea. Todo es fantástico en la imagen de Milton, tanto la cabeza co-

nombres del castillo hácia donde Julian Peveril dirigia su carrera el día siguiente al amanecer, es uno de los monumentos singulares de antigüedad entre los muchos que ofrece esta isla interesante. Ocupa toda una roca, que se levanta formando una península, ó, por mejor decir, una isla, porque la cerca el mar en pleamar y apenas es accesible en la baja mar, aunque se haya hecho una calzada de piedras muy sólida para comunicar con la isla. Todo este espacio está rodeado de muralla doble y bastante gruesa. En el tiempo de que hablamos no se podía llegar á lo interior sino por dos escaleras pinas y estrechas, separadas una de otra por una gruesa torre que tenia una puerta arqueada y en ella un cuerpo de guardia. La extension del terreno entre las dos murallas comprende cerca de dos acres, é incluye diversos objetos dignos de la curiosidad de un

mo la corona, podría encontrarse un equivalente solo en el infierno burlésco de Escaron donde

La *sombra* de un cochero,
Frota la *sombra* de un coche
Con la *sombra* de un cepillo.

Ed.

anticuario. Habia ademas del castillo dos catedrales, una dedicada á San Patricio y otra á San German con otras dos iglesias no tan grandes. Aun entonces todas cuatro estaban mas ó menos arruinadas. Sus paredes medio caídas ofrecian á la vista la grosera y maciza arquitectura de los tiempos mas remotos, y estaban construidas con una piedra parda gastada por el tiempo, formando un contraste singular con la piedra de silleria encarnada de que estaban formados los antepechos de las ventanas, las codornisas las esquinas y los otros detalles del edificio.

Ademas de estas cuatro iglesias arruinadas, el espacio que habia entre las sólidas murallas exteriores de Holm-Peel presentaba otros muchos vestigios de los tiempos antiguos. Se veia un montón de tierra cuadrado, cuyos cuatro ángulos hacian frente á los cuatro puntos cardinales, era esto una de aquellas *moles* como las llamaban, es decir una de aquellas elevaciones, sobre las que las tribus del norte hacian en otro tiempo la eleccion ó reconocimiento de sus gefes, y donde tenían sus asam-

bleas generales y solemnes llamadas tambien Comicias. Debemos tambien hacer mencion de una de aquellas torres singulares, bastante comunes en Irlanda por haber venido á ser la materia en voga sobre que se ejercitan los anticuarios de esta isla, pero cuyo uso y destino verdaderos parecen haber desaparecido en la oscuridad de los siglos. Se habia hecho de la de Holm-Peel una torre de observacion. Se veian tambien monumentos runos, cuyas inscripciones era imposible descifrar, excepto las de fecha posterior, en honor de los guerreros de quienes no habian preservado del olvido mas que los nombres. Pero la antigüedad y la tradicion supersticiosa, que siempre hablan cuando la historia guarda silencio, habian llenado los vacíos que dejaba la verdad, con los cuentos de reyes del mar, de piratas, de gefes de los Hebridas, y de conquistadores noruegos que habian en lo antiguo atacado ó defendido este famoso castillo. La supersticion tenia tambien sus cuentos de hadas, de espiritus, espectros; sus leyendas de santos y demonios, de genios y familiares, fábulas que ni se cuentan

ni se creen con mas facilidad en parte alguna que en la isla de Man.

En medio de todas estas ruinas de los siglos pasados se levantaba el castillo, cuyos cuartos venian abajo por si mismos, pero castillo que en tiempo de Carlos II aun estaba ocupado por una fuerte guarnicion, y que considerado como punto militar, se habia mantenido en buen estado. Era un edificio venerable y muy antiguo que tenia cuartos de una capacidad y altura que bastaban á darle unos visos de pompa. Pero á la entrega de la isla por Christian se robaron los muebles en su mayor parte, ó los destruyeron los soldados republicanos, de modo que, como ya hemos dicho, su estado actual no le hacia digno de la residencia de su propietario; sin embargo habia sido no solo la morada de los soberanos de Man, sino tambien de los presos de Estado que los reyes de la Gran Bretaña confiaban algunas veces á su custodia.

En este castillo de Holm-Peel estuvo encerrado aquel Ricardo de Warwick, gran fabricante de reyes, en una época como la suya tan

fertil en sucesos, para que allí reflexionara bien á su gusto los proyectos de su ambicion. Aquí mismo desfalleció en el retiro durante los últimos dias de su destierro, Eleonor, alta-nera esposa del buen duque de Gloucester. Las centinelas contaban que su espíritu irritado atravesaba muchas veces por la noche las almenas de las murallas exteriores, ó que se quedaba inmovil en una torrecilla solitaria, desvaneciéndose en los aires al primer canto del gallo ú al son de la campana de una torre, único resto de la iglesia de San German.

Este era el castillo de Holm-Peel segun nos le pintan las memorias históricas hácia el fin del siglo diez y siete.

En uno de estos grandes aposentos poco menos que sin muebles del tal antiguo castillo, halló Julian Peveril á su amigo el conde de Derby, á quien acababan de servir un desayuno de diferentes pescados.

— Bien venido, imperial Julian, le dijo él, bien venido á nuestra real fortaleza, donde parece no debemos tener miedo de morir por

hambre, aunque nos hallamos poco menos que muertos de frio.

Julian le respondió preguntándole la causa de una mudanza tan pronta.

— Te aseguro que tú sabes lo mismo que yo, respondió el conde. Mi madre nada me ha dicho sobre esto, temerosa sin duda de que al fin caería en la tentacion de hacerla preguntas, pero está muy engañada en sus cálculos. Prefiero persuadirme que obra en todo con juicio y no pedirle razon de lo que hace, aunque ninguna muger sea mas capaz de hacerlo.

— Vamos, vamos, amigo, todo eso es afectacion, vm. debería en tal caso haber sido mas curioso.

— ¿Y para qué? ¡Para oír historias sobre las leyes de Tinwald, sobre los derechos opuestos de los lorés y el clero, con toda la barahunda de aquella barbarie céltica, que, como la doctrina perfecta de Burgessa, entra por un oído y sale por otro!

— Vamos, milor, vm. no se halla tan indiferente como quiere hacerlo creer: convenga vm. en que rabia por saber el motivo de este

movimiento, pero que piensa vm. es un deber de las gentes de tono mostrarse descuidados en sus propios negocios.

—Y cual quieres que sea la causa, no siendo alguna diferencia entre el ministro de NUESTRA MAGESTAD el gobernador de Nowel, y nuestros vasallos, ó tal vez alguna disputa entre la jurisdicción eclesiástica y la de NUESTRA MAGESTAD*, negocios de tanta importancia que NUESTRA MAGESTAD cuida tan poco como cualquier otro rey de la cristiandad.

— Antes bien creo yo que se han recibido noticias de Inglaterra. He oido decir ayer noche en Peel-Town que Greenhalgh ha llegado y que las ha traído malas.

— Es muy cierto que nada de gustoso me ha traído. Esperaba algunos escritos de San-Evre-mont ó de Hamilton, alguna comedia nueva de Lee ó de Dryden, algunas sátiras del café de la Rosa, y el bribon no me ha traído mas que algunos miserables tratados relativos á protes-

* El modo irónico que tiene el joven rey de hablar acerca de su dignidad real indica que el autor ha escogido el epigrafe del capítulo en el sentido de parodia.

tantes y papistas, y un tomo en-folio de piezas, una de las *concepciones*, como él dice, de aquella vieja loca, la condesa de Newcastle.

— Silencio, milor, exclamó Peveril, silencio, por amor de Dios, que viene la condesa, ya sabe vm. como se irrita al menor sarcasmo que oye contra su antigua amiga.

— Pues que tome á su cargo leer las obras de esa amiga antigua, respondió el conde, y que la llame sabia cuanto guste. Pero yo no daria ni una cancion de Waler, ni una sátira de Denman, por un carro lleno de las paparruchas de Su Excelencia. Pero aquí está mi madre, que indica por el rostro sus muchos cuidados.

Entró á este tiempo la condesa de Derby con varios papeles en la mano. Estaba vestida de luto con una cola larga de terciopelo negro, que traia una criadita de su confianza, joven sorda-muda que habia recibido en su servicio compadecida de su infortunio. Lady Derby, romancesca en la mayor parte de sus acciones, habia dado á esta desgraciada el nombre de Fenelia que tenia cierta princesa antigua de la isla. No estaba muy mudada la condesa

desde el tiempo en que la presentamos á nuestros lectores. La edad habia comunicado mas lentitud á sus pasos que no eran por eso menos magestuosos, y el tiempo, al trazarle algunas arrugas en la frente, no apagó todo el brillo de sus ojos. Levantáronse los jóvenes para recibirla con aquellas señales positivas de respeto, de que sabian gustaba, y ella les correspondió con igual bondad.

—Primo Peveril, dijo ella, porque así llamaba siempre á Julian, visto que la madre de este joven era parienta del difunto conde de Derby; — has hecho mal en estar fuera ayer tarde, porque necesitábamos tus consejos.

Julian no pudo menos de avergonzarse, respondiendo que la caza le habia llevado muy lejos por las montañas; que habia vuelto un poco tarde á Castletown, y que, viendo habia partido la condesa, habia él continuado sin detencion hasta Holm-Peel, pero que como ya se habia tocado á recoger, y puesto la guardia, juzgó mas respetuoso pasar la noche en el pueblo.

— Está muy bien, respondió la condesa; y para hacerte justicia, Julian, debo decir que rara vez te olvidas de las horas en que conviene retirarse, aunque, como los demas jóvenes de este siglo, tomas la licencia de emplear el tiempo en diversiones cuando podria ocuparse mejor. Pero, con respecto á tu amigo Felipe, turba claramente el buen orden, y parece tiene gusto en perder el tiempo aun sin disfrutar en ello algun placer.

— Acabo de tener uno á lo menos muy efectivo, dijo el conde levantándose de la mesa y limpiándose los dientes con un aire de negligencia. Frescos y deliciosos están estos sargos, y lo mismo digo del Lacrima-Cristi-Creeme, Julian, ponte á la mesa y aprovéchate de las buenas cosas con que mi real prudencia se ha provisto. Ningun rey de Man se vió nunca tan próximo á ser abandonado como yo á la merced del mal aguardiente de sus dominios. El viejo Griffiths, ayer noche, y en medio de nuestra precipitada marcha, no habria tenido el buen juicio de traer algunos frascos, si no le hubiera yo hecho cuidar de este asunto

tan importante. Pero he conservado siempre serenidad en el tumulto y el peligro.

— Me alegrara que diceses de ello pruebas de mayor utilidad, dijo la condesa, quien á pesar de su desagrado, no pudo dejar de sonreirse, pues amaba con ternura de madre á su hijo, aun cuando le reprendia con severidad por no tener el genio caballeresco de su padre, tan análogo al de esta muger romanesca y altanera. Préstame tu sello, añadió ella suspirando: porque tengo por tiempo perdido el invitarte á que leas estos despachos venidos de Inglaterra, y á cuidar de la ejecucion de los mandatos que he creído haber ordenado se preparen en virtud de ellos.

— Con el mayor gusto, señora, respondió el conde Felipe; puede vm. disponer de mi sello; pero abórreme la revision de las órdenes, que vm. es mas á propósito que yo para dar. Vm. sabe que yo soy un verdadero *rey holgazan*, y que nunca contradigo á mi *gobernador de palacio* en sus operaciones.

La condesa hizo ciertas señas á la chica que le llevaba la cola, y que habiendo salido un

instante, volvió al momento con lacre y una luz. En este intermedio la condesa dirigió la palabra á Peveril.

— Felipe no se hace justicia, le dijo ella. En tanto que tú estabas fuera, porque si hubieras estado aquí, te habria hecho el honor de pensar que inspirabas á tu amigo, sostuvo él una contestacion muy animada contra el obispo, que queria pronunciar las censuras espirituales contra una pobre infeliz, y hacerla encerrar en el calabozo debajo de la capilla.

— No pienses de mí mejor de lo que merezco, dijo el conde á su amigo. Mi madre se ha olvidado decirte que la criminal era la bella Peggy de Ramsay, y que su crimen ha sido lo que se llamaria un pecadillo en la corte de Cupido.

— No se haga vm. peor de lo que es, replicó Peveril, que vió sonrosadas las mejillas de la condesa; vm. sabe que habria hecho lo mismo por la mas pobre, la mas vieja y fea de la isla. Este calabozo está situado debajo del cementerio de la capilla, y llega tambien, á lo que pienso, hasta debajo del oceano, pues tan es-

pantoso es el ruido de las olas que en él se oye; creo que nadie podría estar en él largo tiempo sin perder el juicio*.

— Es un agujero infernal, exclamó el conde, y le haré lodar algún día, no hay cosa mas cierta. ¡Y bien! ¡y bien! señora, ¿Qué va vm. pues á hacer? mire vm. el sello, antes de sellar las órdenes. Vm. verá que es un soberbio camafeo antiguo, Cupido á caballo en un pez volante. Compré en veinte cequíes del señor Furabosco en Roma, es un retazo muy curioso para un anticuario, pero que daría poca autoridad á un mandato en la isla de Man.

— ¿Cómo puedes tú divertirte con tales chanzonetas; joven aturdido? respondió la condesa, con el semblante y en tono de una muger disgustada. Dame tu sello, ó por mejor decir, toma esas órdenes y séllalas tú mismo.

— Mi sello, mi sello; ¡Ah! vm. quiere decir el sello montado en tres pies monstruosos y que se ha imaginado, segun creo, como todo lo que pudiera encontrarse mas ridículo para

* Véase el canto segundo de *Marmion*. — Ed.

representar nuestra muy absurda magestad de Man. ¡Mi sello! no le he vuelto á ver desde que se le di á mi mono Gibbon para jugar con él; gritaba para que se le diera, que daba lástima. ¡Quiera Dios no haya regalado á los peces del Oceano el simbolo de mi soberanía!

— ¡Válgame el cielo! exclamó la condesa encendida y temblando de cólera; era el sello de tu padre, el último gage que me envió con un nuevo juramento de ternura para conmigo, y su bendicion para tí, la noche precedente á su asesinato en Bolton.

— Madre mia, mi querida madre, exclamó el conde saliendo de su apatía, y tomándola de la mano que besó con ternura, esto ha sido gana de fiesta; el sello está seguro. Peveril puede decirlo. Por amor de Dios, Julian, ves corriendo á buscarle; toma mis llaves, está en la segunda gaveta de mi estuche de camino, Perdon, madre mia, perdon; fué una chanza pesada, mal pensada, de mal gusto, convengo en ello; no fué mas que una de las locuras de Felipe. Míreme vm., madre mia, y dígame vm. que me perdona.

La condesa levantó hacia él los ojos, y corrieron sus lágrimas en abundancia.

— Felipe, respondió ella, me sujetas á pruebas muy duras y severas. Si los tiempos han cambiado, como yo he oido te lo figuras; si la dignidad, rango y los sentimientos elevados de honor y deber ceden el puesto á chanzas triviales y diversiones pueriles, permite á lo menos que yo, viviendo en un retiro absoluto, muera sin advertir el cambio que se ha hecho, y sobre todo sin que tenga que advertirlo en mi hijo propio, no sepa yo ese extravío general de una ligereza que nada respeta, y que no halla sino materia para reir en las ideas mas serias del deber y la dignidad; no me hagas pensar que despues de mi muerte....

— Por gracia, no diga vm. mas, madre mia, dijo el conde interrumpiéndola con un tono afectuoso; es verdad que no puedo prometer á vm. ser todo lo que fué mi padre, todo lo que fueron mis antepasados, porque ahora llevamos vestidos de seda en lugar de sus armaduras de metal, y un sombrero de plumas en lugar de su casco. Pero creame vm., aunque no

haya querido la naturaleza hacer de mi un verdadero Palmerin de Inglaterra, nunca hubo hijo que amase á su madre con mas ternura, y ninguno estuvo dispuesto á mas para complacerla. Y para dar á vm. una prueba, no solo voy á sellar esos mandatos al instante, con riesgo de mis dedos, sino que tambien consiento en leerlos de un extremo al otro, asi como tambien esos voluminosos despachos.

Una madre se apacigua con facilidad, aun cuando se reconozca muy ofendida; y la condesa sintió se dilataba su corazon cuando vió que las bellas facciones de su hijo tomaron, al tiempo de leer estos papeles, un aspecto serio, que no tuvo muchas veces ocasion de advertir; le pareció que su semejanza con su valiente y desgraciado padre venia mas marcada, cuando su fisonomía tenia una expresion de gravedad. El conde leyó los despachos con mucha atencion, y se levantó luego diciendo: — Julian, ven conmigo.

La condesa quedó al parecer sorprendida. — Yo estaba acostumbrada á asistir á las deliberaciones de tu padre, dijo ella, pero no pien-

ses, hijo mío, quiera yo iniciarme contra tu voluntad en las tuyas; yo me alegro infinito al verte consultar tus deberes y dignidad, comenzando á pensar por tí mismo, como tantas veces te tengo instado para que lo hagas. Sin embargo la experiencia de la que tanto tiempo ha ejercido tu autoridad en la isla de Man, no te sería tal vez inútil en el asunto de que se trata.

— Perdóneme vm., querida madre mía, respondió el conde con gravedad, no soy yo quien ha deseado encargarse de este negocio. Si vm. le hubiera despachado sin consultarme, me hubiera parecido muy bien; pero habiendo tomado conocimiento del caso, me parece harto importante, y debo concluirle lo mejor que permitan mis alcances.

— Anda, pues, anda, hijo mío, dijo la condesa, y Dios te ilumine con sus luces, pues que no quieres servirte de las mias. Primo Peveril, espero le recordarás lo que debe á su honor, y que le harás conocer no hay nadie capaz de abandonar sus derechos sino un cobarde, ni de fiarse de sus enemigos sino un loco.

El conde no respondió nada, y, tomando á Peveril de la mano, subió con él á su cuarto, por una escalera de caracol, y le llevó despues á una torrecilla que daba á la mar, en medio del bramido de las olas y del grito de las paviotas, tuvo con él la conversacion siguiente.

— Peveril, es una fortuna que yo haya visto estas órdenes. Mi madre hace el papel de reina arriesgándose á perder no solo mi corona de que no hago mucho caso, sino tambien la cabeza; y por muy poco caso que de ella puedan hacer los demas, yo hallaré algun inconveniente en que me la corten.

— ¿De qué se trata pues? preguntó Peveril inquieto.

— Parece que como la vieja Inglaterra, cada dos ó tres años, se divierte en tener un transporte de fiebre cerebral para provecho de sus doctores, y para sacudir aquel letargo mortal, resultado de la paz y prosperidad, está ya para venir decididamente loca, con motivo de una conjuracion real ó supuesta de católicos romanos. He leído un programa sobre esto, es-

crito por un tunante llamado Oates, y le miro como la mayor extravagancia que jamas llegó á mi noticia. Pero este astucioso bribon de Shaftesbury y algunos otros de los grandes se han apoderado de las riendas, y corren tanto que rebentarán los caballos. El rey que ha jurado no servirse de la almohada en que su padre durmió, contemporiza, y se deja llevar de la corriente; el duque de York, sospechoso y aborrecido con motivo de su religion, está para ser enviado al continente. Muchos de los principales nobles católicos están alojados ya en la Torre; y la nacion, como el toro que muchas veces se divierte en perseguir á los habitantes de Tutbury, se ve asaltada por tantas provocaciones, por tantos folletos pestilentes, que se ha puesto la cola entre las piernas, ha mostrado los talones, se ha desbocado, y ha venido á ponerse tan furiosa, tan indómita, como en 1642.

— Ya debia vm. saber todo esto, dijo Peveril, me sorprendo no me haya vm. dado noticias tan importantes.

— Hubiera necesitado mucho para hacérte-

las saber, respondió el conde; por otra parte, yo tenia deseos de verte *solus**, despues iba á hablarte cuando entró mi madre, y en fin era esto un negocio que no me competia. Pero estos despachos del corresponsal particular de mi política madre, hace que las cosas tomen otro aspecto nuevo, porque parece que algunos delatores, oficio que habiendo llegado á ser provechoso le ejereen hoy muchos, se han atrevido á ver en la condesa misma un agente de esta conspiracion, y han encontrado personas dispuestas á darles oidos.

— Como soy, dijo Julian, que vm. y su madre toman estos asuntos con mucha calma; pero sobre todo, y á lo que me parece, la condesa; porque no ha manifestado inquietud sino en la pronta partida para este castillo, y no se ha mostrado mas apresurada de lo que exigia la decencia en comunicar á vm. esta novedad.

* Solo: este término latino conservado en el estilo moderno del teatro, con algunas otras como *exceunt*, etc. para indicar los movimientos de la escena: el joven rey la emplea de intento, para no dejar escapar la ocasion de burlarse á costa de su dignidad real dramática.

— Mi buena madre gusta del poder, á pesar de que le ha costado muy caro. Quisiera poder decir con verdad que mi negligencia para los negocios es enteramente afectada, con el fin de dejar en sus manos el ejercicio de mi autoridad, y que se unen á mi indolencia natural motivos mas laudables. Pero el hecho es que al parecer teme ahora que mis ideas sobre el peligro que nos amenaza, no se conformen del todo con las suyas, y ha tenido razon en suponerlo.

— Pero, ¿en dónde está ese peligro, mi estimado conde? ¿bajo qué forma se presenta?

— Voy á explicártelo. No necesito recordar el caso del coronel Christian. Este hombre, sin hablar de su hermana, la señora Christian de Kirk-Truagh, de quien has oido hablar muchas veces, á quien tal vez has visto, y que es dueña de propiedades considerables, ha dejado un hermano llamado Eduardo Christian, á quien nunca viste. Ahora bien, este hermano... pero estoy seguro de que sabes esta historia.

— A fe mia que no; ym. sabe la precaucion

de la condesa en esta parte, pues nunca ni aun por incidencia habla de este asunto.

— Por vida mia, yo creo que allá en su interior está un poco avergonzada de este acto tan osado de reina y de jurisdiccion suprema, cuyas consecuencias han mutilado tan cruelmente mis dominios. Y bien, primo, este mismo Eduardo Christian era entonces uno de los *deemsters* * del pais, y era muy natural que no cuidara de concurrir á la sentencia que condenaba á su hermano mayor á que le mataran como un perro. Mi madre, cuya autoridad estaba entonces en todo su vigor, y que no permitía resistiese nada á su voluntad, hubiera confundido de buena gana al juez y al acusado en la misma sentencia; pero Eduardo tuvo toda la prudencia que debia saliendo con tiempo de esta isla. Desde este tiempo, se ha guardado silencio sobre este negocio; y aunque sabemos que el *deemster* viene de tiempo en tiempo secretamente á visitar la isla con otros dos ó tres puritanos de la misma estofa, y prin-

principalmente con un pícaro astucioso llamado Bridgenorth, sin embargo mi madre ha tenido hasta el día bastante buen juicio para hacer la vista gorda, aunque dice ella tener ciertos motivos para desconfiar en particular de este Bridgenorth.

— ¿Y por qué? dijo Peveril esforzándose para hablar, ocultando así la sorpresa tan desagradable que experimentaba; ¿por qué se separa hoy la condesa del camino marcado por su prudencia?

— Conviene hacerte saber que el caso en el día es ya muy distinto. No les basta que se les tolere, quieren estos pícaros dominar. En este momento de general efervescencia han sabido hallar amigos. El nombre de mi madre, y sobre todo el de su confesor, del jesuita Aldrick, se han citado en medio de esa conjuración inexplicable, para la cual es tan peregrina la conjuración, como para nosotros dos, si es cierto pueda existir alguna. Con todo eso, ella es católica, y eso basta. No dudo que si pudieran los pícaros echar la zarpa sobre nuestro cachó de reino y degollarnos á todos, les daría las gra-

cias la Cámara presente de Comunes con tanta liberalidad como se las dió por servicio semejante al viejo Christian el parlamento que se llamó de la *rabadilla*.

— Y ¿quién le ha dado á vm. todos esos detalles, preguntó Peveril, hablando todavía con el mismo esfuerzo que hace para pronunciar algunas palabras un hombre medio dormido.

— Aldrick ha tenido una entrevista secreta con el duque de Yorck. Su Alteza Real confesaba llorando su poco poder para favorecer á sus amigos; aunque se necesita algo mas de una friolera para que se le salten las lágrimas. Este príncipe le ha encargado nos avise para que estemos alerta, y cuidemos de nuestra seguridad, visto que el *deemster* Christian y Bridgenorth están en la isla con órdenes secretas y severas, que tenían aquí un gran partido, y que debian ser reconocidos y protegidos en todo cuanto emprendieren contra nosotros. Los habitantes de Ramsay y de Castletown, por desgracia, están resentidos á causa de algunos reglamentos nuevos sobre las contribuciones; y, para decir la verdad, aunque mi primer jui-

cio sobre la partida precipitada de ayer tarde la calificó de caprichosa por parte de mi madre, estoy poco menos que convencido, que nos hubieran sitiado en el castillo de Rushin que no hubiéramos podido conservar por falta de viveres. Aquí tenemos mas provisiones, y como ya estamos sobre aviso, es probable que no se verifique la insurreccion proyectada.

— Y ¿qué hay que hacer en este peligro?

— Esta es precisamente la cuestion, querido primo mio. Mi madre no halla otro medio de poner manos á la obra sino dejar el ejercicio libre á la autoridad real. Aquí están los mandatos lanzados por ella para hacer que prendan á Eduardo Christian y Roberto... digo mal, Rodolfo Bridgenorth, y que los juzguen al instante, juicio que tendria sin duda el resultado de llevarlos al patio del castillo y darlos cuatro tiros á cada uno con media docena de fusiles viejos, porque así resuelve esta señora todas sus dificultades.

— Pero ese es un modo que no adoptará vm., milor, exclamó Peveril, cuyo pensamiento es-

taba en Adelaida, si se puede decir que se apartaba de ella ni un momento.

— Ciertó que no, no le adopto. La muerte de Guillermo Christian me tiene ya de costa una buena mitad de mi herencia; maldita la gana que tengo de disgustar á mi real hermano Carlos por otra barrabasada semejante. Pero no sé yo como apaciguar á mi madre. Me alegrara se realizase la insurreccion, porque como estamos mejor armados que esos tunantes pueden estar, podriamos matarlos, y siendo ellos los autores de la riña, tendriamos la ley de nuestra parte.

— ¿No seria mejor discurrir algunos medios para obligarlos á salir de la isla?

— Sin duda, pero no será tan facil. Se obstinan en sus opiniones, y las amenazas vagas no los intimidarán. Esa tempestad que brama en Londres es un viento que infla sus velas, y querran bogar en tanto que sople, y sobre esto puedes contar. Con todo yo he dado mis órdenes para saber cuales son los habitantes de la isla con quienes pueden ellos contar; y como yo pueda echar el guante á esos dos dignos

personajes en cuerpo y alma... no faltan chalupas en el puerto, y yo me tomaré la libertad de enviarlos á tal distancia, que cuento con el arreglo de los negocios antes de que vuelvan á dar cuenta del suceso.

A este tiempo, se acercó á los dos jóvenes un soldado de la guarnicion saludándolos con el mayor respeto.

— Muy bien, amigo, dijo el conde, dejemos de cortesias, y dinos que te trae aquí. Este hombre, que era un isleño de Man, respondió en la lengua de la isla que estaba encargado de dar una carta á Su Señoria el señor Don Julian Peveril. Julian se la quitó de la mano, y preguntó de quien era.

El soldado respondió que se la entregó una joven, quien le habia dado una pieza de plata para que entregara la carta en propia mano.

— Tú eres un picarillo afortunado, Julian, dijo el conde. Con tu exterior grave y tu reputacion de juicioso y razonable, sabes el modo de hacerte querer de las muchachas, sin el trabajo de buscarlas, en tanto que yo no soy mas que el juguete de todas ellas, y que pierdo el

tiempo y las palabras sin merecer ni una mirada, una sola palabra buena, cuanto menos un billete amoroso.

Pronunció estas palabras con un cierto aire de triunfo, pues en realidad tenia una idea bastante ventajosa del interés que suponía él en sí para inspirar al bello sexo.

Mas con todo la carta producía en Peveril una impresion muy diferente de la que suponía su compañero. Era de Adelaida, y solo contenía estas pocas palabras: — «Temo que este paso esté mal dado; pero tengo precision de ver á vm. Venga pues á buscarme al medio dia junto á la roca de Goddard-Crovan, y que sea con el mayor secreto posible.»

Esta carta no tenia mas firma que las iniciales A. B.; pero no le costó trabajo á Julian conocer la letra. Había visto muchas veces la de Adelaida, y era bastante notable por su regularidad. Quedóse un momento suspenso, porque conocia no ser facil ni debido dejar á la condesa y su amigo cuando los amenazaba el peligro, y ademas tampoco podia resolverse á

faltar una vez invitado por Adelaida. Hallábase pues muy perplejo.

— ¿Podré yo explicar tu enigma? dijo el conde: ves donde te llama el amor, que yo quedo encargado de excusarte para con mi madre. Mas en lo sucesivo, grave anacoreta, sea vm. mas indulgente de lo que ha sido hasta hoy con los débiles y sus flaquezas; no blasfeme vm. jamas del poder del amor.

— Pero, primo mio Derby... dijo Peveril; y no pudo acabar la frase, porque no sabia que responder. Como él se hallaba preservado con una pasión licita de la influencia contagiosa del tiempo, habia notado con sentimiento algunos mas extravíos en su noble pariente, de los que hubiera querido, y varias veces se tomó el cargo de consejero suyo. Al parecer presentaban las circunstancias una ocasion de desquitarse. Quedóse mirando de hito en hito á Julian, como esperando el fin de la frase, pero no habiendo podido concluir la exclamó diciendo:

— Sí, primo, hasta la muerte. ¡O juicioso Julian! ¡O prudente, Peveril! ¡De tal modo has

apurado tu sabiduría en favor mío que nada te resta para tí! Vamos, franqueza, dime el nombre y el lugar; dime siquiera el color que tienen los ojos de la que... ó á lo menos tenga yo el gusto de oírte decir: ¡Yo amo! Confiesa que has cedido á la flaqueza humana, conjuga el verbo *amo*, *amas*, y yo seré para tí un pedagogo benigno, te daré *licentiam exeundi*, como nos decia el padre Ricardo cuando estábamos bajo su férula.

— Puede vm. divertirse cuanto guste á mi costa, milor, dijo Peveril, lo que debo confesar con franqueza es, que si mi deseo puede ajustarse con mi honor, y con la seguridad de vm. así como con la de mi señora la condesa, quisiera tener dos horas de que disponer y mucho mas porque será tal vez de utilidad para la isla el uso que yo haré de ellas.

— Yo me atrevo á decir que esto es muy probable, respondió el conde sonriéndose. Estas citado por alguna bella política para discutir alguna ley suntuaria. Pero no tengas cuidado alguno; parte, parte cuanto antes, para que vuelvas lo mas pronto posible. Yo no temo una

explosion repentina de esta gran conspiracion. Al ver esos bribones que nos hallamos prevenidos, mirarán de dos veces el declararse. Lo único que te recomiendo es la vuelta lo mas pronto posible.

Peveril pensó que este último encargo no debía despreciarse, y gozoso al verse libre de las chanzonetas de su primo, se dirigió hácia la puerta del castillo con intencion de ir al pueblo, ensillar su caballo en las caballerizas del conde, y partir al momento para el sitio aplazado.

CAPITULO VI.

ACASTO. ¡ Qué! ¿ tal vez no puede hablar?

OSWALDO. « Si para darse á entender

« Con la lengua es menester

« Sonidos articular,

« Es muda; mas si explicar

« Puede el alma un sentimiento

« Con un gesto, un movimiento,

« Con una dulce mirada,

« Su elocuencia es consumada,

« Sus ojos son un portento.

Comedia antigua.

Peveril se halló detenido por la mudita criada de la condesa, cuando estaba ya en la meseta de la escalera primera que servia par ir á la entrada difícil y bien defendida del castillo de Holm-Peel. Era una de las muchachas mas cenceñas y pequeñas que podian verse; pero

explosion repentina de esta gran conspiracion. Al ver esos bribones que nos hallamos prevenidos, mirarán de dos veces el declararse. Lo único que te recomiendo es la vuelta lo mas pronto posible.

Peveril pensó que este último encargo no debía despreciarse, y gozoso al verse libre de las chanzonetas de su primo, se dirigió hácia la puerta del castillo con intencion de ir al pueblo, ensillar su caballo en las caballerizas del conde, y partir al momento para el sitio aplazado.

CAPITULO VI.

ACASTO. ¡ Qué! ¿ tal vez no puede hablar?

OSWALDO. « Si para darse á entender

« Con la lengua es menester

« Sonidos articular,

« Es muda; mas si explicar

« Puede el alma un sentimiento

« Con un gesto, un movimiento,

« Con una dulce mirada,

« Su elocuencia es consumada,

« Sus ojos son un portento.

Comedia antigua.

Peveril se halló detenido por la mudita criada de la condesa, cuando estaba ya en la meseta de la escalera primera que servia par ir á la entrada difícil y bien defendida del castillo de Holm-Peel. Era una de las muchachas mas cenceñas y pequeñas que podian verse; pero

presentaba una perfeccion rara en todos sus miembros; contribuía para realzar los dones que le diera naturaleza, una túnica de seda verde y de una hechura particular. Su color era un poco mas moreno que lo es por lo comun el de las europeas, y sus largos cabellos sedenos, cuyas trenzas habrian pasado de las rodillas, la indicaban como de una tribu extranjera. Era como una hermosa miniatura y habia una viveza, un fuego y una decision en la fisonomia de Fenella, sobre todo en los ojos, ventajas que tal vez se debian á la imperfeccion de los demas órganos, pues que, no siendo por medio de la vista le era imposible saber lo que pasaba junto á ella.

Esta linda sorda muda tenia ciertas habilidades adquiridas por su aptitud poco ordinaria, y debidas á la compasion que por ella tenia la condesa, vista su desgraciada situacion. Por ejemplo, nadie sabia manejar mejor la aguja, y dibujaba con tanta destreza que, como los antiguos Mejicanos, hacia con prontitud un bosquejo con el lapiz, para expresar mas pronto sus ideas, ya por la misma representacion

de los objetos que trataba de expresar, ya por ciertos signos emblemáticos. Habia hecho progresos, especialmente en la letra floreada y adornada, tan en voga en esta época, que hubiera podida rivalizar con la fama de los señores pendolistas Snow, Shelley y otros maestros en esta clase de escritura, cuyas muestras conservadas en las librerías de los curiosos, mostraban aun en su frontispicio á los artistas risueños, con sus ropages largos y pelucas enormes, para gloria eterna de la caligrafía.

Ademas de estas habilidades, tenia Fenella un ingenio sutil y una inteligencia admirable. Era la favorita declarada de lady Derby y de los dos jóvenes con quienes conversaba con mucha libertad, por medio de un sistema de signos, que, poco á poco establecido entre ellos, bastaba para las urgencias comunes de la conversacion.

Pero, aunque dichosa por el favor é indulgencia de su ama, de quien rara vez se apartaba, no era esta joven de modo alguno la favorita de los demas de la casa. En realidad pa-

recia que su genio, áspero tal vez por el disgusto de su infortunio, no correspondía con las otras calidades que la recomendaban. Tenía unos modales altaneros, aun para con los criados mayores, porque la casa de lady Derby era del mas alto rango y de mejor condicion que las casas de los demas grandes en general. Se quejaban con frecuencia no solo de su exterior reservado y altanero, sino de su genio colérico y vengativo. Es verdad que su inclinacion á una especie de cólera habia sido sostenida y apoyada fuera del caso por los jóvenes y sobre todo por el conde, que algunas veces se divertia en atormentarla, por el gusto de ver los movimientos singulares, y oír los murmullos inarticulados por cuyo medio expresaba su resentimiento. Con respecto á este caballero, no se atrevia mas que á una especie de petulancia y gestos que indicaban la impaciencia que sufría. Pero cuando le daba la rabieta contra gentes de condicion inferior, no pudiendo desahogarse la expresion de su enojo con las palabras, lo hacía de un modo casi espantoso, tan extraordinarios eran el tono y gestos

convulsivos que invocaba en su socorro. Los criados de segunda clase, para con los cuales era ella mas generosa de lo que sus medios le permitian, le daban pruebas de condescendencia y respeto; pero era el resultado del temor mas bien que una aficion verdadera, porque los caprichos de su genio se dejaban ver hasta en sus dádivas, y los que de ellas se aprovechaban mas, parecian dudar de los motivos de su liberalidad.

Todas estas particularidades llegaron á una consecuencia digna del genio supersticioso de los habitantes de la isla de Man. Como eran beatos y ademas creian todas las leyendas de las hadas, tan apreciadas de las tribus celtas, miraban como un hecho incontestable que los trasgos acostumbraban robar los niños antes que los bautizaran, para cambiarlos por los de su raza, que carecian de alguno de los órganos propios al género humano. Este era el origen que daban á Fenella; y lo pequeño de su estatura, su color moreno, sus cabellos largos y sedenios, la singularidad de sus modales, y los caprichos de su caracter, eran segun ellos, los atributos de la raza

irritable, inconstante y peligrosa de que la suponían descendiente. Parecía que, aun cuando ninguna chanzoneta le incomodaba mas que las de lord Derby, quien por fiesta la llamaba *reina de los duendes*, ó cuando hacia ciertas alusiones á su parentela supuesta de la raza de pigmeos, sin embargo su estudio en llevar siempre un vestido verde, color que se decia ser el favorito de las hadas, tal vez lo hacia para confirmar estas ideas supersticiosas, acaso porque le daban mucha mas autoridad sobre las clases subalternas.

Andaban mil cuentos acerca del trasgo de la condesa, porque así llamaban por lo comun á Fenella en toda la isla, y los descontentos pertenecientes á la secta mas rigorista, estaban convencidos de que solo una papista, y una muger de malos pensamientos, podia tener á su lado una criatura de origen tan sospechoso. Se suponía que Fenella no era sorda-muda sino para con los habitantes de este mundo, y que se la oyó reír, hablar y cantar como verdadero trasgo con los seres invisibles de su misma raza. Se decia tambien que tenia *doble forma*,

una especie de aparicion semejante á ella, que se acostaba en la antesala de la condesa, en tanto que la verdadera Fenella se ponía á cantar al resplandor de la luna con las sirenas, en las arenas del mar, ó á bailar con las hadas en el valle encantado de Glenmoy, ó en las montañas de Snawfell y de Barool. Los centinelas hubieran jurado en caso necesario, que habian visto á esta muchacha pasar junto á ellos durante la noche, estando ellos de guardia en las murallas, sin poder hablarla ni una palabra, y que estaban como si fueran tan mudos como ella. Los hombres instruidos no prestaban mas atencion á estos cuentos absurdos, que la concedida ordinariamente á las ponderaciones ridiculas de los ignorantes, que tantas veces confunden lo extraordinario con lo sobrenatural.

Tal era la muchacha que tenia en la mano una varita de ébano de hechura antigua, que se hubiera podido tener por varita de virtudes, quien detuvo á Julian en lo alto de la escalera, que bajaba de la roca al patio del castillo. Debíamos haber advertido que Julian se mostraba

muy afable con Fenella, y nunca se tomaba la licencia de chancearse como por su genio festivo lo hacia su amigo, porque miraba con mas indiferencia la situacion y sensibilidad de esta desgraciada; Fenella tambien por su parte, tenia mas condescendencia con Julian que por cualquier otro de la casa, exceptuando siempre á lady Derby.

Parándose ella en esta ocasion en medio de la escalera estrecha, de modo que impedia el paso á Peveril, comenzó á preguntarle por ciertos gestos que trataremos describir. Extendió lo primero la mano reuniendo las miradas expresivas de que se valia, como de una nota de interrogacion. Julian respondió extendiendo el brazo para darle á entender que iba hasta una distancia considerable. Fenella tomó un exterior grave, hizo señal negativa con la cabeza, y le indicó la ventana del cuarto de la condesa, á quien podian ver desde donde ambos estaban. Peveril se sonrió, é hizo una seña con la cabeza para indicarle que no habia ningun peligro en dejar á su ama por tan poco tiempo. La muda tocó entonces una

pluma de águila que tenia en la cabeza, con cuya seña queria significar el conde, y miró á Julian como si le preguntara: ¿va él con vm? Julian hizo seña para expresar que no, sonriéndose, y fatigado de este interrogatorio, hizo un esfuerzo para pasar por un lado. Fenella frunció el entrecejo, dió un golpe en tierra con la punta de su varita de ebano, y dijo que no con la cabeza, como para oponerse á que pasara. Pero viendo que Julian insistia, recurrió de repente á un medio mas suave y mas eficaz para detenerle. Tomó con una mano una falda de su vestido y levantó hácia él la otra como si tratara de suplicarle, al tiempo que todas las facciones de su lindo rostro tomaban la expresion de la súplica mas eficaz, y que el fuego de sus ojos grandes y negros, ordinariamente tan vivos y penetrantes que indicaban un alma demasiado grande para lo pequeño del cuerpo que animaba, parecia por el momento apagado con las gruesas lágrimas que se veian en las pestañas.

Se necesitaba mucho para que Peveril no experimentara algun interés por una pobre

muchacha, cuyos motivos para oponerse á su partida parecian nacidos de su afecto á la condesa, y de los temores que concebía sobre la seguridad de esta señora. Procuró tranquilizarla sonriéndose y haciéndola comprender por todas las señas que pudo imaginar, no había peligro inminente y que daría pronto la vuelta. Habiendo logrado desprender la falda de su vestido de las manos de Fenella, pasó bruscamente y bajó la escalera con la prontitud posible para evitar verse importunado de nuevo.

Pero la ligereza de la muchacha en nada cedió á la suya. Insistió en detenerle, y lo consiguió, exponiéndose á perder la vida, ó estropearse, impidiéndole otra vez el paso para que no continuara su camino. Antes de llegar al cabo se vió precisada á deslizarse todo á lo largo del pasamano de una bateria, donde había dos obuses, que debían barrer el pasadizo, cuando los enemigos lograsen subir esta altura. Julian á penas tuvo tiempo de estremerse al verla bajar todo á lo largo de este parapeto, cuando ya la vió revolotear en el aire

como una mariposa en la primavera, puesta ya de pie y á su frente en la plataforma sin haberle sucedido nada. Esforzóse cuanto pudo, con gravedad y por gestos, en darle á conocer lo culpable de su temeridad, pero esta reprimenda, aunque al parecer se comprendió bien, fué del todo inutil. Un gesto que hizo de prisa con la mano le dió á entender que ella despreciaba el peligro, y que no le importaba mucho la reprimenda; volvió á comenzar con mayor ahinco, que nunca los gestos expresivos de que se habia servido antes para detenerle en la fortaleza.

Julian estuvo como vacilante al ver su obstinacion. — ¿Es posible, decia él entre sí, que se halle la condesa en peligro y que esta muchacha por su penetracion haya podido descubrir lo que no han percibido las observaciones de los demas?

Hizo señas á la muda pidiéndola su libro de memoria y el lapicero, que por lo comun llevaba ella consigo, y escribió esta pregunta:

— ¿Me detienes de ese modo, porque tu ama está en peligro?

Fenella escribió :— Mi ama está en peligro, pero en su intento de vm. le hay mayor.

— ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Qué sabes tú de mi intento? exclamó Julian, olvidándose, con la sorpresa, que la persona con quien hablaba no tenia ni oidos para entenderle, ni voz con que responderle. A este tiempo habia ella tomado el libro de memoria y diseñó con prontitud y casi de rasgo una escena que puso á Julian ante los ojos.

Enteramente sorprendido vió la roca de Goddard Crovan, monumento notable, cuyo bosquejo habia ella trazado con bastante propiedad. Veíanse allí tambien un hombre y una muger, y aunque los rostros no estaban mas que indicados con algunos golpes del lapiz, creyó ver en ellos la semejanza de Adelaida Bridgenorth y la suya.

Despues de haber mirado este bosquejo con la mayor sorpresa, Fenella tomó su libro de memoria, puso el dedo en el diseño, movió

con expresion la cabeza, y frunció el entrecejo al mismo tiempo, en ademan de prohibirle fuese á la cita que acababa de representar. Julian, aunque aturdido, no se hallaba inclinado á someterse á la decision de la que se metia en aconsejarle. Cualesquiera que fuesen los medios por los que esta muchacha, que casi nunca salia del cuarto de la condesa, habia venido á saber un secreto que creia reservado á sí solo, juzgaba por lo mismo mucho mas necesario el avistarse con Adelaida, para saber de ella misma cómo habia podido descubrirse este secreto. Habia pensado tambien buscar á Bridgenorth, persuadido de que un hombre tan racional y sosegado, como le habia parecido en la última conferencia, luego que se enterase de que la condesa estaba informada de sus intrigas, podria dejarse persuadir, hasta el punto de abandonarlas y ausentarse de la isla, librando á esta señora de los peligros á que tanto ella como él mismo se veian expuestos. Por medio de este paso, pensaba que si lograba su intento, hacia tambien un servicio señalado al padre de su Adelaida querida, al

conde, porque saldria del estado de inquietud, y á la condesa, del peligro de presentar otra vez su jurisdiccion feudal en oposicion con la de la corona de Inglaterra; por lo cual se aseguraba tanto á ella como á su familia la pacifica posesion de la isla de Man.

Ocupado el pensamiento de Peveril con este plan de mediacion, resolvió desembarazarse de la oposicion que Fenella insistia en hacer á su partida, pero con menos ceremonia que antes. Levantándola de repente y en brazos, antes que pudiese advertirlo, la hizo dar una media vuelta, la sentó en el escalon mas arriba de donde él estaba, y se bajó corriendo.

Entonces fué cuando la muda se dejó llevar de la violencia de su genio. Batiendo muchas veces las palmas de las manos dió, para expresar su desagrado, un grito tan discordante que mas parecia el de un salvage que de una muger. Peveril, espantado al oír este grito que resonó de roca en roca, no pudo menos de pararse para ver si le habia sucedido algo á Fenella. Vióla de pie echando fuego por los ojos y desfigurada con la rabia. Dió patadas, le ame-

nazó con el puño cerrado, y volviéndole la espalda sin despedirse, subió la escalera escarpada con la ligereza de una cabra que salta sobre una roca, y se paró en la primera meseta para volverse.

Julian se sintió admirado y penetrado de compasion al ver el enojo impotente de una infeliz separada en algun modo del resto del género humano, y que no habia podido recibir en su infancia las instrucciones saludables á que debemos el poder domar nuestras pasiones violentas, antes que hayan podido desenvolverse. Hízola una seña con la mano como para decirle á Dios en tono amistoso, pero ella no correspondió sino amenazándole de nuevo con el puño, y pasando lo demas de la escalera con una ligereza poco menos que sobrenatural, desapareció bien pronto de su vista.

Peveril no meditó mas sobre la conducta de la muda, sino que, dándose prisa hácia las caballerizas, y habiendo tomado su yegüecita, se puso en marcha para el lugar designado con mas velocidad de lo que podria esperarse del animalito que montaba.

—¿Qué causa puede haber producido un cambio tan grande en la conducta de Adelaida con respecto á mí, iba diciendo en su interior, pues que lejos de encargarme la ausencia, como tiene de costumbre, me ha citado de su propia voluntad?

Entregado así á todas las ideas que se presentaban una tras de otra en su imaginacion, tan pronto apretaba con las piernas los flancos de Fairy, tan pronto le daba un golpecito con su varilla en el cuello, algunas veces arreaba hablándola, porque Fairy no necesitaba látigo ni espuela; y recorrió la distancia que separa el castillo de Holm-Peel de la piedra de Goddard-Crovan, en razon de doce millas por hora.

Esta piedra monumental, estaba destinada á conservar la memoria sobre algun hecho importante de algun rey de la isla de Man, olvidado mucho tiempo ha, y situada á un lado de un estrecho valle, ó por mejor decir de un desfiladero, escondido á la vista de todos por los montes elevados que la cercan. Sobre una

de sus cimas se levanta un fragmento informe, gigantesco de rocas, y como suspenso hácia el riachuelo que riega el valle.



CAPITULO VII.

; Es esta cita de amor!
Ella llora, él se amohina.
Y ambos tienen en el suelo
Como trapense la vista.
Si por lo comun tan dulces
Son de amor las penas mismas,
No es posible que esto sea
De amores quejas, ó riña.

Comedia antigua.

Al acercarse Julian al monumento de Goddard-Crovan, miró inquieto mas de una vez hacia adelante, para ver si algun objeto de la parte de allá de la roca le indicaba que venia el último a la cita. Bien pronto un manto agitado con el aire, y el movimiento que hacia

quien le traía puesto para sujetarle al cuerpo, le dieron á conocer habia ya venido Adelaida. Se apeó en un instante de Fairy, á quien dejó con la brida en el arzon, libre para errar por los campos, y un momento despues estuvo Julian al lado de Adelaida Bridgenorth.

Dió esta la mano á su amante, que iba corriendo á ella, saltando con la velocidad de un galgo los obstáculos que le presentaba un sendero escabroso; tomola Julian, y se la besó repetidas veces. Por uno ó dos instantes no se opuso la bella Adelaida viendo este atrevimiento, y la mano que habria debido defender la otra, no sirvió mas que para ocultar lo sonrosado de sus mejillas. Pero Adelaida, aunque muy joven y decidida en favor de Julian por una larga intimidad, sabia perfectamente reprimir la fuerza de un afecto en que no debía confiar.

— Eso no parece bien, dijo ella desasiendo la mano de la de su amante; eso no parece bien, Julian. Si he cometido una imprudencia citándole para este sitio, no debe vm. dármele á entender.

Habiase abrasado el corazon de Julian muy temprano con aquel fuego que priva al amor de todo egoismo, y que le levanta hasta un grado de generosidad sublime, por cuyo medio llega á ser un afecto desinteresado. No hizo resistencia alguna cuando retiró Adelaida la mano, y se la dejó con el mismo respeto que á una señora de un rango, superior con mucho al suyo. Adelaida se sentó en un pedazo de roca, cubierto por la naturaleza con una alfombra de musgo, de liquen y flores silvestres, sirviéndole de respaldo una enramada de tallar. Julian se puso cerca de ella, pero á bastante distancia, para indicar que no habia venido sino por orden suya, y solo por oirla y obedecerla. Adelaida recobró su firmeza, advirtiéndole el poder que tenia en su amante, y el dominio que Peveril tenia sobre si mismo; lo que muchas jóvenes, en la situacion de Adelaida, hubieran mirado como incompatible con una pasion ardiente, le pareció á ella una prueba de respetuosa sinceridad y de un amor desinteresado. Tomó pues, al hablarle, aquel tono de confianza, propio mas bien de

los sentimientos de su antigua y primera amistad, que de las escenas pasadas entre ellos, desde que Peveril le habia declarado su ternura, y por lo mismo puesto reserva á su intimidad.

— Julian, le dijo ella, la visita que me hizo vm. ayer, y tan fuera del caso, me ha dado mucha pesadumbre. Ha extraviado á mi padre; le ha puesto á vm. en peligro. He resuelto arrostrar todos los riesgos por hacérselo saber; no me culpe vm. de haber obrado con imprudencia pidiéndole á vm. esta entrevista solitaria, porque sabe muy bien cuan poco se puede fiar de la pobre Debora.

— ¿Puede vm. temer que interprete yo mal alguna de sus acciones, Adelaida, respondió Julian con vehemencia, yo á quien ha concedido un favor de tal estima, ¿yo que le debo tantas obligaciones?

— Nada de protestas, Julian; no sirven sino para hacerme conocer la imprudencia con que me he conducido en esto. Pero yo he tenido la mejor intencion. No podia resolverme á ver á vm. conociéndole tanto tiempo ha, habiéndole

oído decir que me mira de un modo favorable...

— ¿De un modo favorable, exclamó Peveril interrumpiéndola; ¡Ah! Adelaida, qué expresion tan fria é insignificante para pintar la ternura mas cándida y afectuosa!

— No disputemos por las palabras, dijo Adelaida en tono melancólico; pero no me interrumpa vm. otra vez. No podia ver á vm., decia, vm. que ha concebido por mí un afecto sincero, pero inutil y sin esperanza, caer como un ciego en un lazo, y dejarse engañar y seducir en razon de sus sentimientos por mí.

— No entiendo lo que vm. me dice, Adelaida, y no veo á que peligro estoy ahora expuesto. Los sentimientos manifestados por su padre de vm. no pueden conciliarse con proyectos hostiles. Si no se da por ofendido de los deseos osados que puedo haber concebido, y toda su conducta prueba lo contrario, no conozco un hombre sobre la tierra de quien yo tenga menos porque temer como enemigo.

— Mi padre quiere el bien de su pais y el de vm., Julian. Sin embargo algunas veces recelo que haga él mismo á la buena causa mas

daño que provecho; y aun temo mas, que deseando hacerle á vm. su auxiliar en sus proyectos, no se olvide de los lazos que deben unir á vm., que le conducirán, y no lo dudo, á una conducta diferente de la suya.

— Me cerca vm. mas y mas de tinieblas, Adelaida; sé muy bien que las ideas políticas de su padre de vm. son muy diferentes de las del mio; pero aun durante las escenas sangrientas de la guerra civil, cuantos ejemplos hemos visto de hombres virtuosos y respetables poner á un lado las preocupaciones y afectos de partido, y respetarse unos á otros con sinceridad, tenerse un verdadero afecto, sin abandonar sus principios.

— Eso puede ser, pero no son de esta clase los lazos que mi padre desea formar con vm. Es á otro punto muy distinto, donde trata conducirlo y para donde intenta que su desgraciado afecto por suhija le decida á vm. á caminar.

— ¿Y qué puedo yo negarle, con la perspectiva que me pone á la vista?

— La traición y la deshonra, todo lo que le haria á vm. indigno del objeto que tanto aprecia,

aunque fuera ese precio cien veces mas bajo de lo que vm. le supone.

— ¡Qué! exclamó Peveril dejándose llevar involuntariamente de la impresion que Adelaida trataba de hacerle, su padre de vm., cuyas ideas del deber son tan rigidas, ¿podria intentar arrastrarme á una empresa que mereciese ni sombra de reprehension, de traicion y deshonor?

— No se equivoque vm. en el sentido de mis palabras, Julian, mi padre es incapaz de pedirle la menor cosa si no la mira como justa y honrosa. El piensa que no le pide á vm. mas que el pago de una deuda de su cargo, como criatura á su Criador, como hombre á sus semejantes.

— Si no pide mas de mí, Adelaida, ¿cual puede ser el peligro de nuestra correspondencia? ¿Si estamos resueltos, él á no pedirme, y yo á no concederle sino lo que nuestra conviccion nos presenta como justo, qué tengo que temer, y cómo mi conexion con su padre de vm. puede venirme á ser peligrosa? Creame, sus discursos me han hecho ya impresion con respecto á cier-

tos particulares, y él ha escuchado pacífico y tranquilo los reparos que de tiempo en tiempo le tengo hechos. No hace vm. justicia al mayor Bridgenorth, confundiéndole con aquellos espíritus exaltados que sobre política y religion, no gustan de oír nada que no se acuerde con sus preocupaciones.

—Vm. es quien se equivoca, Julian, en cuanto al modo de pensar de mi padre, sus proyectos con respecto á vm., y sobre sus medios de resistencia. Yo no soy mas que una muchacha, pero las circunstancias me han enseñado á pensar por mí misma, y á reflexionar sobre el genio de las personas que trato. Mi padre está tan adherido á sus opiniones políticas y religiosas como á su propia existencia, y se adhiere á esta solo por consagrarla en favor de aquellas. Estas opiniones han sido siempre las mismas en él con muy poca diferencia. Hubo un tiempo en que ellas le proporcionaron un estado de prosperidad, y cuando ya no se conformaron con el espíritu del siglo, padeció por haberlas conservado. Ellas forman una parte, y la parte mas estimada de su existencia. Si no

se las muestra desde luego con todo el vigor que han adquirido en su entendimiento, no piense vm. que por eso tengan menos ascendiente sobre él. Quien trata de hacer prosélitos debe caminar paso á paso. Pero es cosa imposible que sacrifique á un joven sin experiencia, movido por motivo digno solo del nombre de pasión pueril, alguna parte de sus principios, conservados por él cual tesoro de inestimable precio, y por los que se le ha reputado sucesivamente virtuoso y vicioso. No crea vm. en sueños tales. Si vuelve vm. á ver á mi padre tiene que hacerse de cera y él debe ser el sello, ha de hacer sobre vm. impresion la mas profunda, y vm. la debe recibir.

— Eso no seria justo, dijo Peveril. Sin embargo confesaré á vm., Adelaida, que no sigo ciegamente las opiniones de mi padre, por grande que sea mi respeto á su persona. Quisiera yo que nuestros caballeros, ó como quieran llamarse, tuvieran un poco mas caridad con los que no adoptan sus principios religiosos y políticos; pero esperar que yo abandone aquellos en que se me ha educado, seria reputarme

capaz de olvidar á mi bienhechora y de afligir el corazon de mis padres.

— Este mismo juicio tenia yo formado de vm. y por lo mismo le he pedido esta entrevista, para suplicarle deje toda relacion con mi familia, que vuelva al seno de la suya, ó lo que aun seria mejor, pasara otra vez al continente, y esperase allí que Dios envíe días mas felices á la Inglaterra, porque veo cargado el horizonte de nubes que anuncian tempestades horribles.

— ¿Y es vm. capaz de ordenarme partir? dijo el joven tomándole la mano, que no cuidó de retirar; ¿puede vm. mandarme partir, y tomar algun interés en mi destino? ¿Puede ordenarme, temerosa de los peligros á que debo hacer frente como hombre, como noble, como vasallo leal, que abandone cobarde á mis padres, amigos y patria, que no cuide precaver los males en lugar de concurrir á este fin, que pierda la esperanza del poco bien que hacer pueda en favor de mi pais, que descienda de un rango respetable para venir á ser un fugitivo, y un vil esclavo de los acontecimientos?

¿Puede vm. decirme que haga todo esto, y que renuncie al mismo tiempo para siempre de vm. así como de la dicha? Eso es imposible. No podría yo hacer al mismo tiempo traicion al honor y al amor.

— No hay remedio, dijo Adelaida; pero no le fué posible contener un suspiro al pronunciar estas palabras; no hay remedio, no le hay. Es inútil pensar en lo que hubiéramos sido el uno para el otro, si las circunstancias fuesen mas favorables, pues que en las presentes, cuando estamos en visperas de declararse la guerra entre nuestros padres y amigos, no podemos mas que desearnos felicidad mutua, con mucha frialdad, muy de lejos, y separarnos ahora mismo, en este sitio y para nunca volvernos á ver.

— ¡No, por Dios! exclamó Peveril, animado por sus propios sentimientos, y mas que todo por la conmocion que sentia su bella compañera, aunque procuraba disimularla; no, ¡por Dios! no nos separaremos, Adelaida, no nos separaremos. Si debo yo ausentarme de mi pais nativo, vm. debe ser mi compañera en el des-

tierra. ¿Qué va vm. á perder? ¿Qué deja? ¿á su padre? La buena y vieja causa, como dice, tiene para él mas atractivos que mil hijas, y qué lazo, no siendo el de su padre, puede unir á mi Adelaida con esta tierra esteril, con alguna parte de los dominios británicos, si no está Julian á su lado?

— ¡O Julian! respondió la joven, ¿para qué hacerme mas difíciles mis deberes con proyectos fantásticos, con discursos á que yo no debia dar oídos, ni vm. pronunciar? sus padres de vm.... el mio.... vaya es imposible.

— No hay cuidado con respecto á mis padres, Adelaida, dijo Julian acercándose á ella, y aventurándose á tomarla por la cintura; ellos me quieren, y bien pronto aprenderán á querer á Adelaida, único ser en la tierra que puede hacer feliz á su hijo. Pero su padre de vm., tan luego como sus intrigas religiosas y políticas le permitan pensar en vm., ¿no juzgará que su dicha, su seguridad está mas al resguardo de los sucesos, siendo mi esposa, que confiada á los cuidados asalariados de una muger loca, tanto como ignorante? ¿Puede su or-

gullo desearle un establecimiento mejor? ¿No bastará para saciar su ambicion lo que yo debo poseer algun dia? Venga vm., pues, Adelaida, y puesto que me condena á destierro, que me prohíbe tomar parte en los movimientos que parece deben agitar la Inglaterra, venga vm., porque vm. sola, si, vm. sola puede hacerme conformar con el destierro y la inaccion, y hacer feliz al que por vm. se halla dispuesto á desprenderse del honor.

— Eso no puede ser, no puede ser, dijo Adelaida, y le temblaba la voz al pronunciar esta negativa. Y con todo, añadió ella, cuantas muchachas en caso igual, viéndose solas y sin protector... Pero, no, Julian, no, yo no debo hacer tal, no debo ni por vm., ni por mi.

— No diga que vm. no lo debe por mi, Adelaida, exclamó Julian con vehemencia, porque esto seria añadir un insulto á la crueldad. Si quiere hacer algo por mí, me dirá vm. que sí, ó si teme pronunciar esta palabra, incline vm. esa cabeza encantadora sobre mi seno. La menor señal, la mas leve mirada bastará para indicarme su consentimiento. Todo quedará dis-

puesto en una hora, en la siguiente nos unirá la mano del sacerdote, y antes de pasarse la tercera, veremos como se aleja de nosotros esta isla, y estaremos en camino para el continente.

Mas en tanto que de este modo hablaba, lisonjeándose de obtener el consentimiento solicitado con tantas instancias, habia logrado armarse Adelaida con la mayor resolucion, conmovida al principio por el ardor de su amante, el impulso de su propia ternura, y por lo singular de su situacion, que parecia justificar en ella lo que seria culpable en cualquier otra.

El resultado de una corta deliberacion fue por tanto fatal para los proyectos de Julian. Separó de su talle el brazo que le rodeaba, se levantó y resistiendo á las tentativas de acercarse á ella ó detenerla, dijo con cierta sencillez que no carecia de dignidad:

— Julian, sabia yo muy bien que corria grandes riesgos en citarle á vm. á este sitio, pero no pensaba ser tan cruel para con vm. y conmigo, que le hubiese dejado descubrir, como lo ha visto

con demasiada claridad, que le amo yo mas á vm. que vm. á mí. Y pues lo sabe, le probaré que el amor de Adelaida es desinteresado. No introducirá ella en la antigua familia de vm. un nombre deshonrado. Si con el tiempo se halla en su casa un individuo que tenga por exorbitantes las pretensiones de la gerarquía eclesiástica, y los poderes de la corona demasiado extensos, no se dirá que ha tomado estas ideas de la raza de su abuela Adelaida, de la hija de un whig.

— ¿Puede vm. hablar de ese modo, Adelaida; exclamó su amante; ¿es vm. capaz de semejantes expresiones? ¿No conoce con evidencia por ellas mismas que su orgullo, y no el amor que me tiene, la conduce á despreciar nuestra mutua felicidad?

— No hay nada de eso, Julian, no hay nada de eso, respondió Adelaida rasados los ojos de agua. Es la voz del deber que habla con cada uno de nosotros, y que no podemos dejar de oír sin arriesgar nuestra dicha en este mundo y en el otro. Considere cuanto sufriria yo siendo la causa de todos estos males, si viera

que su padre ponía mal semblante, su madre lloraba, los nobles amigos suyos se alejaban de su trato, y que vm. mismo hacia la terrible descubierta de haber incurrido en su desprecio y enojo por satisfacer una pasión juvenil, al tiempo mismo que los febles atractivos que le habían extraviado del camino recto, desaparecerían poco á poco con el peso de las pesadumbres y pesares. Yo no puedo arriesgarme á tanto. Veo con toda claridad nos conviene mucho más que rompamos de una vez y nos separemos, y doy gracias á Dios por haberme dado á conocer su locura y la mía, así como también por haberme dado la fuerza necesaria para resistirlas. A Dios pues, Julian; pero reciba vm. este aviso importante; pues solo por dársele le hice venir aquí: huya de mi padre; vm. no puede ir por el mismo sendero que lleva él, y mantenerse fiel á la gratitud y al honor. Lo que él hace por motivos puros y honrados, no podría hacerlo vm. sino cediendo al impulso de una pasión loca é interesada, tanto como contraria á los deberes que vm. contrajo al nacer.

— Vuelvo á decir, Adelaida, que no lo entiendo. Si una acción es buena en sí misma, no se deben buscar los motivos que movieron al que la hizo, y si mala fuere los motivos nunca podrán justificarla.

— Si su pasión no puede triunfar de mi razón, Julian, sus sofismas no podrán tampoco cegarme. Si tenía el patriarca destinado su hijo á la muerte por otro motivo que la fe y la obediencia humilde á un mandato divino, hubiera meditado un asesinato, no un sacrificio. En nuestras últimas guerras tan sangrientas como deplorables, ¿cuántos hombres han desenvainado la espada en favor de ambos partidos por motivos puros y honrados? ¿Pero cuántos otros han tomado las armas por ambición, egoísmo y sed de pillage? Sin embargo, aunque hayan marchado en las mismas filas, aunque sus caballos se hayan adelantado al son de las mismas trompetas, se honra la memoria de los primeros, sean realistas ó patriotas, al paso que la de aquellos seres, movidos únicamente por el impulso bajo y sórdido, se olvidó ó se detesta. Lo repito,

huya vm. de mi padre, salga de esta isla que será bien pronto el teatro de raros incidentes, y en tanto que se mantenga vm. en ella, desconfie de todos, aun de aquellos de quienes ni aun remotamente pueda sospechar. No se fie vm. ni en las piedras de Holm-Peel, porque bien pronto tomarian alas para ir á publicar muy lejos su secreto.

Detúvose Adelaida entonces y dió un grito medio amortiguado por el asombro, porque saliendo su padre de pronto de unas malezas que le ocultaban se presentó á su vista.

No pueden olvidar nuestros lectores ser esta la segunda vez que de repente se presenta el mayor Bridgenorth cuando menos se le espera, interrumpiendo la conversacion secreta de su hija con Julian; pero ahora manifestaba su semblante el enojo unido con la gravedad. Parecía un espíritu que reprende á quien se aparece, por haber despreciado la condicion por él impuesta cuando se dejó ver la vez primera. Sin embargo no produjo en él la cólera efecto alguno visible, no siendo una severidad fria en sus modales y acciones.

— Muchas gracias, Adelaida, dijo á su hija, por el trabajo que te has tomado en contrarrestar los proyectos que tenia yo formados en favor de este joven y de tí misma; te doy las gracias, porque ya he oido bastante para convencerme de que, sin mi repentina salida, hubieras llevado la confianza hasta poner mi vida y la de mis amigos á la merced de un joven que, cuando tiene ante sí la causa de su Dios y de su país, no tiene tiempo de pensar en ella, por tan ocupado en contemplar el rostro de una muchacha.

Adelaida, pálida como la muerte, se quedó inmóvil, fijos los ojos en tierra, sin probar á responder una sola palabra, oyendo la reprimenda de su padre.

— Y vm., caballero, continuó el mayor dirigiéndose á Julian Peveril, ha premiado bien la confianza que le dispensé con tan poca reserva. Tengo tambien razon de agradecerle por haberme dado una leccion que me pueda enseñar á estar satisfecho con la sangre plebeya derramada en mis venas por la natu-

raleza, y con la educacion grosera que me dió mi padre.

— No os entiendo, caballero, respondió Peveril, quien, reconociendo la necesidad de contestar algo, se hallaba incapaz de dar otra respuesta mejor.

— Sí, señor, repuso Bridgenorth con el mismo aire de frialdad y tono irónico; doy á vm. las gracias por haberme enseñado que el olvido de los derechos de la hospitalidad, la falta de buena fe y otros tales pecadillos, pueden alojarse en el corazon, y manifestarse en la conducta del heredero de una familia noble, que cuenta veinte generaciones. Es una gran leccion para mí, señor mio, porque yo habia creido hasta hoy, como el vulgo, que la nobleza de la sangre producía la nobleza del alma.

Pero la cortesía es tal vez una calidad demasiado caballeresca para que la usen los nobles en las relaciones que pueden tener con un fanático Cabeza-Moronda como yo.

— Mayor Bridgenorth, replicó Julian, lo que ha podido pasar en esta entrevista, ó que haya podido disgustaros todo ha sido

efecto de la crisis momentanea. Nada fué con premeditacion.

— Ni tampoco la cita, supongo yo, dijo el mayor con la misma serenidad. Vm. ha venido aqui desde Holm-Peel, mi hija ha venido desde Blackfort paseándose, ¡y por acaso se reunieron ambos junto á la roca de Goddard-Crovan! Mozo, no se degrade vm. justificándose de este modo, es algo mas que inutil. Y tú, muchacha, á quien el recelo de perder un amante ha podido conducirte hasta casi descubrir lo que pudiese haber costado la vida á tu padre, vuélvete á casa; yo te hablaré mas despacio, y te enseñaré á practicar los deberes que parece has echado en olvido.

— Por vida mia, señor mio, dijo Julian, vuestra hija no tiene porque arrepentirse de haberos ofendido en algo. Ha resistido á todas las ofertas que la violencia inconsiderada de mi pasion me ha inspirado hacer.

— ¿Con que yo no debo creer haya vm. venido á este sitio retirado por una invitacion particular hecha por Adelaida? dijo Bridgenorth.

Peveril no sabia que responder, y el mayor

hizo entonces á su hija una seña para que se retirara.

— Obedezco, padre mio, respondió Adelaida, que habia tenido tiempo de reponerse de la sorpresa extrema en que se vió; pero al cielo pongo por testigo, que vm. es injusto si me piensa capaz de revelar sus secretos, aun cuando se tratara de salvar mi vida y la de Julian. Yo sé de cierto que vm. va por sendero peligroso; pero vm. lo hace con pleno conocimiento, y vm. puede calcular el valor de los motivos. Mi único deseo fué impedir que se expusiera este joven ciegamente á los mismos peligros, y yo tenia derecho para advertirselo, pues que yo le inspiré los sentimientos de que se deja cegar.

— Muy bien, ¡muchacha! Ya dijiste cuanto tenias que decir; retírate y déjame acabar la conferencia comenzada por vosotros con tanto acierto.

— Me marcho, padre mio.— Julian, á vm. me dirijo por último, y lo mismo le diré al dar el último suspiro: á Dios, y prudencia.

Retiróse al decir esto internándose entre los matorrales, y desapareció.

— Esa es una muestra verdadera de lo que son las mugeres, dijo el mayor, viendo que se alejaba. Pondrian la causa de las naciones en peligro, antes que un cabello de la cabeza de un amante. Y vm. sin dada, señor Peveril, ¿vm. es de su opinion, que el mejor amor es el que no expone á peligro alguno?

— Si no tuviera yo sino peligros que temer, respondió Julian muy sorprendido del tono suave con que le hacia esta observacion el mayor Bridgenorth, hubiera muy pocos que no me resolviese arrostrar para.... para merecer vuestra aprobacion.

— O mas bien para lograr la mano de mi hija, dijo el mayor. Muy bien, joven, una cosa me ha gustado en su conducta, aunque tengo mas de una razon para quejarme; si, una cosa me ha gustado. Vm. ha saltado esa empinada barrera del orgullo aristocrático donde su padre de vm. y probablemente los suyos estaban presos como en el recinto de una fortaleza feudal; vm. la ha saltado, digo,

y se ha mostrado dispuesto á formar alianza con una familia despreciada por su padre como baja é innoble.

Por muy favorable que pareciese á Julian este discurso, con relacion á sus deseos y proyectos, daba él á conocer de tal modo cuales serian, con respecto á sus padres, las consecuencias del logro de sus deseos, que se convenció le era muy difícil responder. Viendo, con todo, que Bridgenorth parecia determinado á esperar con paciencia su respuesta, reunió bastante ánimo para responderle diciendo: — Los sentimientos que tenga concebidos por vuestra hija, señor mayor, son de una especie tal que podrian acallar á las consideraciones que yo miraria en otro caso muy dignas de atencion la mas respetuosa. No trato de ocultaros que las preocupaciones de mi padre se opondrían con vigor contra un matrimonio semejante, pero creo firmemente, que cuando llegase á conocer el mérito de Adelaida, y convencerse de que sola ella podia formar la dicha de su hijo, acabarian todos sus reparos por desvanecerse del todo.

— Entre tanto quiere vm. contraer la union que propone sin el consentimiento de sus padres, salvo el hacer que la aprobaran despues. ¿No es así como yo debo entender la proposicion que acaba de hacer á mi hija?

La naturaleza humana y las pasiones de los hombres tienen tantas vueltas, tan irregulares é inciertas, que aun habiendo propuesto Julian pocos minutos antes á Adelaida consintiera en casarse con él de secreto y acompañarle en su viaje al continente, como único medio de asegurar la dicha de toda su vida, no le presentó ya esta proposicion las mismas ideas de felicidad, cuando la oyó salir de boca del mayor en tono tranquilo, frio y como el de un dictador. No sonó ya en sus oídos como la expresion de una pasion fogosa que cierra los ojos para no ver ni considerar nada, sino como el sacrificio de toda la dignidad de su familia, hecho á un hombre que parecia mirar su posicion que mostraba á Bridgenorth triunfante de Peveril. Quedóse mudo por un momento, buscando en vano términos propios para expresar su condescendencia á lo que acababa

de decir el mayor, conciliando su respeto para con sus padres y lo que debía con respecto al honor de su familia.

Esta dilacion infundió sospechas en Bridgenorth, inflamáronsele los ojos, tembláronle los labios y exclamó airado. — ¡Joven! no use de tergiversaciones en este negocio, si no quiere vm. le mire como un malvado detestable que intentaba seducir á mi desgraciada hija por medio de una promesa sin ánimo de cumplirla. Como yo pueda solamente llegarlo á sospechar, ya verá vm. si todo su orgullo y genealogía pueden librarle de la justa venganza de un padre.

— Juzgais mal de mí sin causa, señor mayor, y con tanta injusticia que mas no puede ser. Soy incapaz de tal infamia. La proposicion que tengo hecha yo á vuestra hija era tan sincera como la que pudo haber hecho jamas un hombre á una muger. Si me detengo en responderos, es porque juzgais necesario hacerme sufrir un interrogatorio tan exacto, y que pensais conocer mis sentimientos y proyectos en

toda su extension, sin darme la menor explicacion sobre los vuestros.

— Con que su proposicion de vm. se reduce á esto: Conviene vm. en llevarse desterrada á un pais extranjero mi única hija, y en darle un derecho á la ternura y proteccion de una familia que la despreciará, como sabe vm. muy bien, á condicion de que yo consienta en concederle su mano con una fortuna suficiente para igualar á la de sus antepasados, cuando mas razon tenian para estar orgullosos de sus riquezas. No habria igualdad en este contrato. Y con todo, continuó él despues de una breve pausa, doy yo tan poca importancia á los bienes de este mundo, que no estaria muy fuera de sus fuerzas el hacerme consentir en el matrimonio propuesto por mas desigual que parecer pueda.

— Decidme los medios para ganarme vuestro favor, mayor Bridgenorth, porque no puedo dudar que se acuerden con mi honor y mi deber, vereis con cuanta docilidad sigo vuestro dictamen, y con que resolucion suscribo á todas las condiciones.

— Todo se puede resumir en pocas palabras. Sea vm. hombre de bien y amante de su patria.

— Nadie dudo jamas de que yo sea uno y otro.

— Perdone vm., joven, porque hasta el día no ha dado pruebas de ello á nadie. No me interrumpa. No dudo acerca de su buena voluntad de ser hombre de bien, y buen ciudadano; pero todavía no ha tenido vm. ni las luces ni las ocasiones necesarias para probar sus principios y hacerse útil á la patria. Ha vivido vm. en un tiempo de apatía sucesora de la agitación de las guerras civiles, que ha hecho á los hombres indiferentes con respecto á los negocios públicos, y más inclinados á cuidar de su propia comodidad que á mantenerse firmes en la brecha, cuando el Señor luchaba contra Israel. Pero nosotros somos Ingleses, y un letargo tan poco natural no puede entorpecernos por mucho tiempo. Muchos de los que antes deseaban la vuelta de Carlos Estuardo, le miran ya como un rey que el cielo, importunado con nuestras súplicas, nos dió en su

furor. Su licencia desenfadada, que ofrece á la disipada juventud de su corte un ejemplo que sigue gustosa, ha disgustado á todos los hombres de juicio y que piensan bien. No le hablaría yo á vm. tan claramente, como lo hago en esta materia, si no supiera que Julian Peveril se ha preservado de la corrupción del siglo. El cielo que ha dado fecundidad á los amores ilícitos del rey, ha hecho esteril su lecho nupcial, y ya vemos en el carácter sombrío, y severo de su sucesor supersticioso, qué especie de monarca será el que le reemplace en el trono de Inglaterra. Este es un tiempo crítico y el de un deber imperioso para que todos los hombres de bien se adelanten á ponerse en su fila, y para socorrer la patria.

Peveril tuvo presente el aviso que Adelaida le dió y bajo los ojos sin responder.

— ¿Qué significa eso? replicó el mayor después de un corto silencio. ¿Siendo vm. un joven y no teniendo conexiones, hijas del desfreno, con los enemigos de su patria, sería vm. tan duro que desconociera los derechos que

tiene ella para hacerle oír su voz en la hora que corre peligro?

— Sería fácil responderos en términos generales, mayor Bridgenorth, sería fácil deciros que no puede llamarme mi patria sin hallarme pronto á responderle, arriesgando mis bienes y mi vida. Pero si nos mantenemos en hipótesis generales, nos engañaríamos mutuamente. ¿Qué llamada es esa? ¿Quien debe hacerla? ¿Cuales deben ser los resultados. Porque yo pienso habeis visto bien de cerca los males de la guerra civil, y que por lo mismo no querreis se renueven los horrores en un pais feliz y tranquilo.

— Son los médicos, quienes deben despertar á los que tomaron un veneno narcótico, respondió el mayor, aunque sea por el son de la trompeta. Mas vale morir como valiente con las armas en la mano, como un Inglés libre, que descender como cobarde á la sepultura pacífica pero vergonzosa, cavada por la esclavitud á sus vasallos. Pero no queria yo hablar de la guerra, añadió el mayor tomando un tono mas suave; los males que actualmente

padece la Inglaterra son de una especie que pueden hallar remedio en la direccion saludable de aquellas leyes aun toleradas. ¿No tienen estas leyes derecho á que las apoyen todos los individuos que viven bajo su imperio? ¿No tienen tambien derecho á exigir de vm. su apoyo?

Callóse, y como parecia esperar respuesta, replicó Peveril:

— Fáltame que saber, señor mayor, como han venido las leyes inglesas á debilitarse tanto, que necesiten de un apoyo tan debil como el mio. Cuando se me haga ver esto, nadie cumplirá de mejor voluntad que yo con lo que se debe á las leyes así como al soberano del pais. Pero las leyes de Inglaterra están bajo la proteccion de jueces integros é ilustrados, y de nuestro benigno monarca.

— Y de una cámara de comunes, añadió Bridgenorth, interrumpiéndole, para quien no es ya la monarquía su idolo, sino que abrió los ojos, despertada como por el estrépito de un trueno, al oír los peligros que corre nuestra religion y libertad. Apelo á su conciencia de

vm., Julian Peveril, y le preguntó, si la llamada para despertar no se ha hecho con oportunidad, pues que sabe vm. mejor que nadie los pasos apresurados que ha dado Roma en secreto para establecer su dragon de idolatria en nuestra tierra protestante.

Julian viendo en esto, ó pensando ver el punto sobre que recaian las sospechas de Bridgenorth, trató cuanto antes de disculparse, y hacerle entender que él no favorecia de modo alguno la religion católica-romana. — Es cierto, le dijo él, que yo he recibido mi educacion en una familia, donde profesaba esta religion una persona que yo estimo y honro, que asimismo despues de este tiempo he viajado por paises católicos. Pero estas mismas circunstancias son las que me han hecho conocer esta religion demasiado cerca, y por lo tanto me reconozco mas distante de adherirme á sus dogmas. La beatería de los legos, la perseverancia astuciosa de los sacerdotes, sus intrigas eternas para multiplicar las formas de la religion, sin hacer alto de su espíritu; la usurpacion de esta Iglesia sobre los derechos y secre-

tos de las conciencias de los hombres; sus impias pretensiones á la infalibilidad: todo esto no puede menos de pareceros y de parecerme á mi contrario al sano juicio, á la libertad del espíritu y de la conciencia, como tambien á la verdadera religion.

— Eso es hablar como un hijo digno de tal y tan excelente madre como la de vm., dijo Bridgenorth apretándole la mano, y por lo que á ella estimo, he sufrido tanto de su familia de vm., sin tratar de vengarme, aun cuando tenia bien á la mano los medios de hacerlo.

— Es muy cierto, dijo Peveril, que las instrucciones de esta excelente madre me pusieron en estado de resistir, en mi niñez, á los ataques insidiosos que, para desquiciar mi fe religiosa hicieron los clérigos católicos en cuya compañía me hallé por un efecto de la necesidad. Yo espero vivir y morir como ella en la fe de la Iglesia reformada de Inglaterra.

— ¡De la Iglesia de Inglaterra! exclamó Bridgenorth dejando escapar de entre los labios la de su amigo y volviendo á tomarla con presteza. ¡Ah! esta iglesia tal como está en el

dia constituida, no usurpa menos que la de Roma con respecto á la conciencia y libertad de los hombres; mas con todo, de la debilidad de esta iglesia medio reformada, es de donde tal vez querrá Dios hacer salir la completa libertad de la Inglaterra, asegurándose por este medio á sí mismo nuevos tributos de alabanzas. No debo echar en olvido que un hombre que hizo á la buena causa servicios incalculables, lleva los hábitos de clérigo inglés y ha recibido el orden episcopal. No nos toca discutir la eleccion del instrumento, con tal que pueda librarnos de las redes del pajarero. Me basta encontrarte preparado á sacar provecho de la doctrina pura, tan pronto como diere la chispa de la verdad una nueva luz en tu corazon todavía sepultado en las tinieblas. Me basta sobre todo verte dispuesto á dar testimonio, á levantar la voz, y á no transigir con los errores y artificios de la iglesia de Roma. Pero acuérdate de que se te llamará muy pronto á justificar lo que acabas de decir, del modo mas solemne y terrible.

—Como lo que yo acabo de decir no es mas,

respondió Julian, que la expresion de los sentimientos verdaderos de mi corazon, lo confesaré altamente siempre que la ocasion lo requiera, y se me hace muy extraño que podais dudar de ello.

—No lo dudo yo, amigo mio, respondió Bridgenorth, y espero ver colocado tu nombre muy alto entre los de aquellos hombres de bien, que arrancarán la presa de las manos á los poderosos del mundo. Por ahora tus preocupaciones ocupan tu imaginacion, como el guardian de la casa de que habla la Escritura. Pero se presentará otro mas fuerte que él, entrará en ella y tremolará en sus muros aquel signo de fe sin la cual no hay salvacion. Vela, espera, suplica para que llegue la hora.

Se hizo entonces una pausa en la conversacion, y Peveril fué quien primero rompió el silencio.

—Me habeis hablado por enigmas, mayor Bridgenorth, y yo no os he pedido me las expliqueis. Permitidme daros un aviso dictado por el interés mas sincero. Comprended bien lo que voy á deciros por mas oscuras que pue-

dan ser mis palabras. Vos estais aqui, ó se sospecha que estais con designios peligrosos contra el soberano de esta isla; ellos recaerán sobre vos mismo, si continuais aqui mas tiempo. Aprovechaos de este consejo y salid de la isla de Man, cuando todavía tenéis tiempo.

— Y confiad vuestra hija á la custodia de Julian Peveril: ¿no es este el fin de su aviso, joven? Fíese vm. en mi prudencia con respecto á mi seguridad, Julian. Estoy acostumbrado á la direccion de mi barco entre escollos mas temibles que los que hoy me cercan. Doy á vm. sin embargo gracias por el aviso; él es franco y aun quiero creerle desinteresado, á lo menos en parte.

— No os separais de mí con resentimiento.

— No, hijo mio, sino como amigo, con un tierno afecto. En cuanto á mi hija, debe vm. no pensar en volver á verla sin mi consentimiento. Ni le prometo ni le niego á vm. su mano. Lo único que deseo advertir á vm. es, que quien piense ser mi yerno debe desde luego mostrarse verdadero hijo, hijo afectuoso de su

pais engañado y oprimido. A Dios, no me respondas por ahora; como todavía estas empapado en la amargura de la hiel, podria suscitarse alguna diferencia entre nosotros, y esto es lo que quiero evitar. A Dios, tú oirás hablar de mí mas antes de lo que piensas.

Dió á Peveril la mano de amigo cordialmente y se retiró dejándole entregado á una sensacion de placer mezclada de duda y sorpresa. No estaba poco admirado de verse bastante próximo al favor del padre de Adelaida, y de que este diese á su amor una especie de fomento tácito; y no pudo menos de sospechar, segun los discursos del padre y de la hija, que Bridgenorth deseaba, en premio de su amistad, adoptase él una linea de conducta, poco de acuerdo con los principios en que le habian educado.

— Nada tienes que temer, Adelaida, se dijo él á sí mismo; si se tratara de tu mano, no querria yo comprarla por una complacencia indigna de mí, y que pareciese aprobar principios que mi corazon no confiesa; yo sé que si fuera tan vil que lo hiciere, la misma

autoridad de tu padre no seria capaz de hacerte ratificar una transaccion tan vergonzosa. Pero concebamos mejores esperanzas. Aunque tenga Bridgenorth un alma fuerte y un juicio ilustrado, se ve agitado por el temor de los papistas, que es el espantajo de su secta; mi morada entre la familia de la condesa de Derby es causa mas que suficiente para infundirle sospechas sobre mi fe; pero, gracias al cielo, yo me glorio de que mi conciencia y la verdad me justifican en esta parte.

Al hacer estas reflexiones ponía el freno á Fairy habiéndosele quitado antes para que pastase mas á placer; tomó luego la brida en la mano, y montando á caballo siguió el camino de Holm-Peel no pudiendo separar de la idea que hubiese sucedido algo de particular en su ausencia.

Presentóse bien pronto el viejo edificio á sus ojos, solitario y sombrío, por encima de las aguas del oceano dormido. La bandera que indicaba residir en su recinto, ú mas bien en sus ruinas, el lor de Man, estaba inmovil y extendido en el aire. Paseábanse los centinelas por

las murallas silbando, ú tarareando canciones nacionales. Julian dejó su fiel caballería en el pueblo donde antes la tomó, entró en el castillo, y halló en su interior el mismo orden y tranquilidad que las apariencias exteriores le habian anunciado.



CAPITULO VIII.

- Lo que te parece, dime,
- De esto, querido hermano:
- ¿Donde hallaré yo á la mano
- Uno, que á partir se anime
- A Inglaterra por servirme?

Balata del rey Estmero.

El joven lor fué la primer persona que Julian encontró en el castillo, quien le recibió con su genio bondadoso y chancero.

—Seais muy bien venido una y mil veces caballero de las Damas, dijo el conde, vos que á vuestro grado recorreis nuestros dominios, re-

cibiendo citas y dando cabo á las aventuras amorosas, en tanto que nos estamos condenados á vejetar en nuestra real cámara, tan fastidiados, tan inmóviles como si Nuestra Magestad estuviera esculpido en la popa de algun barco contrabandista de nuestra isla, y bautizado con el nombre de *Rey Arturo de Ramsay*.

— En ese caso viajariais sobre las olas, y no faltarian aventuras.

— Sí, pero tambien podria suceder que me hiciera detenerme una calma en alta mar, ó un barco de la aduana me parara en el puerto, ó que me quedase encallado en la arena de la costa. Supon que mi real imagen se halla en la mas fastidiosa de todas las situaciones, pues todavia no tendrás una idea de la mia.

— Veo con gusto á lo menos que no habeis tenido alguna ocupacion desagradable. Supongo se han disipado ya las inquietudes de esta mañana.

— Completamente, Julian, y despues de haber tomado los informes mas exactos, no tenemos motivo alguno para creer la insurreccion que se nos hacia temer. Parece cierto que

el tal Bridgenorth está en la isla, pero se dice que negocios particulares é importantes le han obligado á este viage. No trato de hacerle poner preso sin poder presentar alguna prueba de que él ó sus amigos se ocupan en intrigas criminales. En efecto, me parece que nos hemos alarmado sin tiempo. Mi madre habla de consultarte sobre esto, y yo no me tomaré la licencia de anticipar algo á la comunicacion solemne que se propone hacerte. Será, yo lo supongo, en parte apologética; porque ya comienzo á creer que nuestra retirada ha sido poco real y que nosotros hemos echado á huir como el malo sin que nadie pensara en perseguirnos. Con esta idea se aflige mi madre, quien como reina viuda, como reina regente, como heroína, en una palabra como muger, se veria mortificada en extremo al pensar que su retirada precipitada á este castillo la expone á que la pongan en ridiculo nuestros insulares, y por lo tanto está desatinada y de mal humor. Yo, por mi parte, no he hallado diversion durante tu ausencia sino en los gestos y pantomima de la mudita Fenella, que tambien está

de muy mal humor, y por consecuencia hacer mucho mas de lo que nunca viste. Morris dice que es por haberla tú forzado á bajar la escalera de la roca ¿es verdad eso, Julian?

— El relato de Morris no es del todo exacto, porque yo no la he forzado sino á volver á subirla para librarme de su importunidad. Ella queria impedirme á su modo salir del castillo, y con tal obstinacion que no tuve otro medio sino ese para desembarazarme de ella.

— Es preciso que haya pensado seria tu partida peligrosa para nuestra guarnicion en un momento tan crítico. Eso prueba la importancia que pone en la seguridad de mi madre y el caso que hace de tu proeza. Pero, gracias á Dios, ya tocan á comer. Quisiera yo que los filósofos que dicen es tiempo perdido el que se gasta en la mesa, que es pecado el gustar de comer bien, nos buscasen otro pasatiempo la mitad no mas tan agradable.

Tan pronto á lo menos como lo permitió el ceremonial de la casa de la condesa, se acabó la comida, que habia esperado tanto tiempo el conde como un medio para hacer pasar cuanto

antes un día que no sabia como emplear. Acompañada de sus criadas y de su comitiva, se retiró aquella luego que alzaron los manteles, y dejó á nuestros dos jóvenes y amigos juntos. El vino no tenia entonces atractivo ni para uno ni para otro. El conde tenia movimientos de impaciencia, fastidiado y descontento de la vida monotoná y solitaria que pasaba; y los sucesos del día habian ofrecido á Peveril demasiados motivos de reflexion, para permitirle buscar materia de diversion que pudiera distraer ó interesar á su amigo. Despues de haberse alargado uno á otro y en silencio la botella una ó dos veces, cada uno de ellos se retiró de por sí á una cortadura de una ventana del comedor; y tal era lo grueso de las paredes, que estas cortaduras formaban una especie de gabinete aislado en cierto modo de lo demas del cuarto.

Estaba el conde sentado hojeando algunos nuevos folletos recibidos de Londres, y manifestando de tiempo en tiempo cuan poco interés ni atractivo le ofrecia esta lectura, bostezando de un modo espantoso, echando al mis-

mo tiempo una mirada por la extension vasta de la mar, que no presentaba mas variedad á su vista que el vuelo de una bandada de pavos ó de un cuervo marino solitario.

Peveril, por su parte, tambien tenia otro folleto en la mano, pero sin leerle ni aun tratar de afectarlo. Pensaba únicamente en la entrevista que habia tenido por la mañana con Adelaida Bridgenorth y su padre, y trataba en vano de formar alguna hipótesis que pudiera explicarle por que la hija habia deseado al parecer de repente su separacion eterna, no habiendo razon alguna para creerla indiferente con respecto á él, mientras que el padre, cuya oposicion tanto habia temido, parecia ver sus deseos á lo menos con una especie de tolerancia. Todo lo que pudo concluir fué que podia favorecer ó perjudicar algun proyecto del mayor Bridgenorth, al paso que la conducta de Adelaida le daba motivo para pensar no podia ganarse la voluntad de su padre, sino prestándose á ciertas cosas, equivalentes á una renuncia de sus principios. Pero ninguna conjetura pudo suminis-

trarle la menor idea de lo que Bridgenorth podia esperar de él. No podia imaginar, aunque hubiese Adelaida hablado de traicion, se atreviera su padre á proponerle tomase parte en alguna conjuracion capaz de comprometer la seguridad de la condesa, ó la tranquilidad de su reinecillo de Mad. Hubiera habido de su parte tanta infamia en acceder á ello, que le habria sido imposible creer se aventurase alguno á proponérselo, sin estar pronto á defenderse al instante mismo con la espada en mano, de un insulto hecho á su honor. No podia conciliarse un paso de esta clase dado por el mayor, con su conducta considerada bajo cualquier otro aspecto. Ademas que era hombre de mucha calma, de mucha reflexion, para propasarse á cometer una accion mortalmente afrentosa contra el hijo de un antiguo vecino suyo, contra el mismo á cuya madre debia tantas obligaciones.

Mientras que Peveril se esforzaba en vano para deducir de las diversas insinuaciones del padre y de la hija, algo que pudiese ofrecerle explicacion aproximada de sus ideas,

y en tanto que, como amante verdadero, se ocupaba en realizar el proyecto de conciliar su amor con su honor y su conciencia, sintió que le tiraban un poquito por la casaca, dejó caer los brazos, que durante sus reflexiones tenia cruzados, y volviendo la vista de la perspectiva monótona que la mar le presentaba y de las costas, que tambien miraba sin saber donde fijar la vista, vió cerca de sí á la mudita Fenella. Estaba sentada en un taburetillo, que habia puesto junto á Julian poco tiempo antes, y sin duda esperaba que advirtiera él su llegada; pero viendo por fin que no la miraba, se decidió á llamarle la atencion segun lo hemos dicho. Vuelto de su éxtasis por este movimiento y viendo á Fenella, fijó los ojos en ella, sin poder menos de tomar interés por esta criatura desgraciada.

Tenia el cabello suelto por la espalda, y una parte que caía hasta el suelo formaba como un velo, no solo al contorno de la cabeza sino de su talle esvelto y gracioso. Por entre sus muchos bucles se dejaban ver sus lindas facciones, que, á pesar de su color mo-

reno, formaban una miniatura encantadora, y sus ojos grandes y negros que brillaban como el fuego mas vivo. Toda su actitud le daba el exterior de suplicante propio de quien no sabe como le recibirá un amigo estimado, y á quien trata de confesar una falta, de dar excusas, ó prometer justificarse. En una palabra, estaba su fisonomia tan expresiva, que, aun siéndole familiar á Julian, con dificultad concebía que no se hubiera mudado. La viveza jovial y fantástica de sus facciones habia cedido el puesto á un exterior entre melancólico y tierno, auxiliada por la expresion de sus bellos ojos, que, volviéndose hácia Julian, parecian húmedos, sin estarlo los párpados.

Peveril, suponiendo que lo extraordinario de esta muchacha tenia por causa el recuerdo del altercado que habian tenido por la mañana, procuró reponerla en su alegría natural haciéndola comprender que no habia conservado el menor disgusto por lo sucedido entre ellos. Sonrióse bondadoso con ella, tomola una mano entre una de las suyas, mientras que con la familiaridad de quien la conocia desde niña

pasaba la otra por sus largos rizos. Ella bajó la cabeza, como si esta simple caricia le hubiera causado á un tiempo vergüenza y placer. Continuaba él en la misma posicion, cuando sintió de repente bajo el velo formado por sus largos cabellos, en la otra mano, con que tenia asida la de Fenella, un beso ligero dado por los labios de la interesante muda, y que tambien estaba mojada con alguna lágrima.

Presentóse al momento á la imaginacion de Julian, por la primera vez en su vida, el peligro de que se intpretara mal la familiaridad que se tomaba con una joven incapaz de comprender sin el auxilio de los ojos. Retirando al instante la mano, y mudando su actitud, la preguntó, por una señal ya sabida, si tenia que darle algun recado de parte de la condesa. Fenella mudó al momento de semblante. Estremecióse, volvió á sentarse en el taburete como un relámpago, levantó los hermosos rizos de sus cabellos y los arregló con la mayor gracia. Cuando ella puso los ojos en Julian, estaban todavía sus megillas morenitas animadas por el rubor; pero la expresion lánguida y

melancólica de su mirar se habia trasformado en aquella viveza inconstante que le era peculiar. Tenia la vista mas encendida de lo que acostumbraba, su language era mas expresivo y mas penetrante que nunca. Respondió á la pregunta de Julian poniéndose la mano al costado izquierdo, gesto con que siempre designaba á su ama, y levantándose, tomó el camino del cuarto de la condesa, haciendo seña á Julian para que fuese tras ella.

No era grande la distancia desde el comedor al aposento, donde iba Peveril guiado por la muda. Con todo eso, mientras la recorria, tuvo bastante tiempo para sufrir cruelmente agitado de un temor repentino, si esta infeliz muchacha habria interpretado mal la bondad con que siempre la habia tratado, y si, por consecuencia, hubiese concebido por él un sentimiento mas tierno que el de la amistad. La desgracia en que una pasion tal podia sumergir á una criatura ya tan desdichada, y de sensaciones tan vivas, se le presentaba bajo un aspecto bastante sombrío, procurando por lo mismo alejar de sí toda especie de sospecha, y

formó al mismo tiempo la resolución de portarse en lo sucesivo con Fenella, de modo que llegase á reprimir un sentimiento desarreglado, si por desgracia le habia dado entrada en su corazón.

Quando llegaron al cuarto de la condesa, ya encontraron todo lo necesario para escribir, y muchas cartas cerradas sobre la mesa que tenia ella delante. Recibió á Julian con su bondad acostumbrada, y despues que le mandó sentar, dijo por señas á la muda que volviese á su trabajo. Fenella se puso al instante junto á un bastidor de bordar, donde, sin el movimiento de sus ágiles dedos se la podria tener por estatua segun la inmovilidad de su cabeza y ojos fijos en lo que hacia.

La condesa, en el concepto de que por faltarle un sentido, no podia su presencia incomodarla en su conversacion aun la mas confidencial, comenzó á explicarse con Peveril tan libremente como si estuvieran los dos solos.

— Julian, le dijo ella, no es mi ánimo quejarme á tí de los sentimientos y conducta de

Derby. Él es amigo tuyo, es hijo mio; tiene talento, viveza, y con todo eso.....

— Señora, dijo Peveril, ¿de qué sirve formaros vos misma motivos de pesadumbre, parando la vista en defectos, que mas deben atribuirse al cambio de tiempos y costumbres que á los sentimientos de mi noble amigo? Esperad que se le proporcione ocasion de cumplir sus deberes tanto en paz como en guerra, y acusadme por no haber sabido juzgarle, caso de que no se conduzca de un modo digno y correspondiente á su rango.

— Muy bien, replicó la condesa, ¿pero no me dirás cuando la voz de su deber le llamará con mas fuerza que la del placer mas futil y capaz de hacerle gastar una hora en la dejadez? ¡Cuán diferente era el genio de su padre! ¡Cuántas veces me ví en la necesidad de suplicarle cediese algun tanto de la rígida exactitud con que cumplia las obligaciones que su elevado nacimiento le imponia y que tomara el descanso necesario!

— Pero debeis convenir, milady, en que los

cargos de vuestro respetable esposo eran en razon de aquellas circunstancias mucho mas urgentes que los del deber de vuestro hijo actualmente.

—No sé nada. A lo que parece aun anda la rueda, y se pudieran producir escenas semejantes á las que presenciaron mis primeros años. ¡Nada importa! no hallarán ellas á Carlota de la Tremouille despojada de energia aunque oprimida con el peso de los años. De esta materia justamente queria yo hablarte, amigo mio. Desde que nos conocimos la primera vez, desde el momento en que ví tu conducta, desde que me presenté á tus ojos cuando aun eras niño, como una aparicion que salia del retiro, en casa de tu padre, he tenido toda mi complacencia en mirarte como un digno vástago de los Stanley y de los Peveril. Me glorio de que el modo con que te has educado en mi familia, ha correspondido á la estimacion que te tengo. No exijo que se me den gracias: tengo que pedirte en recompensa un favor que tal vez no dejará de ser arriesgado para tí, pero que nadie mejor que tú puede

hacer á mi casa en las actuales circunstancias.

— Vos habeis sido siempre, mi querida y noble ama, milady, al tiempo que mi tierna protectora, podria tambien decir mi madre. Vos teneis un derecho para mandar en todos los corazones que reciben movimiento y vida de la sangre de los Stanley, y toda la que circula por mis venas es vuestra.

— Los avisos que recibo de Inglaterra, Julian, tienen mas apariencias de un delirio que de informes regulares, cuales debia yo esperar de unos corresponsales como los míos. Sus expresiones son como las del que habla en sueños, y cuyos discursos sin orden dan una idea de lo que pasa en el sueño. Se dice haberse descubierto una conjuracion verdadera ó supuesta, que sus autores son los católicos, que tiene ramificaciones muy extensas, y que infunde mas terror que la del 5 de noviembre. Los detalles que se dan son increíbles, y no se fundan mas que en el dicho de las gentes mas viles y menos dignas de fe que pueden ha-

llarse; mas con todo el pueblo inglés les da oídos acreditándolos del modo mas estúpido.

— Es una ilusion bien singular, milady, querer que haya una insurreccion sin fundamento alguno verdadero para suponerla.

— Yo no soy beata, primo Julian, aunque católica. Temo, hace ya mucho tiempo, que el celo laudable de nuestro clero en hacer prosélitos, excite sospechas en la nacion inglesa. Han renovado sus esfuerzos desde que el duque de York se declaró en favor de la fe católica, y este mismo suceso ha redoblado el odio y las inquietudes de los protestantes. Confesaré ademas que pueden ellos tener razon de temer que el duque de York sea mejor católico que buen Inglés, y que, produciendo en él la beatería el mismo efecto que en su hermano, la avaricia y las necesidades, efecto de la prodigalidad, se hayan puesto con la Francia en relaciones por las que la Inglaterra tenga demasiados motivos de resentirse. Pero las groseras y manifiestas calumnias de una conspiracion de asesinato, sangre y fuego; los ejércitos que ya les parece tienen á la

vista, las supuestas matanzas, forman un cúmulo de mentiras que se hubieran creído imposibles de digerir ni aun por el vulgo mas embrutecido, sea cual fuere su gusto por todo lo que tiene algo de horrible ó maravilloso. A pesar de todo, han creído tales imposturas las dos Cámaras del Parlamento, y no se permite dudarlas sin exponerse á ser llamado con el odioso nombre de amigo de los papistas sanguinarios, y fautor de proyectos bárbaros é infernales.

— ¿Pero qué presentan contra estos rumores ridículos las personas que parecen mas interesadas en desmentirlos? ¿Qué dicen los católicos Ingleses? Esta es una corporacion rica y vasta compuesta de un gran número entre los mas nobles.

— Tienen el corazon muerto en el cuerpo, están como carneros encerrados en el matadero, esperando que venga el matachin á escoger el que le agrade. Los despachos concisos y oscuros que me han enviado no hacen mas que anticipar su ruina y la nuestra: tan

grande como todo esto es el abatimiento general, tanta la desesperacion universal.

— ¿Pero qué dice el rey, qué los protestantes realistas, de la tempestad que contra ellos se prepara?

— Carlos con su habitual prudencia y egoismo cede á la borrasca; y consentirá que la cuerda y el hacha sellen el destino de los mas inocentes de su reino antes que perder una hora de diversion, para salvarlos. Con respecto á los realistas, ó se han dejado abatir como los demas protestantes en general por el mismo delirio, ó están á la expectativa, y se quedan neutrales; temiendo manifestar algun interés en favor de los infelices católicos, por miedo de que no los confundan con ellos, y que los tengan por fautores y cómplices de la horrible conspiracion que se les atribuye. En efecto no puedo culparlos. Es difícil esperar que una mera compasion por una secta perseguida, ó lo que todavía es mas raro, que un amor general por la justicia, tengan bastante poder para excitar á los hombres y exponerlos al furor de un pueblo cuyo resen-

timiento se alarma porque quien rehusa, en la agitacion general, creer la menor mentira de las acumuladas por estos infames delatores, debe contarse denunciado como un hombre que intenta paralizar el descubrimiento de la insurreccion. Esto es ciertamente una tempestad espantosa, y por muy distantes que nos hallemos de la escena en que se oye el ruido que lleva, debemos suponer se sentirán aqui bien pronto sus efectos.

— Lor Derby me ha dicho algo de esto, y aun añade que hay en esta isla ciertos agentes con el ánimo de promover una insurreccion.

— Sí, respondió la condesa echando centellas por los ojos al decir esto, y si mi parecer se hubiera seguido, se los habria ya cogido en el hecho, y hubieran servido de ejemplo á cuantos se atrevieran á formar el proyecto de venir á practicar un tal mensaje en este principado independiente. Pero mi hijo, que ordinariamente es tan culpable por su negligencia tan grande en la administracion de sus negocios, ha tenido á bien encargarse de esto cuando las circunstancias son críticas. ®

— Me alegro de saber, milady, que las medidas de precaucion adoptadas por mi pariente han conseguido desconcertar enteramente la tal conspiracion.

— Por el pronto, Julian, pero esas medidas debieran haber sido capaces de arredrar al hombre mas osado, cuando hubiera pensado en lo sucesivo cometer otra infraccion de nuestros derechos. El plan de Derby es muy peligroso, y con todo tiene mucho de caballeresco, causa porque no le desapruero yo.

— ¿Qué plan es ese, milady, replicó Julian con viveza. ¿En qué puedo yo cooperar para evitar los peligros?

— Intenta partir al momento para Londres. El dice que es no solo el gefe feudatario de una pequeña isla, sino tambien uno de los pares mas nobles de Inglaterra, y que, como tal, no debe permanecer tranquilo en un castillo oscuro y lejano, cuando su nombre y el de su madre son el blanco de la calumnia á los ojos del rey y de sus conciudadanos. Quiere ir á tomar posesion de su puesto en la cámara de pares y pedir en ella públicamente justicia del insulto.

cometido contra su casa por denunciaciones perjuras é interesadas.

— Es una resolucion noble, dijo Peveril, digna de mi amigo. Yo le acompañaré, y quiero participar de su destino, sea el que fuere.

— ¡Ah! joven insensato, el pedir á un pueblo prevenido y furioso que sea justo, seria lo mismo que pedir fuera compasivo un leon hambriento. Es en un todo parecido al loco mas furioso, que asesina sin remordimiento á su mejor y mas querido amigo, y á quien no le permite su crueldad hallarse pesaroso hasta que pasa el delirio.

— Perdonad, milady, eso no puede ser. El pueblo inglés es generoso, es noble y no es posible se deje llevar á tal extremo. Aunque el espiritu grosero del vulgo haya podido concebir algunas prevenciones, las dos cámaras del reino deben estar libres de tal infeccion. Nunca olvidarán lo que se deben por su dignidad.

— ¡Ah! primo mio, ¿qué no serán capaces de olvidar los Ingleses, aun del mas alto rango, cuando se dejan arrastrar por el espiritu de partido? Esos mismos que por su buen juicio

no creerán las fábulas que seducen á la multitud, se guardarán muy bien de desmentirlas, si su partido político puede ganar alguna ventaja momentanea en dejarlas tomar crédito. ¡Y entre gentes de esta especie ha encontrado el conde amigos y compañeros! Despreciando él á los amigos antiguos de su casa, porque tenían un genio demasiado grave y serio para el siglo en que vivimos, no ha tenido mas amigos intimos que al versatil Shaftesbury, al calavera Buckingham, gentes que no vacilarian en sacrificar al Moloch popular del dia, un amigo, cualquiera que sea, cuya ruina les proporcionara la gracia de la divinidad. Perdona las lágrimas de una madre, mi querido primo, pero yo veo levantarse otra vez la horca en Bolton. Si va Derby á Londres, cuando esos tigres sedientos de sangre andan en busca de la presa, tenido por sospechoso, y habiéndole yo hecho tal por mi fe religiosa y por mi conducta en esta isla, él morirá como su padre. Y sin embargo, ¿qué otro plan debemos adoptar?

Permífidme que yo vaya á Londres, milady, exclamó Peveril, conmovido por la afliccion

de su protectora. Vos habeis tenido á bien contar algun tanto con mi juicio. Yo haré todo lo que pueda. Me concertaré con las personas que designeis, y no con otras; y me glorio de poder informaros que esta ilusion, por mas apariencia que tenga de realidad, está para disiparse. Poniéndolo todo en el peor estado podré avisaros de los peligros, y si los hubiere temibles para vos misma ó para el conde, tal vez tendré proporcion de indicaros los medios de evitarlos.

— Al oír la condesa la propuesta de Julian, y aun dispuesta para ceder á la inquietud que la inspiraba el amor de madre, parecia luchar contra su genio naturalmente noble y desinteresado.

— ¿Piensas bien lo que me pides, Julian? le respondió la condesa dejando escapar un suspiro. ¿Puedo yo consentir se exponga la vida del hijo de mi amiga, y que corra los riesgos que no quiero hacer correr al mio propio?

— Advertid, milady, que yo no voy expuesto á los mismos peligros. Yo no soy conocido en Londres; mi rango, aunque dista de ser

oscuro, no es tan conocido en la capital que pueda llamarme la atención en este vasto punto, donde se reúne cuanto hay de más rico y noble por el reino. No creo tampoco que ninguno de esos llamados conspiradores haya pronunciado mi nombre ni aun indirectamente. En fin, y sobre todo yo soy protestante y no me pueden acusar porque tenga relación inmediata ni mediata con la iglesia de Roma. No tengo relaciones sino con gentes que, sin poder ó sin querer protegerme, tampoco son capaces de exponerme á peligro alguno. En una palabra, yo puedo estar en Londres con toda seguridad y el conde no sin exponerse mucho.

— Tus discursos, Julian son propios de tu generosidad, y aunque son exactos, nadie puede oírlos sino una madre y una madre viuda. Me acriminó mi egoísmo al contemplar que mi parienta tiene, en todo caso el apoyo de un marido que la ama con ternura; porque así es como discurre el interés personal, cuando no nos avergonzamos de someterle sentimientos más laudables.

— No deis ese nombre, milady, á lo que experimentais, y no me mireis sino como el hermano menor de mi amigo. Vos habeis practicado conmigo los oficios de madre, y ahora se me presenta uno que yo debo llenar como hijo. Si el viaje que os pido me permitais hacer á Londres para reconocer el estado de los espíritus, debiese hacerme correr riesgos diez veces mayores, no me espantaría. Voy á ver al conde inmediatamente, y á informarle de mi partida.

— ¡Espérate, Julian! Si es preciso que hagas este viaje para prestarnos un servicio; ¡ah! no tengo yo tanta generosidad para no aceptar tu oferta la más noble, debes ir solo, y sin que lo sepa Derby. Le conozco yo perfectamente; su viveza de genio no se liga con la bajeza y el egoísmo, y, por el mundo entero no permitiría que salieras sin él de esta isla. Ahora pues; si fuera contigo, ¿de qué serviría tu afecto tan noble y desinteresado? Tú no podrías menos de ser compañero en su desgracia como el nadador que trata de salvar á un hombre arrastrado por la corriente, viene á sufrir

la misma desgracia, si se deja coger del que se ahoga.

— Haré lo que me mandeis, milady, y dentro de media hora ya estaré pronto para partir.

— Esta noche, pues, dijo la condesa habiendo reflexionado un poco; tomaré yo las medidas mas secretas para facilitarte los medios de poner en ejecucion tu generoso proyecto; porque no quisiera excitar contra tí la preocupacion que se suscitaria luego, si se supiese que habias dejado tan tarde esta isla y á su ama católica. Tal vez harias bien en tomar un nombre fingido en Londres.

— Perdonad, milady, respondió Peveril, no haré nada para llamarme la atencion sin necesidad; viviré lo mas retirado que me sea posible; pero tomar un nombre supuesto seria tal vez una imprudencia y, á lo que pienso, una debilidad poco digna de mí. ¿Qué podria yo alegar para prueba de la sinceridad de mis intenciones si llegaran á descubrirme?

La condesa reflexionó algunos instantes.

—Creo que tienes razon, dijo ella despues; ¿te propones pasar por el condado de Derby para dar una vuelta á Martindale?

— Lo deseo ciertamente, milady, si el tiempo lo permite, y las circunstancias no se oponen.

— Como mejor te parezca, Julian. La celeridad es importante sin duda; pero, por otra parte, suscitarias menos sospechas é inquietud partiendo á Londres desde el castillo donde vive tu familia, que si llegaras allá directamente desde aquí con apariencia de precipitacion, sin tomarte tiempo ni aun para visitar á tus padres. Tanto en esto como en todo lo demas debes dejarte guiar por tu prudencia. Anda pues, hijo mío, porque yo debo quererte tanto como á mi hijo, ves á disponerte para partir. Voy á prepararte algunos despachos y yo te daré el dinero necesario. Nada de replicas. ¿No soy yo tu madre? ¿No vas á cumplir las obligaciones de un hijo? No me disputes, en ese caso, el derecho de proveer lo necesario para los gastos. Pero aun no es esto to-

do; como yo debo fiar enteramente en tu celo y prudencia para obrar en favor nuestro, segun lo exijan las circunstancias, te daré cartas de recomendacion las mas eficaces para nuestros amigos y parientes, á quienes suplicaré te presten todos los auxilios que necesites, ya en razon de tu seguridad personal, ya para lo que debas emprender á favor nuestro.

— No se opuso Peveril mas tiempo al arreglo de un negocio, que á la verdad presentaba como indispensable el estado en que se hallaba su bolsillo, á menos que no hubiera recurrido á su padre. La condesa pues giró diferentes letras de cambio contra un negociante de la ciudad hasta la suma de doscientas libras. Permiótle ella retirarse por una hora, diciéndole que despues de este corto tiempo tenia que hablarle aun. No pudieron los preparativos de su viage distraerle de los pensamientos que se le ocurrían de tropel. Juzgó que media hora de conversacion habia mudado otra vez completamente sus proyectos de presente y sus planes para lo futuro. Habia prometido á la condesa

de Derby un servicio que tenia merecido de él muy bien por la ternura de que siempre le dió pruebas; pero, con aceptarle, le habia ella obligado á separarse inmediatamente de Adelaida Bridgenorth, al punto mismo en que le era mas querida por la declaracion de una ternura mutua. Presentábase su imagen á sus ojos tal como la viera por la mañana, cuando la estrechaba junto á su corazon. Le parecia oír su voz cuando le preguntaba si era cierto que pensaba alejarse de ella en una crisis, que segun todas las apariencias se anunciaba próxima. Pero Peveril, á pesar de su juventud, conocia sus deberes, y no le faltaba resolucion para ejecutarlos. No permitió se entregara su pensamiento á una ilusion tan halagüena, y tomando con resolucion la pluma escribió á Adelaida la carta siguiente, para informarla sobre su nueva situacion, en cuanto podia, sin faltar á la confianza de la condesa.

«Yo dejo á vm., querida Adelaida, le decia él, yo la dejo; y aunque no hago en ello mas que obedecer las órdenes que me tiene dadas, no tengo con todo eso derecho á pedirle

me lo agradezca, porque si no hubieran sobrevenido razones muy fuertes en apoyo de las órdenes de vm. creo muy bien no hubiera yo tenido todo el ánimo necesario para cumplirlas. Pero me obligan á separarme al instante de esta isla negocios importantes de familia, y me temo sea por mas de una semana. Mis pensamientos, mis esperanzas y mis deseos me harán suspirar continuamente por el momento en que deba volver á Blackfort y á su delicioso valle. Aunque me sea permitido lisonjearme de que los suyos se ocuparán alguna vez en el desterrado solitario, que no se hubiera resuelto á serlo, si la voz del deber y del honor no se lo hubieran ordenado, no tiene vm. que temer ni su padre que la invite yo á mantener conmigo una correspondencia clandestina; la estimaría menos, si no tuviese vm. esa franqueza y candor propia de su caracter, y yo no la pido que oculte al mayor Bridgenorth una sola palabra de lo que confieso en este momento. Con respecto á otra cualquier materia, no puede él mismo desear con mas eficacia que yo el bien de nuestra patria comun.

Podemos diferenciarnos en los medios, pero en cuanto al principio estoy convencido de que nos anima un mismo espíritu; y yo no puedo dejar de oír la voz de su experiencia y sabiduría, aunque no fuese bastante para persuadirme. ¡A Dios, Adelaida, á Dios! Pudiera añadir mucho á esta triste palabra, ¿pero qué y cuales expresiones bastarian para describir la amargura con que acabo esta carta? Podria repetirlo aun muchas mas veces para alargar otra vez mas la última conversacion que debo tener con vm. dentro de poco. El único consuelo que me resta es conocer no será probablemente tan larga mi ausencia que le permita olvidar al que no la olvidará jamas.»

Tuvo en la mano esta carta un minuto antes de haberla cerrado y sellado, mientras que reflexionando, si los términos conciliadores de que se habia servido hablando del mayor Bridgenorth, podrian darle la esperanza de hacérsele prosélito de su causa, esperanza que su conciencia le dictaba no podia realizar sino á costa de su honor. No

obstante tampoco tenia por otra parte derecho á concluir, por lo que el mayor le habia dicho, que sus principios fuesen diametralmente opuestos é incompatibles, porque, aunque hijo de un caballero, y educado con la familia de la condesa de Derby, él mismo era por principios enemigo de prerogativas injustas, y amigo de la libertad del pueblo. Estas consideraciones impusieron silencio á los argumentos que interiormente le hacia el pundonor, en vano su conciencia le decia en tono bajo que sus expresiones de conciliacion, se las habia inspirado principalmente el temor que tenia de que el mayor, durante su ausencia hiciese mudar á Adelaída de residencia, ó que pensara ponerla en parage donde le fuese imposible hallarla.

Habiendo Julian sellado la carta, llamó á su criado, y le encargó que la llevase bajo de otro sobrescrito dirigida á mistress Debra Debbitch, dejándola en una casa del pueblo llamado Rushin, donde ordinariamente se ponian las cartas y todo lo que se enviaba á la familia que vivia en Blackfort. Hizole montar inmediata-

mente á caballo, y por este medio se vió libre de un hombre que hubiera sido en cierto modo un espia de sus movimientos todos. Se quitó el vestido para ponerse otro de viage, puso una poca ropa blanca en una maleta, y se armó con una espada excelente de dos cortes, y un buen par de pistolas que tuvo cuidado de cargar con dos balas, acabó sus preparativos poniendo en su bolsillo veinte piezas de oro, y metiendo en una cartera las letras de que hemos hablado, despues de lo cual no aguardó mas que las últimas órdenes de la condesa.

Recobraron entonces todo su vigor el entusiasmo, tan natural á la juventud, y la esperanza, por el momento amortiguada en virtud de las circunstancias trabajosas y alarmantes en que se hallaba, como tambien á causa de la idea de la privacion á que debia verse condenado. Apartándose su imaginacion de las melancólicas ideas que se habia formado acerca del porvenir, le hizo reconocer que entraba entonces en la vida y en un momento de crisis, donde los talentos y el valor debian casi de

cierto hacer la fortuna del que los poseyera. ¿Podía él tener otro mas honorífico estreno en la escena tumultuosa del mundo, que hallarse encargado de presentarse en ella por una de las casas mas nobles de Inglaterra, y de tomar su defensa? ¿Y si podía cumplir su mision con la energia y prudencia necesarias para la seguridad del éxito feliz? ¿Cuántos sucesos no podían ocurrir que hiciera necesaria su mediacion en favor de Bridgenorth, y que proporcionaran lograr en términos justos y honrados los derechos para esperar la gratitud del mayor y obtener la mano de su hija?

Absorto en tan gustosas ideas aunque fundadas en principios inciertos, no pudo contenerse y dijo en alta voz: — Sí, ¡Adelaida, yo lograré tu mano de un modo noble! No bien habia dejado escapar estas palabras, cuando le pareció haber oido un profundo suspiro á la puerta de su cuarto, que su criado habia dejado entreabierta, y casi al mismo tiempo llamaron bajito.

— Entre quien sea, dijo Julian algo avergon-

zado de su exclamacion, y temeroso de que algun escucha le hubiese oído. Entre, pues, repitió, oyendo que llamaban otra vez. No presentándose aun nadie, abrió el mismo la puerta y se halló con Fenella. La muda con los ojos encarnados, por lo que, al parecer, acababa de llorar, y con el semblante profundamente abatido, llevando la mano hácia el corazón, le hizo seña para que la siguiese, porque así era como ella indicaba que llamaba la condesa. Volvióse entonces de espaldas como para guiarle al cuarto de su ama. Siguiéndola Julian á lo largo de los tránsitos en bóveda y sombríos, que proporcionaban la comunicacion entre los diferentes aposentos del castillo, advirtió que el paso vivo y ligero que tenia ordinariamente la muda, se habia convertido en lento y melancólico, acompañándole con sonidos inarticulados que parecian gemidos, y que ella producía tan sin temor no siendo capaz de juzgar si otros podian oírlos. Andando como iba se torcia las manos, y manifestaba en sus acciones una afliccion extremada.

La idea que le ocurrió entonces á Peveril, le

hizo estremecerse sin querer, á pesar de toda su razon. Como nacido en el condado de Derby, y por haber residido mucho tiempo en la isla de Man, sabia lo que decian las leyendas adoptadas por los supersticiosos, y se le ocurrió particularmente que una creencia popular atribuia un espiritu familiar á la poderosa familia de los Stanley; que este espiritu del sexo femenino y de la especie que llaman *Ban-Shie*, tenia costumbre, segun decian, de gemir con dolor, para anunciar acontecimientos desgraciados; que se mostraba ordinariamente llorando y gritando antes de morir alguna persona de distincion de la familia. Con trabajo pudo Julian desechar de sí por el pronto la idea de que la muchacha que iba delante de él con una luz en la mano, gimiendo y llorando, era el genio de la familia de su madre, que venia para anunciarle el destino que le estaba reservado. Ofreciósele al mismo instante una reflexion análoga, y era que si la sospecha que él habia concebido por la mañana relativamente á Fenella estaba bien fundada, el afecto desgraciado de esta muchacha para con él,

semejante al de la *Ban-Shie* para su familia, no podia pronosticar mas que desastres, lamentos y desdichas.



CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



fábulas. Profesores y maestros de ambos sexos y métodos distintos han adoptado nuestras obras, y se han introducido en muchos colejos para las clases elementales, advirtiéndose los mas felices resultados.

HISTORIA SANTA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ANTIGUA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA GRIEGA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA, 1ª parte <i>la República ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA, 2ª parte <i>El Imperio ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA MODERNA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE FRANCIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE INGLATERRA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA ;	1 vol. en-18.

Imprenta de ÉVERAT, calle del Cuadrante, 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEX
LIOTE